

Selección RNR

*El viaje
de Muriel*

Los secretos de Alea



NATALIA LÓPEZ



Romance Histórico

EL VIAJE DE MURIEL

Los secretos de Alea I

Natalia López



1.ª edición: enero, 2017

© 2017 by Natalia López

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009
Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-618-7

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación

ebook:

emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda

rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mi familia y amigos.
Gracias por todo el apoyo.
Espero que sigáis formando parte de
esta aventura.*

*A la memoria de mis abuelos.
Contribuisteis a que tuviera una
infancia muy feliz.
Sé que enteraros de la publicación
de este libro os habría hecho mucha
ilusión.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo ventuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta

Capítulo cuarenta y uno

Capítulo cuarenta y dos

Capítulo cuarenta y tres

Capítulo cuarenta y cuatro

Capítulo cuarenta y cinco

Capítulo cuarenta y seis

Capítulo cuarenta y siete

Capítulo cuarenta y ocho

Capítulo cuarenta y nueve

Capítulo cincuenta

Capítulo cincuenta y uno

Capítulo cincuenta y dos

Capítulo cincuenta y tres

Capítulo cincuenta y cuatro

Capítulo cincuenta y cinco

Capítulo cincuenta y seis

Capítulo cincuenta y siete

Capítulo cincuenta y ocho

Capítulo cincuenta y nueve

Epílogo

Apéndice

Promoción

Prólogo

Muriel estaba encerrada en una torre, pero ellos siempre le habían dicho que no era una prisionera.

Ellos eran los hombres que pertenecían a la Guardia de Lychnus. La Guardia de Lychnus formaba parte de la Guardia Real, y Lychnus era el nombre de la torre donde vivían Muriel y su madre. Los guardias del rey solo custodiaban los lugares importantes de Alea: la Corte, establecida en Enim, la capital del reino; el Templo de las Adivinas, en la isla Semper; las plazas de las distintas ciudades; la Escuela Militar de Argenta...

Cada grupo tenía un nombre específico según la zona donde actuara.

Por ejemplo, los guardias de la Corte se llamaban la Guardia de Enim; los del Templo de las Adivinas, la Guardia de Semper, y los de la Escuela Militar, la Guardia de Argenta.

A Muriel le permitían salir de la torre, pero nunca podía alejarse más de dos kilómetros y siempre debía ir acompañada por al menos cuatro guardias. Muriel llevaba en Lychnus desde los seis meses, así que no recordaba otra vida que no fuera esa. Hasta que cumplió los tres años, sus únicas compañeras de juegos eran su aya Alda y su madre Florence. Esta última, temiendo que su hija se convirtiera en una persona demasiado introvertida, suplicó a los guardias que la dejaran relacionarse con otros niños.

«Tendremos que consultarlo con el rey», le contestaron.

Florence frunció el ceño y asintió a duras penas. El rey, coronado como Roderick III, había sido su esposo durante seis años, pero tras el nacimiento de Muriel, él había solicitado al Primus Sacerdos la anulación de su matrimonio *por el bien del reino*. Florence no había podido darle ningún hijo varón, y eso, en un futuro, dejaría al reino en manos de un gobernante extranjero.

Unos meses después de la anulación, el monarca se había casado con Nessa Maynard y había tenido dos hijos varones: Colin, el mayor, y Alan, el pequeño.

Muriel no conocía a su padre; ni siquiera lo había visto de lejos. Sabía cómo era físicamente por el enorme retrato que había colgado en el vestíbulo de la torre. La figura del cuadro imponía

un poco, aunque suponía que ese era el efecto que había buscado el pintor. El rey tenía el pelo y los ojos negros, como ella, pero su constitución era mucho más robusta. En la pintura, su pose era altiva: tenía la barbilla alzada, los labios esbozaban una media sonrisa de superioridad, y la mirada invitaba al espectador a alejarse. Aparecía sentado en el trono. El brazo izquierdo del asiento estaba cubierto por una capa de color vino que caía hasta el suelo formando pliegues. La corona y el cetro reales eran de oro y tenían incrustaciones de diamantes, rubíes, zafiros y esmeraldas. Algunos de los colores usados eran especialmente difíciles de conseguir y, por consiguiente, resultaban muy costosos. Era el caso del azul, obtenido a partir del lapislázuli, un mineral escaso en

Alea. Solo los reyes, los nobles y los comerciantes ricos podían pagar por unos gramos.

A Muriel no le deslumbraban las riquezas. Lo que le causaba impresión era saber que el control de todo un reino recaía en manos de una sola persona.

A diferencia de su madre, la joven no sentía ningún resentimiento hacia el monarca, su padre. Su vida en la torre era bastante cómoda, y los guardias la trataban con respeto. Además, el rey no había puesto objeciones a que Muriel se relacionara con una persona de su edad. La elegida había sido Trudy, una chica que vivía en la aldea más próxima a la torre. De pequeñas, les gustaba saltar a la comba, proponer adivinanzas e imaginar que eran dos princesas que vivían aventuras. Ahora que tenían diecinueve años, preferían sentarse a la

sombra de un árbol y hablar sobre lo que cada una esperaba de la vida.

Recientemente, mientras contemplaban cómo el sol se ocultaba en el horizonte, Trudy le había confesado que sus padres querían que se casara con el hijo del herrero. Se llamaba Thomas, y era un chico trabajador y responsable. Con él, había muchas posibilidades de que pudiera llevar una vida estable.

—Pero tú no quieres eso —observó Muriel con algo de sorpresa.

Trudy se apresuró a corregirla:

—No quería eso de niña, pero ahora no me importa sacrificar la emoción a cambio de tener un techo sobre mi cabeza y comida caliente todos los días.

Muriel no salía en sí de su asombro. ¿En qué momento habría cambiado de parecer?

Trudy pareció adivinar sus pensamientos porque dijo:

—En estos últimos años, me he ido dando cuenta de lo duro que es subsistir. Las cosechas pueden echarse a perder; las casas, derrumbarse o arder; los animales, morir... Las desgracias pueden ocurrirte, aunque lleves una vida ordenada, así que imagínate en el caso contrario.

—Pero... pero le estás dando la espalda a la posibilidad de conocer a alguien especial.

La respuesta de Trudy fue contundente:

—No quiero pasar frío ni morirme de hambre.

Muriel no había pensado mucho en la muerte. Para ella, era algo muy lejano, pues, hasta la fecha, ninguna persona de su entorno había fallecido. Por eso,

cuando una mañana la Guardia le comunicó que su padre había exhalado su último aliento, Muriel sintió que su pequeño mundo se tambaleaba. Las piernas le temblaron y estuvo a punto de caer al suelo. Por fortuna, uno de los guardias la agarró a tiempo, y otro la acercó una silla. A Muriel le pasó desapercibida la mirada de satisfacción que intercambiaron los hombres.

Habían malinterpretado su reacción. Pensaban que la muerte del rey le había causado un gran dolor, y eso solo podía significar que Muriel era una súbdita leal.

Días después, se celebró en la capital la coronación de Colin, con el nombre de Colin II el Victorioso. Ni Muriel ni su madre asistieron, pero tuvieron que pronunciar, desde la torre, oraciones de alabanza y buenos deseos.

—Pronto nos traerán un retrato del nuevo monarca —aseguró uno de los guardias.

Sus palabras no tardaron en cumplirse. Dos semanas después, un grupo de hombres llegó a la torre. Todos iban a caballo menos dos, que habían hecho el viaje en carruaje: uno de ellos, el cochero, sentado en el pescante, y el otro, en el interior del vehículo. Este último salió antes de que la puerta de la torre se abriera.

Estaban en septiembre y la temperatura era agradable. A pesar de ello, todos los hombres iban abrigados con una capa.

Muriel se fijó en que tres de ellos no iban armados. Uno era el cochero. El otro debía de ser un emisario real a juzgar por el broche que llevaba prendido en su capa. En cambio, el

tercero, el hombre que había viajado dentro del carruaje, era un misterio. No llevaba ningún anillo, ni broche, ni pañuelo, ni siquiera un dibujo bordado que pudiera relacionarlo con un determinado cargo. Vestía de forma sobria, con ropas de color verde oscuro, y calzaba botas negras a juego con el color de su pelo. Era delgado, pero no demasiado alto. Tenía el rostro ovalado y los pómulos marcados. Cuando sus ojos se encontraron con los de Muriel, él le sonrió, y ella no pudo evitar ruborizarse.

El emisario hizo una leve reverencia. A continuación, se llevó una mano al interior de su capa, a la altura del corazón, y sacó una carta. Después de aclararse la voz, empezó a leer:

—A la atención de Florence Belle y su hija Muriel. Apreciadas damas,

espero que os encontréis bien de salud y de ánimo y que recibáis con alegría este presente que os mando a través de uno de mis emisarios. Junto a él viaja parte de mi guardia y el sabio Percival Green, uno de los hombres en quien más confío. Deseo que la contemplación de mi retrato acreciente todavía más, si cabe, el amor que sentís por Alea, nuestro reino, y la admiración y el respeto hacia mi persona, vuestro nuevo rey. Como monarca, pienso trabajar para que Alea sea cada vez un territorio más próspero, un lugar en el que todos...

Muriel dejó de prestar atención. Sus ojos volvieron a posarse sobre el hombre vestido de verde. Así que era el sabio de la Corte. Muriel siempre se había imaginado a los sabios como ancianos, con la barba blanca o gris y la mente muy lejos de donde se encontraba

su cuerpo. Pero Percival Green no era viejo ni tenía la mirada perdida. De hecho, parecía muy atento a lo que estaba sucediendo.

Al escuchar su nombre, Muriel volvió a concentrar su atención en las palabras del emisario.

—[...] por lo tanto, es mi deseo que a partir de ahora, Muriel viva conmigo en la Corte, rodeada de lujos, tal como corresponde a la hermana de un rey.
Firmado: Colin II.

Capítulo uno

Lo primero que pensó Muriel fue que no lo había escuchado bien. ¿El rey quería que se mudara a la Corte? Era una locura. Su aya Alda, que murió el año pasado a causa de unas fiebres, se había criado en la Corte. Fue una mujer culta y refinada. Gracias a ella, Muriel tenía conocimientos generales de Geografía e Historia; podía recitar poemas extensos; conocía las normas de comportamiento que correspondían a una dama; sabía cantar, bordar y tocar el arpa y la flauta. Pero no se veía preparada para viajar a la capital del reino, un lugar en el que no conocía a nadie y en el que todos sus movimientos serían estudiados por cientos de ojos.

—¡No! —El grito de su madre hizo que todos se sobresaltaran.

Florence tenía los puños apretados y su rostro se había puesto rojo.

—¡No! —repitió, esta vez con más fuerza—. ¡No podéis quitarme a mi hija! ¡No podéis enviarla a ese lugar infestado de víboras, cuervos y lobos! ¡No podéis dejarme a mí aquí sola, como si fuera una criminal! ¡No! ¡El rey no puede hacernos esto! —su última exclamación apenas fue inteligible a causa de sus sollozos.

—Cuidado con lo que decís —le advirtió uno de los guardias, llevándose una mano a su espada—. Podríamos llevaros presa por vuestro comentario.

Percival dio un paso hacia delante y dijo:

—Será mejor que todos nos calmemos. La situación ya es bastante

tena de por sí. —Miró a Florence y suavizó su tono de voz—. Mi señora, me temo que debemos realizar el encargo del rey. Vuestra oposición solo os traerá problemas, y ninguno de los que estamos aquí queremos eso. —Hizo una pausa y caminó hacia ella. Cuando estuvo a tan solo unos centímetros, prosiguió—: Yo me comprometo a escribiros a menudo sobre vuestra hija, y estoy seguro de que ella también querrá enviaros cartas de su puño y letra, ¿no es así? —preguntó, volviéndose hacia Muriel.

La joven asintió con torpeza.

—También me comprometo a cuidarla. Me imagino que no os gustará que os recuerden vuestro pasado, pero os pido que me digáis qué opinión teníais de mí cuando vivíais en la Corte.

Florence tragó saliva y alzó un poco la barbilla. Sin cortar el contacto visual,

respondió:

—Me parecíais una persona íntegra.

—¿Y en este tiempo ha cambiado vuestra percepción de mí?

—No.

Percival sonrió.

—Entonces os pido que confiéis en que podré mantener mi palabra. Haré todo lo que esté en mi mano para garantizar la seguridad y el bienestar de Muriel, y os mantendré informada de todo lo que considere relevante. ¿Aceptáis mi ofrecimiento, mi señora?

—Sí..., gracias.

—A cambio, vos podéis prometerme que os preocuparéis de vuestra salud y que trataréis de estar animada.

—Lo intentaré.

—Bien. —Percival volvió a concentrar su atención en Muriel. Le

dirigió una sonrisa que parecía querer decir «Ánimo, a partir de ahora vas a tener que ser fuerte y valiente, pero tranquila, que yo os ayudaré».

Muriel respiró hondo y se obligó a sonreír. No quería parecer asustada delante de su madre.

El silencio volvió a interrumpirse cuando uno de los guardias lanzó un gruñido y exclamó:

—¡Bueno, muchacha! ¿Vas a hacer el equipaje o quieres que te lo hagamos nosotros?

Capítulo dos

Muriel terminó de meter todas sus cosas en un baúl. Estaba sola en su habitación. Había dos guardias en el pasillo, junto a la puerta, pero los demás, incluida su madre, se habían quedado fuera.

Muriel echó un vistazo a su alrededor. Se le hacía extraño saber que ni esa noche ni las siguientes dormiría allí. «Basta, no pienses en eso», se dijo cuando notó que se le empezaba a poner un nudo en el pecho. Cogió aire y llamó a los guardias.

—Mi equipaje ya está listo — anunció, tratando de que su voz sonara firme.

«A partir de ahora, tienes que ser

valiente».

Los hombres asintieron y, sin pronunciar palabra, empezaron a arrastrar el baúl hasta las escaleras. Una vez allí, lo levantaron y empezaron a bajarlo. Muriel los siguió desde una distancia prudencial. Cuando llegaron al primer piso, los guardias lo soltaron sin demasiado cuidado, y el ruido que hizo el baúl al caer provocó que Muriel se estremeciera. Ellos no parecieron darse cuenta. Volvieron a arrastrarlo hasta la salida y una vez en el exterior, otro par de hombres los ayudaron a subirlo al techo del carruaje.

Muriel se dio cuenta de que su madre había estado llorando. Se acercó a ella y la abrazó.

—No os preocupéis, madre, estaré bien—le susurró al oído.

Notó cómo asentía. Cuando se

separaron, Florence estaba tratando de sonreír, así que Muriel hizo un esfuerzo y correspondió a su gesto. Después, se giró hacia Percival Green. El sabio volvió a dedicarle una sonrisa de ánimo y le tendió una mano. Llevaba guantes de color negro.

—Viajaremos juntos en el carruaje, si os parece bien.

Muriel asintió sin mirarlo a los ojos y posó sus dedos desnudos en el guante de piel. Sabía que sus palabras eran una mera cortesía porque no habían traído ningún caballo para ella, pero las agradeció de todas formas.

Capítulo tres

A Muriel, el traqueteo del carruaje no le resultaba molesto. Si no se hubiera sentido tan nerviosa, estaba segura de que se habría quedado dormida. Pero era imposible conciliar el sueño cuando su vida estaba a punto de cambiar.

Percival llevaba las manos cruzadas sobre el regazo. Muriel estaba sentada a su izquierda. Al principio, había tratado de que su vestido no tocara la capa del hombre, pero había sido misión imposible. El carruaje era estrecho. Percival se había dado cuenta de su frustración porque sonrió con amabilidad y le explicó:

—Hemos elegido el vehículo más ligero posible para que los caballos

puedan recorrer una mayor distancia en un menor tiempo. Espero que no os incomode la falta de espacio.

Turbada, Muriel se había apresurado a negar enérgicamente con la cabeza. Percival olía a salvia y a romero. Aquellos olores le recordaban a sus paseos por el campo. Inspiró hondo y trató de relajarse, pero tenía el cuerpo rígido y sus manos seguían aferrando el vestido, a pesar de que este seguía invadiendo el espacio de Percival. El silencio le resultaba cada vez más incómodo, así que se armó de valor, giró su rostro hacia él y le preguntó:

—¿Cuándo llegaremos a la Corte?

Percival le devolvió la mirada, y fue entonces cuando Muriel descubrió que tenía los ojos verdes con pequeñas betas de color miel.

—Mañana al mediodía —contestó—.

Haremos noche en una posada que se llama El trébol. La comida es buena, y las habitaciones están limpias. Saben que nos dirigimos hacia allí, así que lo tendrán todo dispuesto para cuando lleguemos. Vuestro hermano ha pagado al dueño para que nos deje el establecimiento para nosotros solos.

Muriel le confesó entonces que ella nunca había dormido en una posada. Nada más decirlo, se arrepintió. Le avergonzaba que Percival pensara de ella que era una jovencita apocada y con escasas experiencias vitales.

«Pero es la verdad», sonó una vocecilla insidiosa en su cabeza.

Sin embargo, Percival asintió y le dirigió una mirada cargada de simpatía.

—Lo suponía. No ha debido de ser fácil pasar tanto tiempo dentro de una torre, ¿verdad? Creo que habéis sido

muy fuerte al resistir todos estos años.

Muriel lo miró con sorpresa y agradecimiento.

—Sí..., eh..., bueno, a veces me habría gustado ir más allá de los límites impuestos por los guardias, pero en general creo que he sido feliz.

—Espero que lo seáis también en la Corte.

—Gracias. —En ese momento, Muriel se acordó de lo que le había dicho a su madre—. ¿Puedo haceros una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo conocisteis a mi madre?

Percival miró hacia el frente y se reclinó en su asiento. Empezó a hablar:

—Conocí a Florence cuando vino a la Corte como prometida de vuestro padre. En aquella época, mi padre era el sabio, y yo me estaba formando para

sucederlo algún día. —Percival puso un gesto de tristeza—. Mi padre murió unos meses antes de que yo cumpliera los dieciocho años. Algunos consejeros le dijeron al rey que todavía no estaba preparado para ser el nuevo sabio y que sería conveniente buscar a alguien con más experiencia, pero él no les hizo caso. Les contestó que yo llevaba toda la vida estudiando y que estaba preparado más que de sobra para ejercer las funciones del cargo. Vos debíais de tener cuatro años —añadió al darse cuenta de que Muriel estaba intentando situar los acontecimientos en el tiempo.

Ella se ruborizó ligeramente y se preguntó si siempre resultaba tan fácil adivinar lo que estaba pensando. De ser así, tendría que practicar para no resultar tan transparente.

—En la Corte también nos estarán esperando —continuó el sabio—. El rey ha organizado una fiesta en vuestro honor para mañana por la noche. Habrá un banquete, un recital de poesía y un baile de máscaras.

—¿Un baile de máscaras? —preguntó ella ilusionada.

Todo lo que sabía de los bailes de máscaras era a través de los libros. En ellos, el protagonista podía ser un espía o un enamorado. Si era un espía, utilizaba su disfraz para recabar información sobre alguno de los presentes o para entregarle un mensaje a otro enmascarado. En cambio, si el protagonista era un enamorado, lo utilizaba para poder pasar unas horas cerca de la dama a la que amaba. Siempre se las ingeniaba para bailar con ella una o dos veces, y eso bastaba para

lograr que ella empezara a sentir algo por él.

—Pero yo no tengo ningún disfraz — recordó de pronto.

Percival sonrió.

—No os preocupéis. Cuando el rey decidió que vivierais con él, ordenó que os confeccionaran decenas de vestidos con diferentes telas. Seguro que hay varios que pueden servir para el baile.

Todos los vestidos que había llevado Muriel a lo largo de su vida se los habían enviado a la torre desde la Corte. Su aya era la encargada de tomarle las medidas cada cierto tiempo y de enviar los datos por carta a las costureras reales.

—¿Vos asistiréis al baile?

—Sí. Os confieso que me gusta más pasar el tiempo en mi estudio, rodeado

de libros y de mapas, pero el rey insistió en que debía participar. Un día, una doncella llamó a mi puerta y me entregó un traje negro y un antifaz. «De parte del rey. Él sabe que no tenéis tiempo para preocuparos por asuntos tan mundanos como la elección de vuestra vestimenta», me dijo.

Muriel se echó a reír. Por lo visto, en algunas cosas sí que se parecía a la idea que tenía ella de los sabios.

El resto del trayecto hasta llegar a la posada fueron hablando de las historias que habían leído. A Percival le gustaban más los tratados sobre Filosofía, Astronomía, Medicina o Matemáticas, pero de vez en cuando también leía novelas de aventuras. A medida que la conversación avanzó, descubrieron que ambos eran seguidores de las hazañas del caballero Wilhelm. Estuvieron

recordando algunos de sus logros más importantes, como cuando venció al caballero Ursus en un combate a muerte.

Para cuando llegaron a la posada, los dos se sentían más relajados en compañía del otro. El posadero era un hombre rollizo y sonrosado que los recibió con alegría.

—Mis señores, espero que hayan tenido un buen viaje. Sus habitaciones ya están preparadas. Si lo desean, pueden ir a dejar sus cosas mientras yo les sirvo la cena.

—Muchas gracias, Bernard.

Los guardias que los acompañaban les ayudaron a subir los equipajes hasta los dormitorios. Las habitaciones eran pequeñas y solo disponían de una cama, un escritorio y una silla, pero olían a limpio y no se veía ni una sola mota de polvo.

Después de dejar los baúles, volvieron a bajar. Las mesas no eran muy grandes, así que el posadero había tenido que usar tres. En cada una había un cesto de pan, servilletas de lino y varios cubiertos. Lo que las diferenciaba era que en una de ellas había solo dos cuencos con guiso de cordero, patatas y cebolla, mientras que en las otras dos había cuatro.

—Su majestad decía en la carta que le agradaría mucho que mis señores cenaran juntos —explicó el posadero, mirando primero a Percival y después a Muriel.

El sabio se giró hacia la joven.

—¿Os parece bien?

Muriel asintió. La verdad es que lo prefería. No había hablado con ninguno de los otros hombres, así que lo más probable era que se sintiera un poco

incómoda compartiendo mesa con ellos.

Los guardias, el emisario y el cochero no pusieron objeciones. Se dividieron en dos grupos, pero decidieron mantener una misma conversación, así que estuvieron hablando a voz en grito durante toda la cena. De vez en cuando, alguien daba una palmada fuerte a la mesa, soltaba una exclamación y se reía con fuerza. Los demás no tardaban en corear sus risas.

Percival y Muriel se comportaron de forma más comedida, pero tuvieron que elevar su tono para poder entenderse. La joven le preguntó por las personas más influyentes que los recibirían en la Corte al día siguiente, aparte de sus hermanos.

—Bueno, están los cinco consejeros del rey, el Primus Sacerdos y sus ayudantes, los emisarios reales y las

familias pertenecientes a la nobleza cortesana, entre las que destacan cinco.

—Los Reynell, los Varley, los Blythe, los Atwood y los Maynard —enumeró ella.

—Exacto —corroboró Percival, y le sonrió.

Muriel le devolvió el gesto y se llevó la última cucharada de guiso a la boca.

Capítulo cuatro

A Muriel le costó conciliar el sueño. Habían sido muchas emociones para un solo día y por más que lo intentaba, no conseguía dejar la mente en blanco. Cuando no estaba recordando algo de lo vivido en la jornada, estaba imaginándose cómo sería su entrada en la Corte: cómo la recibirían, qué le dirían, qué contestaría ella...

Estuvo dándole vueltas a la cabeza y cambiando de postura en la cama hasta bien entrada la madrugada. Después, por fin se durmió.

La despertaron unos golpes suaves en la puerta, seguidos de la voz de Percival.

—Mi señora, debemos ponernos en

marcha.

Muriel se sentó en la cama como un resorte. Había dormido pocas horas, pero se sentía totalmente despejada. Su pulso se aceleró al pensar en lo poco que faltaba para llegar a la capital.

—De acuerdo, enseguida salgo.

Desayunaron un puñado de nueces y una rebanada de pan untada en miel. Después, fueron a por su equipaje. Muriel pensó que era la segunda vez en dos días que dejaba una habitación.

Se despidieron del posadero en la puerta. El hombre les deseó un buen viaje y les pidió que volvieran a visitarlo.

A Muriel, no se le hizo largo el trayecto hasta la capital. Percival fue contándole cosas de los sitios por los que pasaban. Cuando llegaron a Enim, la joven se sorprendió al descubrir que no

le habría importado que el viaje durara un poco más. El carruaje se detuvo junto a un grupo de soldados, armados con espadas y lanzas.

—Nos escoltarán hasta la Corte —le explicó Percival—. Ya no falta mucho.

A Muriel le pareció que solo habían pasado unos segundos antes de que el cochero volviera a dar la orden a los caballos de que pararan. Muriel se asomó por la ventanilla y vio que ante ellos se extendía un foso de varios kilómetros de largo. Para cruzarlo, alguien había construido un puente de piedra con forma de cruz. Los dos extremos más cortos del puente conectaban con torres de vigía. En lo alto, había varios arqueros en posición de ataque. Al otro lado del foso, había un castillo de proporciones colosales. Muriel miró a Percival.

—¿Voy a vivir allí? —preguntó sin terminar de creérselo.

Él asintió.

—La Corte es como un pequeño mundo. Quizá te abrume un poco al principio, pero terminarás acostumbrándote.

Junto al carruaje había dos guardias que se encargaban de permitir el paso a los vehículos. El cochero tuvo que responder a unas preguntas antes de que lo dejaran volver a ponerse en movimiento. Mientras cruzaban el puente, Muriel notó cómo se le formaba un nudo en el estómago y tuvo que agarrar la tela de su vestido para tratar de controlar el temblor de sus manos.

—Tranquila —la voz de Percival le hizo dar un respingo a pesar de que el hombre había hablado con suavidad—. Todo irá bien. El rey sabe que esta

situación es nueva para vos y que necesitaréis un tiempo para adaptaros. Él quiere que seáis feliz.

Muriel asintió y tragó saliva. Volvieron a quedarse en silencio hasta que el carruaje terminó de cruzar el puente. Entonces Percival la miró con una sonrisa que iluminó todas sus facciones y le dijo:

—Bienvenida a la Corte.

Capítulo cinco

A lo largo de los años, su aya Alda le había contado muchas cosas sobre la Corte, pero estar allí y verlo todo con sus propios ojos superaba en mucho a la imagen que Muriel se había hecho del lugar.

El castillo era tan inmenso y tenía tantas salas y pasillos que, a su lado, la torre de Lychnus parecía de juguete.

Los escoltaron hasta el salón del trono. Allí los estaban esperando todas las personas que Percival había mencionado, además del rey y de Alan, su otro hermano.

Lo primero que pensó Muriel cuando vio al rey fue que aquel trono era demasiado grande para él. El

pensamiento le pareció frívolo y se regañó mentalmente por ello, pero lo cierto era que tenía razón. El joven monarca tenía que alargar un poco los brazos para apoyarlos en los del asiento y, a pesar de llevar encima pieles voluminosas, a cada lado se veía un buen trozo de respaldo.

Tenía el pelo de color marrón oscuro y no llevaba barba. A su izquierda, en un asiento sin ningún adorno ni piedra preciosa, estaba sentado Alan. A Muriel le pareció que aparentaba más edad que su hermano. Quizá porque su constitución era más robusta, sus facciones menos redondeadas y porque se había dejado crecer una espesa barba negra.

Percival y Muriel caminaron por una alfombra roja que dividía el salón en dos. Al fondo, estaban los escalones que

separaban la tarima donde estaba el trono del resto de la habitación. A Muriel, aquel paseo se le hizo eterno. Iba con la cabeza gacha, pero era consciente de que había cientos de ojos fijos en ella, atentos a cualquier detalle que pudiera revelar información sobre su persona. «Seguro que después se pondrán a intercambiar sus impresiones sobre mí», pensó incómoda.

Unos centímetros antes de llegar al primer escalón, Percival se agachó y apoyó una rodilla en el suelo. Muriel se apresuró a imitarlo, aunque lo hizo sin su elegancia. Siempre que estaba nerviosa actuaba con torpeza.

—Levantaos. —A pesar de la orden, Muriel detectó un matiz de amabilidad en la voz del monarca.

Ambos obedecieron. Entonces Colin II también se puso en pie. Estaba

sonriendo.

—Percival, me alegro de veros de regreso. Muriel, querida hermana, bienvenida a casa.

Ella hizo una reverencia, tal como le había enseñado su aya de niña, y contestó con la voz un poco aguda:

—Gracias, majestad.

—Espero que os sintáis cómoda entre nosotros. Es un placer tenerte aquí. Este es tu sitio. A partir de ahora, vivirás como lo que eres: la hermana del hombre que gobierna el reino más próspero de todos los continentes hasta ahora conocidos.

Capítulo seis

Aquel primer encuentro fue bastante breve. Alan intervino para darle la bienvenida a Muriel, y después, el monarca ordenó a unos sirvientes que acompañaran a la joven hasta su habitación.

—Te veré en el banquete —se despidió de ella Percival mientras le dirigía una mirada de ánimo.

Muriel le sonrió y asintió con la cabeza. Después, se dejó conducir hasta su nuevo dormitorio. Tuvo que recorrer un larguísimo pasillo que se bifurcaba en varios tramos. Los sirvientes giraban a la derecha o la izquierda sin vacilar. Al principio, Muriel trató de memorizar el recorrido, pero aquello parecía un

laberinto. Pronto le resultó imposible acordarse de en qué dirección había girado cada vez, de modo que se dio por vencida y se limitó a seguirlos. Para cuando llegaron a la planta donde estaba su alcoba, Muriel se sentía un poco mareada.

El criado que encabezaba el pequeño grupo se detuvo frente a una puerta.

—Es aquí, mi señora. Si estáis de acuerdo, os dejaremos el baúl en el interior.

—Sí, muchas gracias.

El hombre abrió la puerta, y Muriel se hizo a un lado para dejar que, los que iban detrás, metieran su equipaje. Esperó en el pasillo a que salieran y entonces les dio de nuevo las gracias. Después, respiró hondo y cruzó el umbral con los ojos cerrados. Estuvo unos segundos sin abrirlos,

mentalizándose de que no importaba cómo fuera porque solo pasaría allí unas horas por las noches. Además, seguro que le permitían hacer algún cambio razonable.

Cuando por fin abrió los ojos, respiró aliviada. Era una habitación muy acogedora. La luz entraba a través de un ventanal situado frente a un escritorio de caoba. Junto a este, había una puerta que daba a un balcón lleno de macetas con flores rosas, amarillas y azules.

La cama era grande y tenía cortinas de seda. Encima de la cabecera, había un tapiz con el dibujo de un unicornio. El armario y la cómoda estaban en la pared opuesta. Todo el suelo estaba cubierto por una alfombra de color granate.

Muriel se paseó por la habitación tratando de memorizar cada detalle.

Acarició las cortinas; inspeccionó los cajones de la cómoda; se sentó en la cama y dio un pequeño salto para comprobar lo mullido que era el colchón; se descalzó y puso los pies sobre la alfombra...

Cuando volvió a calzarse, decidió salir al balcón. La vista desde allí era impresionante. A lo lejos se veía el puerto de Enim. El muelle y los barcos parecían miniaturas, y el mar era como una mancha de pintura azul.

Muriel estuvo un buen rato admirando las vistas antes de decidirse a deshacer el equipaje. No tardó mucho en guardar cada cosa en su sitio. Cuando terminó, se tumbó en la cama, cerró los ojos y dejó que la venciera el sueño.

Capítulo siete

La despertaron unos golpes en la puerta.

Muriel no sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero vio que todavía era de día.

—Mi señora, soy Ingrid, vuestra doncella personal. He venido para ayudaros a prepararos para la celebración. Me acompañan dos criados que traen un baúl con los vestidos que el rey mandó hacer para vos.

Muriel se puso en pie de un salto. Un cosquilleo de emoción la recorrió.

—Adelante.

La puerta se abrió y entró una chica menuda seguida por dos hombres que arrastraban un baúl más grande que el

que Muriel había traído.

—¿Dónde desea que lo dejemos, mi señora?

—Ahí, junto al otro. Muchas gracias.

—Es un placer servirlos, mi señora. Si necesitáis algo más, solo tenéis que decirlo.

Muriel asintió, un poco incómoda. Habría preferido que la trataran con un poco más de familiaridad, pero pensó que no era buena idea indicárselo, al menos, por el momento.

Cuando los criados salieron, la doncella abrió el baúl después de pedirle permiso y sacó tres vestidos: El primero era de color verde manzana, con el cuello en forma de pico, grandes hombreras y mangas largas. El segundo, dorado, con cuello de barco y las mangas a la altura de los codos. El tercero, negro, a excepción de las

mangas, de seda transparente. El cuello llegaba hasta la barbilla, pero quedaba abierto para dejar al descubierto la garganta. Además, llevaba un cinturón estrecho con una hebilla de metal.

—Cada uno de ellos tiene un antifaz a juego. Podéis elegir el que más os guste.

Muriel no tuvo que pensárselo. Los dos primeros apenas habían llamado su atención. En cambio, nada más ver el negro había sentido una especie de conexión, y algo en su interior le había dicho que ese era exactamente el vestido que debía llevar esa noche.

—¿Puedo ver el antifaz del negro? — preguntó, acercándose a la cama, donde la doncella los había extendido.

—Por supuesto, mi señora. Enseguida os lo saco.

Ingrid se agachó junto al baúl y rebuscó hasta dar con un sencillo antifaz

de un negro brillante.

—Este es. Espero que sea de vuestro agrado.

Muriel lo cogió con una sonrisa.

—Es perfecto.

—Me alegra escuchar eso, mi señora. Ahora voy a prepararos un baño. El banquete comenzará dentro de una hora y media, así que tendréis que estar lista para entonces.

—De acuerdo.

—Tengo que preguntaros: ¿cómo os gustaría llevar el pelo?

Muriel lo consideró durante unos segundos.

—Un recogido con trenza estaría bien.

La doncella observó su rostro y después asintió.

—Sí, ese peinado os irá bien. Ahora,

si me disculpáis, voy a llenar la bañera.
No tardaré.

Cuando Ingrid salió, Muriel dejó el antifaz, cogió el vestido negro y se puso frente al espejo.

Capítulo ocho

Cuando Muriel entró en el comedor del castillo, se sintió un poco intimidada. Unos criados la habían guiado hasta allí, pero acababan de dejarla sola. La estancia era casi tan grande como el salón del trono y estaba llena de gente enmascarada.

Ella también llevaba puesto el antifaz. Quizá por eso, cuando uno de los invitados la empujó al pasar a su lado, no se disculpó. Seguro que si hubiera sabido que era la hermana del rey, le habría pedido perdón con vehemencia.

Muriel se frotó el brazo, molesta. De repente, notó que alguien se situaba a su espalda.

—Buenas noches, mi señora.

Al escuchar aquella voz, sintió como el alivio la invadía. Se apresuró a girarse con una sonrisa. Ante ella había un hombre vestido con un traje del mismo color que el suyo. A pesar del disfraz, reconoció la forma ovalada de su rostro y sus pómulos marcados.

—Buenas noches, señor Green.

Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa divertida.

—Me parece que esta noche debemos mantener ocultas nuestras identidades, mi señora.

—Cierto —concedió ella, reprimiendo una carcajada.

El sabio le ofreció un brazo.

—¿Seríais tan amable de acompañarme hasta la mesa?

—Por supuesto —contestó ella, aceptándolo.

Al tocarlo, sintió un cosquilleo en el estómago. Algo turbada, lo miró de reojo y se tranquilizó un poco al comprobar que la expresión de él no había cambiado.

Caminaron en silencio varios metros. A su alrededor, los invitados hablaban en pequeños círculos. Algunos los miraban de pasada antes de volver a concentrarse en la conversación.

Percival volvió a tomar la palabra:

—Vuestro asiento está a la izquierda del de Alan. Al otro lado, se sienta el rey. Mi sitio está a su derecha, de modo que nuestros asientos estarán frente a frente.

A Muriel le alegró escucharlo. Así podría hablar con él y se sentiría menos fuera de lugar.

Todavía no había nadie sentado a la mesa. Entre la multitud, distinguieron al

rey porque era el único que llevaba corona. El joven monarca les sonrió, y ellos hicieron una leve reverencia.

Tras unos minutos de espera, Colin II dio una palmada. Las voces se acallaron al instante.

—Queridos invitados —empezó—, os doy la bienvenida a todos a la celebración de la llegada de mi hermana Muriel. Esta noche, su identidad permanecerá oculta tras su disfraz, pero a partir de mañana, podréis volver a disfrutar de su presencia. Espero que la tratéis con el respeto que me profesáis a mí. Este banquete, el recital de poesía y el baile de máscaras son en su honor.

El salón se llenó de aplausos. Muriel notó como Percival retiraba su brazo del de ella con delicadeza. Se giró hacia él y vio que empezaba a aplaudir. Percival le hizo un gesto con la cabeza para que

ella también lo hiciera. No podía quedarse como un pasmarote; eso delataría quién era.

Mientras aplaudía, Muriel aprovechó para echar un vistazo a su alrededor. Calculó que habría cerca de doscientas personas, entre invitados y sirvientes. Cerca de cuatrocientas palmas chocando en diferentes tiempos que producían un ruido desacompasado, casi molesto. Cerca de doscientos pares de ojos que intentaban localizar a la hermana del rey entre la multitud.

Muriel se sintió agradecida por ir disfrazada.

Capítulo nueve

Muriel nunca había visto tantos manjares juntos.

Había jabalí, venado, faisán, pescado al limón, empanadas de carne y frutos secos y tartaletas rellenas de mermelada de naranja.

Muriel comió un poco de pescado. Lo habían traído esa misma mañana del puerto y estaba delicioso. Mientras le quitaba las espinas, se fijó en que había tres invitados que la miraban con mucho interés. Eran altos y delgados y llevaban el mismo disfraz: un traje de color azul pálido, un antifaz y un sombrero con una pluma.

Colin se dio cuenta de ello y sonrió. Inclinandose hacia delante, dijo con tono

despreocupado:

—Mi señora, aquellos hombres que no dejan de observaros serán, a partir de mañana, los preceptores de mi hermana Muriel. Espero que a ella le agrade la noticia. No dudo de que su educación hasta ahora ha sido excelente. Por eso, sería una pena que no siguiera avanzando en sus estudios.

—Entiendo, majestad. Seguro que ella le agradece que se preocupe por su formación.

Colin le sonrió.

—Hay que cuidar de la familia, mi querida dama.

Cuando el banquete concluyó, los invitados fueron conducidos a una sala escalonada con asientos de madera con respaldo alto. En la parte más baja de la habitación, situados en el centro, había tres hombres. El del medio era el que

vestía de manera más sobria, de un rojo apagado. Los otros dos llevaban trajes idénticos, pero de distinto color: uno, plateado, y otro, azul marino. Además, iban ataviados con un sombrero decorado con incrustaciones de cuarzo negro.

El hombre que estaba en el centro, empezó a hablar. Su voz llegó a todos los rincones de la sala.

—Bienvenidos a este recital de poesía en honor de la hermana de nuestro monarca. Os ruego que busquéis un asiento y que os dispongáis a seguir disfrutando de la velada.

Colin y Alan empezaron a bajar los escalones, seguidos de cinco hombres vestidos de amarillo.

—Deben de ser los consejeros —le dijo Percival al oído.

Muriel asintió.

—¿Dónde nos sentamos? —le preguntó.

El sabio sonrió.

—Creo que después de la cena, cualquiera que haya estado un poco atento habrá adivinado que sois la hermana del rey, así que, aunque os sentarais en la última fila como si fuerais un invitado de menor rango, no conseguiríais engañar a nadie.

Muriel suspiró.

—Tenéis razón. Entonces, ¿qué sugerís?

Él volvió a sonreír.

—La acústica es buena en cualquier rincón de esta sala, pero desde la primera fila se aprecian mejor todos los detalles.

Muriel se sentó al lado de Alan, como en el banquete, pero, ahora, Percival pudo ponerse a su lado. A la

derecha de Colin, estaban los cinco consejeros.

Percival se inclinó hacia ella y susurró:

—¿Habéis oído hablar de James Hook y de Ian Perkins?

—Sí, son los trovadores más famosos de la Corte. Mi aya me habló de ellos. Los conoció cuando estuvo viviendo aquí, aunque apenas tuvo relación con ellos porque, por lo visto, les gustaba pasar mucho tiempo solos. Pero me dijo que eran muy inteligentes y que tenían una sensibilidad especial. Incluso me recitó algunos de sus poemas.

—¿Y qué te parecieron?

—Algunos eran desgarradores, pero la mayoría tenían un estilo melancólico.

—¿Te gustaron?

—Sí, aunque no podía escucharlos baja de ánimo.

Percival no se rio.

—Hay quien dice que los señores Hook y Perkins pueden hacer que un espectador se pase días enteros llorando solo por haber escuchado uno de sus poemas.

Muriel iba a decir algo, pero en ese momento, el hombre vestido de rojo volvió a tomar la palabra:

—Damas y caballeros, en breves instantes va a comenzar el recital. Habrá cinco temáticas: el amor, la fortuna, el vino, los bienes terrenales y la muerte. Cada trovador recitará un poema de cada una de ellas y, al final de cada parte, se elegirá a un ganador mediante el sistema de la mano alzada. Cuando el recital finalice, uno de los dos será proclamado el ganador de esta noche y recibirá un saco de monedas de oro.

Un murmullo se extendió por toda la

sala. Un saco de oro suponía un horizonte libre de preocupaciones materiales que podía prolongarse durante varios años si se sabía administrar bien.

Percival volvió a inclinarse sobre Muriel.

—Cuando acabe el recital, podemos intercambiar opiniones.

Ella sonrió.

—Claro. ¿Crees que hay un favorito?

Percival asintió de forma apenas imperceptible.

—Te lo diré luego para no condicionar tu elección.

Capítulo diez

El trovador James Hook fue el primero en comenzar. Su voz era aterciopelada, y sus palabras pronto envolvieron a los asistentes. Habló sobre la diferencia entre el amor y el deseo, advirtió que a veces se confundían y que eso causaba que los amantes se arrepintieran de sus actos. Habló también sobre la confianza y la generosidad, y puso varios ejemplos de personajes famosos para reforzar sus argumentos.

Muriel no apartó sus ojos del escenario, pero en todo momento fue consciente de la presencia de Percival, a pesar de que el sabio apenas se movió.

Después le tocó el turno a Ian

Perkins. El trovador dedicó gran parte de sus versos a alabar la belleza femenina y a explicar los efectos que podía tener la contemplación de una hermosa dama.

Cuando terminó, llegó el turno de las votaciones. A Muriel le había gustado más el primer poema. Era más profundo y decía cosas con las que ella estaba de acuerdo.

La mayoría de los invitados también se inclinó por James Hook. El hombre vestido de rojo permitió que le dedicaran unos cuantos aplausos y después, presentó el segundo tema de la competición.

Los dos poemas fueron muy parecidos. Tanto Hook como Perkins humanizaron a la Fortuna. Ambos hablaron de su carácter esquivo y caprichoso, y pusieron ejemplos de

hombres y mujeres que habían caído en desgracia por confiar demasiado en que estaría de su lado.

Muriel volvió a votar por Hook porque le pareció que su poema era un poco menos moralizante que el de su rival.

Esa ronda volvió a ganarla él.

La tercera temática era la del vino. Ambos lo compararon con la cerveza y el agua, pero Hook se inclinó a favor del agua porque, según él, aclaraba el pensamiento y los sentidos, mientras que Perkins alabó las cualidades del vino. Su poema era mucho más alegre y buscaba la complicidad con el público. Algunos de sus versos arrancaron fuertes carcajadas entre los invitados.

Muriel votó de nuevo por Hook, pero, en aquella ocasión, fue de las pocas que lo hizo. Perkins esbozó una

sonrisa triunfante y levantó los brazos mientras la gente lo ovacionaba.

El ambiente festivo se disolvió en cuanto James Hook empezó a advertir de los peligros de los bienes mundanos. Cuando expresó que estos podían conducirte a una vida de depravación, Muriel se estremeció.

El poema de Perkins también tenía algunos versos de advertencia, pero el hombre se mostraba más conciliador y aseguraba que el cuidado del alma no implicaba que se desatendiera el del cuerpo. Para él, lo ideal era mantener un equilibrio entre ambos.

De nuevo hubo una mayoría de votos para Perkins. Esta vez, el de Muriel también estaba entre ellos.

El último tema era el de la muerte. La joven escuchó que varias personas contenían el aliento, aguardando a que

Hook empezara a recitar.

Como se temía Muriel, el trovador afirmó con tono lúgubre que había que prepararse para la muerte desde el nacimiento, que uno debía llevar una vida libre de tentaciones si quería que su vida en el Más Allá careciera de tormentos.

Perkins, en cambio, dijo que no había que temer a la muerte, que, gracias a ella, uno podía valorar de verdad la vida. También habló de los seres queridos que ya no estaban en este mundo y animó a todos los presentes a recordarlos sin sentir tristeza ni rabia.

Cuando terminó, empezaron a oírse fuertes aplausos en distintas zonas de la sala que pronto se extendieron como una llamarada. La gente fue poniéndose de pie y, poco a poco, un nombre se hizo audible en medio del estruendo:

—Perkins, Perkins, Perkins,
Perkins...

Capítulo once

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Percival mientras caminaban hacia el salón del baile.

—La verdad es que no tengo claro quién ha sido el vencedor para mí —reflexionó Muriel—. He votado tres veces por Hook y dos por Perkins, pero creo que, en general, Hook tiene una visión demasiado rígida de la vida.

El sabio esbozó una media sonrisa y esperó a que continuara. Muriel se quedó callada unos instantes, y después prosiguió con tono vacilante:

—Creo que casi me inclino más por Perkins... Si él hubiera tratado el tema del amor de forma parecida a Hook, sin duda, para mí, sería el mejor.

—Sí, su poema ha sido un poco frívolo —coincidió él—. Y también muy poco arriesgado. La descripción de la belleza femenina y sus efectos en quien la contempla es un tópico que se repite desde hace siglos.

—¿Vos tampoco tenéis claro quién ha sido el vencedor?

—Lo cierto es que no.

Al final, Perkins se había alzado con el triunfo. «Te entregaremos el saco de oro en un sitio más privado, lejos de miradas envidiosas», le había dicho el hombre vestido de rojo entre risas.

—¿Perkins era el favorito?

El sabio asintió.

—Así es.

—Entonces Hook partía con desventaja.

—Supongo que sí.

Los invitados que encabezaban el grupo se detuvieron frente a unas puertas doradas. Muriel estuvo a punto de tropezar con la persona que tenía delante, pero Percival la cogió del brazo con suavidad, haciendo que volviera a sentir un cosquilleo en el estómago.

—Gracias —le susurró.

Él sonrió y le dirigió una leve inclinación de cabeza.

Unos criados abrieron las puertas. Esa parecía ser la señal que estaban esperando los músicos, situados al fondo de la sala, para empezar a tocar.

Una melodía lenta y algo melancólica inundó la habitación. La luz era tenue y procedía de los candelabros y de las cuatro chimeneas. Una alfombra de color granate cubría el suelo.

Mientras andaba, Muriel se fijó en los cuadros de las paredes. Eran retratos

de todos los reyes de Alea. Algunos estaban a caballo; otros, de pie, y otros, sentados, pero siempre aparecían solos. Muriel pensó que habría sido bonito ver un cuadro de familia.

Cuando ya no pudieron seguir avanzando, Percival se giró hacia ella y le tendió la mano.

—¿Os apetece bailar, mi señora?

Esta vez, Muriel no sintió un cosquilleo. Esta vez, fue como si una garra se cerrara sobre su estómago.

A duras penas, tragó saliva. Extendió el brazo para coger la mano que él le ofrecía. A diferencia del día anterior, Percival no llevaba guantes. Tenía los dedos estilizados, las uñas bien cortadas y la piel suave, libre de durezas, cortes o arañazos.

Sin demasiada seguridad, Muriel llevó la otra mano hasta su hombro, pero

no la apoyó demasiado. Él esbozó una sonrisa amable y con más aplomo que ella, deslizó el brazo derecho hasta su espalda. Muriel dio un respingo y contuvo el aliento durante unos segundos. Su corazón debía de latir a un ritmo por lo menos tres veces mayor que el de la música.

—¿Preparada? —le preguntó Percival.

Muriel se obligó a mirarlo a los ojos. A la luz del fuego, el verde parecía más oscuro y las betas de color miel casi pasaban desapercibidas.

—Sí —le contestó, aunque no estaba segura de qué pie mover primero.

—Entonces allá vamos. Un, dos, tres.

Percival se movió hacia la derecha, y después dio un paso hacia atrás. Muriel trastabilló.

—Lo siento.

El hombre sonrió.

—No os preocupéis. Procurad relajar los brazos y las piernas. Así os será más fácil seguir el ritmo. ¿Conocéis este tipo de baile?

—Sí.

—Entonces empecemos de nuevo a la de tres: uno, dos y tres.

Volvieron a moverse. Muriel bajó la cabeza para asegurarse de que sus pies iban coordinados con los de él, pero él le pidió que alzara el rostro.

—Si estáis tan pendiente de vuestros pasos, terminaréis perdiéndoos.

A regañadientes, ella obedeció. Había una distancia entre ellos de al menos veinte centímetros, pero eso no impidió que se ruborizara.

Nunca antes había bailado con un hombre. Solo con su madre y con su aya.

Permanecieron en silencio. Muriel

empezó a concentrarse en la música y pronto dejó de prestar atención a los movimientos de su cuerpo. Pasado un tiempo, Percival sonrió.

—¿Veis? Así estáis mucho más relajada.

La joven asintió y le devolvió la sonrisa.

Cuando la canción terminó, Percival se separó de ella y le hizo una reverencia. Ella le correspondió con otra. Enseguida sonó una nueva canción, mucho más alegre.

Volvieron a bailar. En esta ocasión, debían dar pequeños saltos y levantar un poco las piernas. A Percival le brillaban los ojos y parecía estar a punto de echarse a reír. Muriel también se sentía muy feliz, hasta que recordó una escena similar. Ella tenía trece años y estaba en el salón de la torre de Lychnus. Su aya le

había contado que, cuando los campesinos querían celebrar que la cosecha era buena, se reunían para compartir una cena y para bailar una danza para la que se necesitaba mucha agilidad y una buena capacidad pulmonar. Después de insistir durante un buen rato, Muriel había conseguido que Alda le enseñara los pasos. Florence presenció toda la clase desde un rincón. Alda y Muriel saltaron, giraron sobre sí mismas con los brazos extendidos, se pusieron en cuclillas, dieron palmas... Al final, entre el baile y las carcajadas, acabaron sin aliento.

Un ramalazo de nostalgia se apoderó de ella. Cuánto las echaba de menos.

Percival notó que algo le ocurría porque se detuvo y la miró preocupado.

—¿Os encontráis bien?

Muriel cerró los ojos con fuerza,

pero asintió. Tenía que ser fuerte.

Percival no se separó de ella, pero se mantuvo en silencio hasta que la joven volvió a abrir los ojos.

—Lo siento —se disculpó Muriel—. Es que me acaba de venir un recuerdo de hace varios años. —Hizo una leve pausa y añadió—: Un recuerdo feliz.

Percival no necesitó más para entender que en aquellos momentos se sentía vencida por la añoranza. Apartó la mano de su espalda y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Por favor, no os disculpéis. Sé que recordar el pasado puede ser doloroso, pero con el tiempo, vuestra pena remitirá. Tal vez hablar sobre ellos os ayude a aligerar la carga. Si es así, podéis contar conmigo.

—Gracias.

—Y ahora, aunque me imagino que

no os apetece, deberíamos seguir bailando, o la gente empezará a preguntarse qué nos ocurre.

Muriel esbozó una pequeña sonrisa.

—Bailar me vendrá bien para animarme.

Él también sonrió.

—No puedo estar más de acuerdo.

Capítulo doce

Después de eso, Muriel ya no se preocupó de que sus pies se movieran de forma acompasada o de que su postura fuera correcta. Solo se concentró en disfrutar de los bailes.

En uno de ellos, uno especialmente alegre, practicaron las vueltas. Percival levantaba el brazo izquierdo, y Muriel, agarrada a su mano solo por las puntas de los dedos, pasaba por debajo. Luego volvían a la posición de antes: ella con la mano izquierda sobre su hombro, y él con la derecha rozando su espalda. Se pasaron casi todo el baile riendo. Una vez, después de la vuelta, Percival no calculó bien sus fuerzas y la atrajo hacia sí con demasiado ímpetu. Muriel, presa

de la risa, no pudo hacer nada para evitar el choque de sus cuerpos.

Los dos contuvieron el aliento.

—Lo siento —se disculpó Percival.

Parecía azorado.

Sin apartarse, Muriel le contestó con un susurro:

—No os preocupéis.

Se miraron a los ojos en silencio durante varios segundos. Fue como si el tiempo se hubiera detenido. Al cabo de ese tiempo, Muriel se aclaró la voz y dijo con tono divertido:

—Será mejor que sigamos bailando o la gente empezará a preguntarse qué nos ocurre.

Aquellas palabras hicieron que el hombre dejara atrás su turbación. Asintió con la cabeza, agradecido, pero como no se le ocurrió nada ingenioso, optó por mantenerse callado.

Siguieron bailando hasta pasada la medianoche. Después, cada uno se retiró a su dormitorio.

En su cama, Muriel cerró los ojos y pensó en los acontecimientos del día. Debería de sentirse cansada, pero, al igual que el día anterior, su mente se negaba a quedarse en blanco.

Cuando por fin consiguió dormirse, faltaba poco para el amanecer. No pasaron muchas horas antes de que Ingrid, su doncella personal, la avisara que debía bajar a desayunar.

«El rey os está esperando para acordar vuestros horarios de estudio con los preceptores».

Capítulo trece

Muriel se sentía como si acabara de estar ocho horas seguidas de pie sin mover un solo músculo. Le dolía todo y le parecía que se había quedado sin fuerzas. Fue arrastrando los pies hasta llegar a las escaleras. Bajarlas fue toda una odisea; estuvo a punto de caerse rodando en cinco ocasiones. Cuando llegó al comedor, debía de tener un aspecto espantoso porque Alan lanzó una exclamación, y Colin y Percival se levantaron como si su asiento estuviera ardiendo.

—Estoy bien —trató de tranquilizarlos—, es solo que he dormido poco.

Percival la miró con simpatía. Volvía

a ir vestido de verde.

El rey se acercó a ella y la tomó del brazo.

—Venid a sentaos. Creo que aplazaremos las clases hasta que os encontréis mejor.

Muriel estuvo tentada de aceptar, pero luego pensó que eso la haría parecer débil.

—Majestad, me gustaría poder empezar hoy, si a vos os parece bien. Solo estoy un poco cansada, eso es todo.

—¿Estáis segura? No pasa nada porque tengáis unos días de descanso. Acabáis de llegar y puede que os convenga un tiempo para adaptaros. Quizá me he precipitado al organizaros las primeras clases tan pronto.

—No, majestad, os lo agradezco. Las clases me ayudarán a mantener la mente ocupada, y eso hará que me resulte más

fácil habituarme a mi nueva vida.

Colin sonrió.

«Parece un muchacho. Es demasiado joven para gobernar», pensó Muriel.

Cuando estuvieron sentados, miró a Percival y se dio cuenta de que tenía ojeras, aunque casi no se notaban. Cogió una naranja, a pesar de que no tenía nada de hambre, y empezó a pelarla. Supuso que a su hermano le daba vergüenza hablarle del horario de clases después de haber opinado que quizá debían aplazarlas, así que decidió iniciar ella el tema:

—Decidme, majestad: ¿qué materias van a enseñarme los preceptores que habéis contratado?

Él pareció aliviado de que hubiera tomado la iniciativa. Con amabilidad, respondió:

—Preguntadme mejor en qué

materias vais a profundizar. Estoy seguro de que partís con unos conocimientos altos.

—Me halagáis.

—Me limito a decir la verdad. Vuestros preceptores os guiarán para que sigáis avanzando en el arduo camino del estudio. Con Gregor Wiseman practicaréis el canto y tocaréis el arpa y la flauta. Con Trevor Dust indagaréis en nuestra Historia y debatiréis sobre el pensamiento de nuestros más ilustres filósofos.

Muriel esperó a que continuara, pero como no lo hizo, tomó la palabra:

—Pensé que eran tres mis preceptores.

Colin sonrió, como un niño pillado en falta.

—Así es. Ewan Knight es un jinete muy experimentado.

—¿Jinete...?

—Creo que no sabéis montar a caballo.

—No, majestad.

—Sería bueno que aprendierais, pero os lo dejo a vuestra elección. Si queréis, de momento, podéis dar clase solo con Wiseman y Dust.

De niña, Muriel había fantaseado muchas veces con la idea de explorar parte del mundo a caballo. Seguro que no la dejarían ir muy lejos, pero durante los paseos podría imaginarse que era libre.

—Me gustaría dar clase también con el señor Knight si estáis de acuerdo. Hoy no —se apresuró a aclarar—, pero sí en cuanto haya recuperado mi rutina de sueño.

El rey no pudo ocultar su satisfacción.

—Perfecto. —Después, se dirigió a Percival—: Antes de que se me olvide. Anoche acaparasteis a mi hermana durante todo el baile. Estoy seguro de que hubiera bastado con que os alejarais de ella un par de metros para que varios invitados le pidieran un baile.

Colin no parecía enfadado en absoluto, pero a Percival se le resbaló el cuchillo con el que estaba cortando un trozo de queso y sus mejillas se ruborizaron.

—Lo lamento, majestad.

—No tenéis que disculparos. Si os soy sincero, me alegro de que fuerais vos su única pareja de baile.

Muriel, que había asistido a toda la conversación sin atreverse casi a respirar, se relajó. Sus ojos se encontraron con los de Percival. Los dos intercambiaron una pequeña sonrisa de

alivio.

Capítulo catorce

Un guardia la acompañó hasta la sala donde aprendería música. Estaba situada en el ala oeste del castillo. Cuando llegó, Gregor Wiseman la esperaba de pie, junto a la ventana. Sin el antifaz, Muriel descubrió que tenía los ojos de un azul tan claro que casi parecían de hielo. Al verla aparecer, el hombre hizo una reverencia.

—Buenos días, mi señora. El rey me ha avisado de que os encontráis cansada, así que, si deseáis que terminemos la clase antes de tiempo, solo tenéis que decirlo.

Aunque sus palabras podían resultar amables, la joven detectó un matiz de burla, como si él la considerara una

debilucha. Alzó la cabeza todo lo que pudo y contestó con firmeza:

—No os preocupéis, maestro Wiseman. Tengo el propósito de quedarme hasta el final.

Él reprimió una sonrisa. Muriel descubrió que, aunque trataba de ocultarlo, parecía gratamente sorprendido.

—Muy bien, en ese caso, sentaos. Si no os importa, yo seguiré de pie.

Solo había dos sillas de madera, una a cada lado del escritorio. La joven eligió la que estaba más cerca de la puerta. Entonces él volvió a hablar:

—Me gustaría que le dedicáramos la primera parte de la clase al canto. ¿Conocéis alguna versión de la canción *El marinero*?

El marinero era una canción tradicional que tenía varios siglos de

antigüedad. Todas las versiones eran iguales al principio y al final; solo se diferenciaban en algún verso del medio.

—Conozco la más popular —
contestó Muriel.

—¿Podríais cantarla ahora?

—Por supuesto, maestro Wiseman.

Muriel se aclaró la voz y comenzó. Contó la historia de un marinero que, mientras contemplaba el mar desde la cubierta de un barco, recordaba su infancia y sus primeros años en la profesión. Al final de la canción, pensaba en su mujer, a la que no veía desde hacía meses, y en sus dos hijos pequeños.

Cuando Muriel terminó, el hombre inclinó la cabeza y dijo:

—Tenéis una voz bonita, pero lo más importante es que no desafináis.

No lo había dicho con el propósito

de halagarla. Era su opinión como experto en la materia, así que Muriel se sintió muy orgullosa.

—Gracias, maestro Wiseman.

Tuvo que cantar tres canciones más: una, sobre un caballero que había vencido en una batalla con la ayuda de un dragón; otra, sobre un rey que había perdido el juicio tras escuchar la profecía de una adivina, y, por último, una sobre un agricultor que había encontrado un tesoro al excavar cerca de un árbol milenario.

Cuando acabó, el hombre sacó del armario una flauta y un arpa pequeña. Muriel tocó media hora cada instrumento. Con eso, el maestro Wiseman dio por finalizada la clase.

—Volved mañana a la misma hora. Y procurad dormir bien esta noche.

Muriel asintió y se despidió de él.

El guardia estaba esperándola en el pasillo.

—Ahora debo llevaros a la biblioteca. Allí se encuentra el maestro Dust.

A mitad de camino, se encontraron con Percival. El hombre iba cargado con una pila de pergaminos escritos con diferentes caligrafías.

—Mi señora, me alegro de veros. ¿Qué tal vuestra primera clase?

—Bastante bien. Wiseman es un preceptor exigente, así que creo que podré mejorar mucho.

—Me alegro. Si no es indiscreción, ¿adónde os dirigís ahora?

—A la biblioteca. Tengo clase con el maestro Dust.

—Yo voy a mi estudio. Está bastante cerca de la biblioteca, así que podemos seguir juntos durante un buen trecho si

os parece bien.

—Me encantaría.

Volvieron a ponerse en movimiento. Muriel se sentía un poco incómoda con el guardia escuchando lo que decían, pero durante el desayuno, Colin le había explicado que debía llevar protección en todo momento.

«Sé que a veces puede resultar molesto, pero hay que ser precavidos. Vos sois mi hermana, y eso os convierte en un objetivo para todos aquellos que quieren medrar en la jerarquía mediante métodos poco morales o simplemente para los que desean acabar con la realeza. Nunca se sabe dónde puede haber un enemigo».

El estudio de Percival estaba antes que la biblioteca. Se detuvieron junto a la puerta para despedirse:

—Espero que salgáis igual de

contenta de vuestra segunda clase. Os veré en el comedor dentro de unas horas.

—Muchas gracias. —Muriel se alejó un paso. Todavía no quería marcharse, pero no sabía qué decir para alargar un poco más la conversación. Miró los pergaminos, preguntándose qué contendrían. Percival advirtió su repentino interés porque volvió a acercarse a ella y le tendió la pila de hojas.

—Aquí están los últimos romances, cuentos y leyendas tradicionales encontrados —le explicó—. Desde hace años, un grupo de estudiosos contratado por el rey se dedica a viajar por todo el reino recopilando muestras de literatura tradicional. Las personas ancianas son las que proporcionan un mayor número de ellas. Gracias a su labor, a día de hoy

siguen encontrando versiones de obras ya conocidas y otras de las que no se tenía testimonio. ¿No es maravilloso?

Percival hablaba rápido, y algunas palabras se le atropellaban por la emoción. Sus ojos brillaban. Muriel se sintió conmovida por lo feliz que se lo veía. Le sonrió.

—Sí que lo es —coincidió.

Sus miradas se encontraron. Por un momento, fue como si todo estuviera bien. Muriel se sintió en paz.

El guardia intervino.

—Mi señora, vuestro preceptor os está esperando.

Percival apartó la mirada y agarró el pomo de la puerta.

—Ha sido un placer hablar de este tema con vos —le dijo como despedida.

Y Muriel replicó:

—Durante la comida podéis seguir contándome más.

Capítulo quince

Trevor Dust tenía los ojos negros, como el carbón, y no paraba de retorcerse las manos cuando hablaba. Al empezar la clase, le había entregado a Muriel unos cuantos pergaminos, un bote de tinta y una pluma para que tomara apuntes. Ella lo agradeció porque así no tenía que quedarse como un espantapájaros mientras él le hablaba de los primeros reyes de Alea.

El maestro Dust tenía la voz monótona, y su forma de explicar la Historia consistía en recitar una serie de sucesos sin profundizar en ellos y sin conectarlos unos con otros. Durante su exposición, ignoró a Muriel por completo. Parecía que le daba igual que

ella estuviera allí o no. Muriel trató de mantener la atención, pero su mente desconectó en varias ocasiones. Estaba pensando en el baile de máscaras cuando unas palabras la sacaron de su ensimismamiento:

—Las crónicas reales que conservamos atestiguan que la hostilidad entre los reinos de Alea y Nimis comenzó hace cinco siglos, poco después del descubrimiento de la isla de Uva. Fueron unos exploradores contratados por el rey de Alea, Erick III, quienes descubrieron la isla, de modo que el monarca la anexionó al territorio. No tardaron en comprobar que la isla era rica en minerales y metales, así que construyeron minas para extraerlos y empezaron a transportarlos hasta Alea por barco. Pero el rey de Nimis, Angus I, financió a unos piratas para que

atacaran los barcos y les robaran la carga. Erick III envió emisarios a Nimis para intentar resolver el conflicto por medio de la palabra, pero fue en vano. Este suceso abriría la veda para que los dos reinos iniciaran una mecánica en la que, cuando no estaban en guerra por el motivo más nimio, estaban conspirando con otros reyes para debilitar al contrario. Hace 1102 años exactamente, los gobernantes de ambos reinos, al ver que estaban perdiendo recursos materiales y humanos a un ritmo alarmante, firmaron un acuerdo por el que se comprometían a no volver a declararse la guerra. Este acuerdo también tuvo como consecuencia el cierre de la frontera. Nadie podía pasar de un reino a otro. Hace veinticinco años, se produjo un hecho que pudo haber resuelto el conflicto de manera

definitiva: la boda entre Florence Belle, hermana del rey de Nimis, y Roderick III. Sin embargo, ese matrimonio se anuló seis años después, ante el peligro de que la Casa Hardwick se extinguiera para siempre».

Muriel conocía los hechos. Sabía que el rey de Nimis era su tío, aunque esa palabra le resultaba extraña. Nunca había visto a aquel hombre; para ella, era un completo desconocido. Las fronteras entre los dos reinos seguían cerradas y no existía ningún tipo de comunicación entre ambos.

Escuchar el relato de aquellos hechos de una forma tan fría la impresionó. El maestro Dust hablaba como si los que los habían protagonizado no fueran personas de carne y hueso, con sus dudas, temores, sueños, virtudes y defectos.

Cuando terminó la clase, Muriel miró sus apuntes con aprensión. Estaban llenos de tachaduras, flechas y espacios en blanco. Deseó que el maestro Dust no se los pidiera. Tuvo suerte; el hombre no hizo ni el ademán de acercarse a su mesa. Antes de salir por la puerta, le dijo que la esperaba al día siguiente a la misma hora y le deseó un buen día.

Capítulo dieciséis

Muriel regresó a su dormitorio acompañada del guardia. Por el camino, estuvo atenta por si volvía a encontrarse con Percival, pero el hombre debía de seguir en su estudio.

Ya en su habitación, se quitó los zapatos y se sentó en la cama. Ingrid no tardaría en aparecer para ayudarla a ponerse el vestido que llevaría durante la comida. A Muriel se le hacía extraño tener que cambiarse para cada evento. Cuando vivía en la torre, solo lo hacía para salir a pasear (su madre no quería que destrozara la ropa buena con las zarzas, las piedras o el barro) y para dormir.

Dormir. Ahora que estaba relajada

empezaba a invadirla el sopor. Dirigió su mirada a la puerta. No se oían pasos. Quizá le diera tiempo a descansar un rato antes de que su doncella llegara.

Sin deshacer la cama, se tumbó. Al apoyar la cabeza en la almohada, notó que había algo duro debajo, así que volvió a incorporarse y metió la mano. Sus dedos tocaron lo que parecía un palo delgado y corto con pequeñas cosas incrustadas. Cuando lo sacó, vio que, efectivamente, se trataba de un palo con piedrecillas negras, del tamaño de un grano de arroz, pegadas.

Muriel lo soltó sobre el colchón como si fuera una serpiente y se levantó de un salto. No estaba demasiado familiarizada con las supersticiones, pero recordaba que su aya le había contado una vez que aquel objeto servía para atraer a la mala suerte.

La joven se paseó por la habitación, pensando en lo que debía hacer. ¿Quién podía haberle dejado aquello? Se acordó de las palabras de su hermano: «Nunca se sabe dónde puede haber un enemigo». ¿Debería enseñárselo? Si lo hacía, a lo mejor él le ponía más vigilancia, y si Muriel ya se agobiaba con un guardia, no quería ni imaginarse cómo se sentiría con varios.

Percival. Él era el sabio de la Corte. Quizá supiera alguna forma de contrarrestar la mala suerte que podía provocar aquel trozo de rama. O, si no, podría buscar la solución en alguno de sus libros.

Muriel sacó su pañuelo y envolvió el objeto con él. Después, volvió a esconderlo bajo la almohada. Al poco rato, apareció Ingrid. Estuvo muy habladora, pero Muriel no se enteró ni

de la cuarta parte de lo que dijo. Ella solo abrió la boca para elegir un vestido de color añil que tenía las mangas largas y abullonadas. La doncella le ayudó a ponérselo, y después le hizo una trenza pequeña a modo de diadema. El resto del pelo se lo dejó suelto. En cuanto se marchó, Muriel sacó la ramita y se la guardó bajo la manga izquierda.

Capítulo diecisiete

—¿Qué tal os fue en vuestra segunda clase, mi señora? —le preguntó Percival mientras estaban sentados a la mesa.

—Bien —contestó Muriel.

—No parecéis muy convencida.

Ella lo miró vacilante.

—Lo cierto es que el maestro Dust tiene una forma de explicar un poco... tediosa.

Percival se echó a reír.

—Bueno, siempre podéis hacerle preguntas o comentarios para que la clase os resulte más amena.

—Él no parece muy dispuesto a interactuar conmigo. Es como si estuviera hablando para sí mismo. Creo

que se sorprendería si lo interrumpiera.

—Ya veo. Entonces no quedan muchas opciones, aparte de que habléis con vuestro hermano. Pero creo que no sería conveniente que le llevarais una queja. Está sometido a mucha presión desde que... bueno, desde que...

—Desde que murió nuestro padre —completó por él la frase.

Percival asintió.

Muriel bebió un sorbo de agua. Ella tampoco pensaba que fuera buena idea contarle a Colin que su clase de Historia le había decepcionado. Se sentiría muy mal si él despidiera al maestro Dust por su culpa. Después de todo, se lo veía un hombre culto.

—A lo mejor, en Filosofía, su forma de enseñar sea diferente. Mi hermano dijo que íbamos a debatir, así que seguro que me gusta más —reflexionó

Muriel—. Además, hoy ha sido el primer día. Puede que, a medida que pasen los días, la cosa mejore.

—Claro. Tal vez estuviera nervioso y por eso no se dirigió a vos durante sus explicaciones.

—Puede ser.

Muriel se puso a pensar en cómo abordar el tema del trozo de rama. No era prudente hacerlo ahora, cuando estaban rodeados de tanta gente, pero no sabía si sería correcto pedirle que se encontraran a solas en algún sitio. Percival le ayudó a dar con la solución cuando empezó a hablarle de los pergaminos que llevaba cuando se había encontrado unas horas antes. Muriel lo escuchó con interés, contagiándose de su emoción. Le parecía maravilloso que alguien sintiera tanto amor por su trabajo. Cuando acabó de hablar, se

inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Podría verlos? Esta mañana apenas he podido echarle un vistazo al primero.

Percival se mostró encantado con la idea.

—Por supuesto. Si os apetece, podríamos ir a mi estudio después de los postres. Naturalmente, dejaríamos la puerta abierta para que nadie pudiera pensar que ocultamos algo.

Muriel se ruborizó.

—Naturalmente —repitió como un eco.

Capítulo dieciocho

Muriel contempló asombrada las torres de papeles que abarrotaban el escritorio y parte del suelo. El estudio era un poco claustrofóbico. Las estanterías cubrían las paredes casi por completo; solo respetaban el espacio de la puerta y de una pequeña ventana. En los estantes no había solo libros; también, una regla, un cartabón, una escuadra, una bola del mundo, una balanza, unos prismáticos y un catalejo.

—Bienvenida a mi estudio. Aquí es donde paso la mayor parte del tiempo. Por las noches, observo las estrellas desde esta ventana, y durante el día, leo, escribo, dibujo, y hago cálculos y experimentos.

Percival la miraba aguardando a que le diera su opinión. Lo primero que pensó decirle Muriel fue que era un lugar bonito y acogedor, pero, por lo que sabía del hombre, estaba casi segura de que no era eso lo que él quería oír, así que comentó:

—Me gusta. Antes de venir, me imaginaba que solo tendríais libros y pergaminos, pero veo que contáis con lo necesario para investigar en distintos campos.

Percival asintió.

—Soy de mente inquieta. Me gusta saltar de una materia a otra y casi siempre tengo la sensación de que me falta tiempo para abarcar todo lo que deseo.

No había acabado de decir esto cuando se acercó al escritorio. Bajó dos torres de pergaminos al suelo para hacer

sitio y cogió otra, que era la que contenía los romances, cuentos y leyendas.

—Acercaos —invitó a Muriel.

Ella obedeció. A pesar de haber dejado la puerta abierta y de que aquel pasillo fuera uno de los más transitados del castillo, le parecía que estaban a salvo de cualquier mirada.

Percival le entregó los pergaminos para que les echara un vistazo, y mientras ella lo hacía, él le explicó con más detalle en qué consistía el trabajo de recopilación y datación de aquellas muestras de literatura tradicional.

Muriel dedicó más tiempo a mirar las hojas que contenían leyendas. En casi todas, se repetía una serie de elementos: sueños premonitorios, presencias del más allá, invocaciones, criaturas aterradoras... A Muriel, todo lo

sobrenatural la atraía y la repelía a partes iguales. De niña, su aya le había contado varias historias de personas que habían sido atacadas por seres que no pertenecían a este mundo. Muriel la escuchaba fascinada, pero después, cuando caía la noche, las palabras de Alda regresaban a su mente y le provocaban pesadillas.

Cuando Percival acabó su explicación, Muriel le entregó los pergaminos. Después, miró hacia la puerta y, al ver que no pasaba nadie, le dijo en voz baja:

—Antes de marcharme, quería contaros una cosa que me ha pasado esta mañana.

El rostro de Percival se puso serio. El hombre le hizo un gesto para que tomara asiento y se situó al otro lado del escritorio. Se sentó enfrente de ella y

aguardó a que continuara.

Muriel cogió aire y, muy despacio, sacó el trozo de rama del interior de su manga. Cuando volvió a levantar la vista, se fijó en que el hombre no parecía preocupado, solo un poco extrañado.

—¿Me permitís verlo?

Muriel asintió y lo dejó sobre el escritorio, con el pañuelo incluido. Pero Percival solo cogió el palo, a pesar de no llevar puestos los guantes. Empezó a girarlo entre sus dedos, sin decir nada. «Quizá la magia negra solo afecta a la persona a la que va dirigida», pensó Muriel mientras se inclinaba hacia delante en su asiento. Pasados unos segundos, que a la joven se le hicieron eternos, Percival la miró y le tendió el objeto.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —le

preguntó.

—Estaba debajo de mi almohada — contestó ella sin hacer ademán de cogerlo—. No sé quién lo ha puesto ahí. —Tras un momento de pausa, prosiguió, con tono vacilante—: Es magia negra, ¿verdad?

El rostro de Percival adquirió un matiz de comprensión. El hombre sonrió de forma leve y dejó con cuidado el palo sobre el pañuelo.

—Al contrario, este un objeto de protección.

Muriel puso un gesto de extrañeza.

—¿De protección? Pero mi aya me contó que cuando alguien quería desearle el mal a otra persona, cortaba un trozo de rama y le pegaba varias piedras diminutas con resina.

La sonrisa de Percival se hizo más amplia.

—Según el número de piedras y el dibujo que formen, su finalidad es distinta: atraer la buena o la mala suerte, curar a alguien de una enfermedad, protegerlo, garantizar una buena cosecha, etc. Hay tantas que es muy fácil confundirse, pero en este caso, no hay duda, mi señora. Siete piedras formando una especie de uve significan que la persona que lo puso bajo vuestra almohada quiere que estéis protegida.

—¿Y quién es esa persona?

—¿Quién puede entrar en vuestra habitación? —le preguntó él a su vez.

—Supongo que las criadas y mi doncella personal.

Percival asintió.

—Lo más probable es que haya sido una de ellas, mi señora.

Capítulo diecinueve

Muriel regresó a su habitación, más tranquila. Aquella noche, durmió mejor. Cuando se levantó, su rostro parecía haber rejuvenecido varios años con respecto al día anterior. Cuando llegó al comedor, su hermano Colin le dijo que tenía mucho mejor aspecto, y Alan y Percival se mostraron de acuerdo.

Ese día, fue capaz de concentrarse en la clase del maestro Dust. Escribió unos apuntes menos caóticos y llegó a pensar que su forma de explicar no era tan aburrida después de todo.

Por la tarde, fue a dar un paseo con Percival. Los acompañaron dos guardias, pero como se situaron detrás de ellos, Muriel se imaginó que no

estaban. No se alejaron mucho. A pocos metros de la parte posterior del castillo, la parte que no daba al foso, había un lago. Percival y Muriel se sentaron en una roca y estuvieron contemplando la superficie del agua. En el horizonte, se veía el puerto.

Percival le habló de su infancia. Siempre había vivido en la Corte, junto a su padre y su aya Hilda. Su madre había muerto en el parto, así que lo que sabía de ella era por boca de otras personas.

—Es extraño conocer a alguien tan cercano únicamente a través de lo que te cuentan otros. Y es más extraño todavía construir recuerdos falsos a partir de esa información.

—Yo no creo que sea extraño —lo contradijo Muriel—. Es la forma que tenéis de sentirlos más cerca de ella y de

paliar un poco vuestra sensación de pérdida.

Percival sonrió con tristeza.

—Supongo que tenéis razón.

Sin añadir más, se quitó uno de los guantes y cortó un trébol que había junto a la roca. Era de cuatro hojas.

—Tomad, mi señora. Ahora, además de protección, tendréis buena suerte.

Muriel sonrió y alargó la mano para cogerlo. Sus dedos se rozaron. Muriel dejó el trébol en su regazo, y Percival volvió a ponerse el guante.

Poco antes de la puesta de sol, decidieron regresar al castillo.

Capítulo veinte

Los días siguientes se le pasaron a Muriel como un suspiro. Como ya se sentía recuperada, empezó a dar clases de equitación. El maestro Knight eligió para ella un caballo mayor de color blanco con manchas grises. El animal era muy tranquilo y tenía la mirada noble. Se llamaba Gold. Muriel no tuvo miedo al subirse por primera vez a él. El maestro Knight sujetó las bridas y le indicó cómo debía sentarse. Después, tiró del caballo para que se pusiera en movimiento. Muriel mantuvo los pies firmes en los pedales y la espalda erguida. En la segunda clase, su mentor se subió a otro caballo y estuvieron paseando. Los dos animales iban muy

juntos, pero esta vez, el hombre no agarraba las bridas de Gold. A partir del tercer día, practicaron el trote. Muriel se sentía muy orgullosa de sus progresos, y eso se reflejó en la extensa carta que le escribió a su madre.

Entre las clases, las comidas y los paseos con Percival, la joven no tenía demasiado tiempo para pensar en su vida anterior. Por las noches, en la soledad de su dormitorio, era más vulnerable y a veces, cuando llevaba un buen rato pensando en su antiguo hogar, sentía ganas de llorar. Pero estaba tan cansada que antes de poder derramar la primera lágrima, se dormía.

Una mañana, mientras desayunaba, su hermano Colin le contó que cinco días más tarde se celebraría un torneo.

—Yo participaré, así que espero que os pongáis de mi parte.

—Por supuesto, majestad. Me sentaré en la primera fila y celebraré vuestra victoria.

Esa tarde, mientras caminaba con Percival por los alrededores del castillo, se desató una tormenta. El cielo se tiñó de un tono entre morado y ceniza, y, además de llover con fuerza, empezaron a caer rayos.

—Poneos la capucha —le dijo Percival mientras él hacía lo mismo—. Debemos alejarnos de los árboles todo lo que podamos.

Muriel se cubrió la cabeza y echaron a correr. Los pies se les hundían en el barro y apenas podían ver lo que tenían delante. Una vez, Trudy le había contado que en su aldea, un chico joven y su perro habían sido alcanzados por un rayo mientras dormían bajo un manzano.

«Los ojos de los perros atraen a los

rayos, igual que los árboles», le había revelado muy seria.

Por fortuna, ellos no llevaban ninguno.

Los guardias los seguían a poca distancia. Para cuando llegaron al castillo, los cuatro estaban empapados. Unos criados se apresuraron a preparar una bañera para Percival y otra para Muriel.

—Os veré en la cena —le dijo Percival—. Cuando os hayáis puesto ropa limpia, pedidle a Ingrid que os prepare una infusión y bebéosla caliente.

—Lo haré. —Muriel todavía no quería despedirse de él, a pesar de que habían empezado a castañearle los dientes—. Siento que nuestro paseo se haya arruinado.

En realidad, lo que quería decirle era: «Siento que hayamos podido estar

menos tiempo juntos».

Percival pareció entender el verdadero significado de su frase porque sonrió y le propuso:

—Si queréis, cuando os hayáis tomado la infusión, podemos dar una vuelta por el castillo. Creo que todavía os quedan muchas zonas por visitar.

Muriel notó cómo una sensación de calidez se abría paso a través del frío y se instalaba en su pecho. Apretó la mandíbula para que dejaran de castañearle los dientes y sonrió.

—Me apetecería mucho.

Capítulo ventiuno

Cada vez que caía un rayo, las habitaciones del castillo que tenían ventana se llenaban de luz. La lluvia golpeaba los cristales, y los truenos se escuchaban como si surgieran del interior de las paredes de piedra.

En cada recoveco, Muriel tenía la sensación de que iban a toparse con un fantasma. A veces, cerraba los ojos mientras torcía a la derecha o a la izquierda. Después, los volvía a abrir, esperando ver algo extraño. Las filas de armaduras que poblaban los pasillos le dieron más de un susto. También, los rostros de algunos cuadros.

Percival le habló del uso que se les daba a algunas habitaciones y le contó

anécdotas divertidas. Muriel se sentía bien después de haberse bañado y de haberse tomado la infusión. Su pelo todavía estaba húmedo, pero ella ya no tenía frío. Percival también se había lavado y cambiado de ropa. Muriel se fijó en que su pelo estaba un poco revuelto, como si no hubiera tenido tiempo de peinarse. También fue consciente de los olores a salvia y a romero. La lluvia había hecho que se desvanecieran, pero ahora volvían a percibirse. Muriel se sentía familiarizada con ellos.

—¿Sabéis que hay varias leyendas relacionadas con este castillo, mi señora?

—No.

—Algunas de ellas hablan de la existencia de pasadizos —le informó él con tono misterioso.

Muriel se detuvo y miró las paredes del pasillo que estaban recorriendo, esperando ver una piedra un poco más abultada que el resto o con una forma diferente.

No la encontró.

Percival, que se había detenido poco después que ella, siguió la dirección de su mirada y se echó a reír.

—Es cierto que podría haber un pasadizo en cualquier parte, pero no creo que su entrada se distinguiera a simple vista.

Muriel enrojeció.

—Tenéis razón.

Él la miró con simpatía.

—Por favor, no os avergoncéis por vuestra reacción. Hacéis bien en prestar atención a todo lo que os rodea. Nunca se sabe cuándo puede suceder algo extraordinario.

Muriel esbozó una sonrisa, pensando que solo lo decía para reconfortarla, pero entonces él prosiguió:

—Por eso, es importante ser precavido. Actuar con impulsividad puede ponernos en peligro o llevarnos a hacer cosas de las que luego nos arrepintamos, ¿no estáis de acuerdo?

Muriel le sostuvo la mirada. No sabía si se estaba refiriendo a algo en concreto o si, por el contrario, hablaba en general. Pero, de todas formas, le respondió:

—Sí.

Percival pareció aliviado.

—Continuemos —le dijo con tono animado—. A lo mejor descubrimos alguno de los secretos de este castillo durante nuestro paseo.

Capítulo veintidós

Esa noche, Muriel tuvo sueños muy extraños.

Soñó que estaba paseando por el castillo con Percival cuando, de pronto, llegaban a un pasillo que no tenía techo. La lluvia caía contra el suelo, como si quisiera agujerearlo. Muriel quiso decirle a Percival que fueran por otro sitio, pero él la cogió de la mano y se adentró en el corredor. Se movían con tanta rapidez que parecía que estaban flotando. Muriel sabía que debían de estar empapados, pero no era capaz de notarlo.

Se detuvieron frente a una gigantesca puerta plateada. «¿Cómo vamos a entrar si no hay pomos ni tiradores?», pensó

ella al contemplarla.

Pero Percival parecía saber la respuesta. Con la mano que tenía libre, empezó a dar pequeños golpes a la superficie. Una de las veces, se escuchó un clic, y entonces la puerta comenzó a desplazarse hacia la izquierda.

Al otro lado, todo estaba negro.

Percival se giró hacia ella. Muriel no consiguió distinguir el color de sus ojos.

—Es un pasadizo —le dijo él—. Ahora, lo recorreremos juntos.

De repente, Muriel sintió mucho miedo.

—¡No! —exclamó, dando un paso hacia atrás.

Pero él se abalanzó hacia ella y la arrastró hacia el interior.

Se los tragó la oscuridad.

Muriel se despertó con una sensación

de pánico. No podía respirar. Abrió la boca para coger una bocanada de aire. Tenía la garganta seca y le ardía. Su frente también a punto de echar fuego, y su cuerpo estaba bañado en sudor. Se sentó en la cama sin saber dónde estaba. La cómoda y espejo empezaron a moverse como si se estuvieran derritiendo. Muriel cerró los ojos y volvió a tumbarse.

No supo cuánto tiempo había pasado desde ese momento hasta que notó que alguien le ponía un trapo húmedo en la frente.

—Shhh... tranquila —una voz que se parecía mucho a la de Ingrid le habló—. Tenéis fiebre. Habéis debido de acatarraros por la lluvia, pero en unos días os sentiréis mejor.

La lluvia... Muriel se esforzó por entender a qué se refería, pero su mente

se negó a ofrecerle ningún recuerdo.

Capítulo veintitrés

Soñó que estaba en un barco, meciéndose al compás de las olas, pero era extraño porque no notaba los rayos de sol acariciándole el rostro, solo algo húmedo contra su frente.

Tenía mucho frío.

«A lo mejor es de noche», pensó, y se esforzó por abrir los ojos.

Los párpados le pesaban, pero tras varios intentos, lo consiguió. La habitación estaba bañada de una luz tenue y anaranjada. No le hizo daño a los ojos.

Se fijó en que el espejo y la cómoda ya no parecían derretirse. Giró el rostro hacia su derecha y vio que la puerta también permanecía quieta, como una

estatua. Movi6 la cabeza para el otro lado, y el coraz6n le dio un vuelco: Ingrid y Percival estaban sentados junto a la ventana, a poca distancia de su cama.

La doncella se levant6 de un salto y casi se abalanz6 sobre ella.

—¡Os hab6is despertado! —exclam6 mientras le retiraba el pa6o de la frente.

Con Ingrid ah6, le resultaba imposible ver a Percival.

—Nos os imagin6is qu6 contento que se va a poner vuestro hermano —sigui6 diciendo ella mientras met6a el pa6o en un cubo con agua—. Ha estado aqu6 un buen rato y me ha pedido que le avisara en cuanto hubiera alg6n cambio.

La doncella volvi6 a ponerle el pa6o, y Muriel solt6 un respingo. Estaba helado. Ingrid se sec6 las manos en su propio vestido y la mir6 muy sonriente.

—Voy a decirle que ya os habéis despertado. ¿Deseáis que os traiga algo?

—No —contestó Muriel con la voz pastosa.

—Volveré enseguida.

«No hay prisa», pensó Muriel.

La doncella se apartó de su cama, y la joven por fin pudo volver a mirar a Percival. El hombre estaba despeinado y su rostro mostraba signos de cansancio, pero en medio de aquella luz anaranjada, con el mar a lo lejos y el sol ocultándose, Muriel solo vio belleza.

Apenas escuchó como Ingrid salía de la habitación. Percival le dirigió una pequeña sonrisa y le preguntó con voz suave:

—¿Cómo os encontráis?

—Mejor —contestó ella, y no era mentira.

La sonrisa de él se hizo más amplia.

—Me alegro. Nos habéis tenido muy preocupados, aunque el médico ha dicho que os recuperaréis en unos días. Ha sido Ingrid la primera en enterarse de que estabais enferma. Cuando vino esta mañana, os encontró delirando.

Muriel se acordó del extraño sueño del pasadizo y sintió vergüenza al pensar que podría haber dicho algo estúpido mientras la doncella estaba a su lado.

—¿Dije algo?

—Ingrid no ha comentado nada al respecto.

Muriel suspiró aliviada. Él ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Recordáis alguna cosa?

Muriel no quería mentirle, pero tampoco deseaba hablarle de la pesadilla, así que decidió decirle algo que fuera verdad, pero que no revelara

demasiado:

—Solo imágenes muy confusas. Por ejemplo, recuerdo haber caminado por un pasillo que no tenía techo mientras había tormenta.

Percival se rio.

—Menudo desastre si en el castillo hubiera zonas sin techo —comentó de buen humor.

Muriel añadió con tono divertido:

—Sí, imaginaos que una de esas zonas fuera vuestro estudio.

Él fingió horrorizarse.

—No quiero ni pensarlo.

Los dos se echaron a reír. Muriel sintió como si tuviera varias agujas clavadas en las cuerdas vocales. Con gesto de dolor, se llevó una mano a la garganta. Percival se levantó y caminó hasta la mesilla. Allí había una jarra con agua y un vaso. Lo llenó, y después se

giró hacia Muriel.

—¿Podéis incorporaros?

—Sí —contestó Muriel al instante.

Apoyó los codos en la cama y sacó fuerzas de donde no sabía que las tenía. Él le acercó el vaso a los labios. El metal estaba frío. Mientras bebía, Percival le explicó:

—El médico dijo que teníais las amígdalas inflamadas y os recetó un emplasto con varias hierbas y aceites. Ahora está preparándolo en su cuarto de trabajo.

Muriel bajó el brazo y respiró hondo. Percival se levantó y se acercó a ella.

—¿Me permitís? —le preguntó, haciendo un gesto hacia su paño.

Muriel asintió. Él alargó su mano y lo cogió. Después, lo metió en el cubo de agua.

—¿Alguna vez antes habíais

enfermado? —le preguntó mientras lo escurría.

A Muriel, el sonido de las gotas de agua cayendo le resultó muy relajante.

—Una vez, cuando era pequeña —contestó—. Quise salir a contemplar las estrellas de noche y cogí frío. Tuve mucha fiebre y estuve en cama durante más de una semana. Pero fue algo excepcional.

—Me alegro de que no se repitiera. —Percival volvió a ponerle el paño en la frente.

Al sentir la tela húmeda, Muriel cerró los ojos. Poco después, escuchó como el hombre se apartaba de la cama. Supuso que iría a sentarse de nuevo.

Pasaron los minutos. Ninguno de los dos volvió a hablar. Muriel descubrió que, a diferencia del primer día, en el carruaje, esta vez el silencio no le

resultaba incómodo. Se sentía muy relajada. Tanto, que estaba a punto de dormirse.

«Ojalá tarden mucho en volver», fue lo último que pensó antes de que el sueño la venciera.

Capítulo veinticuatro

El día del torneo, Muriel todavía no estaba recuperada del todo, pero no quiso ni oír hablar de perderselo. Su hermano Colin aceptó que asistiera con la condición de que por la mañana se quedara en su habitación descansado. Durante la comida, Muriel bajó al comedor por primera vez desde que se había puesto enferma y le demostró que había empezado a recuperar el apetito. Después, regresó a su cuarto y, con ayuda de Ingrid, se preparó para el torneo. Mientras le cepillaba el cabello, la doncella no paró de hablar de lo emocionante que iba a ser.

—Habrá cuatro participantes, y el que gane se enfrentará al rey.

Muriel sabía que el vencedor final sería su hermano. Era una norma no escrita; algo que todos asumían, pero que nadie decía en voz alta. Se preguntó cómo sería competir con alguien sabiendo que el resultado ya estaba decidido de antemano. El que se enfrentara a su hermano no podía dejarse derrotar fácilmente o el combate perdería toda emoción.

Ingrid le hizo una trenza gruesa y le puso una diadema con adornos florales. Muriel se contempló en el espejo. Llevaba un vestido de color azul claro y se había puesto un colgante de plata con forma de lágrima en el cuello.

Como le prometió a su hermano, Muriel se sentó en la primera fila, con Percival a su lado. El día era soleado y corría una ligera brisa. El palco no se había llenado del todo, pero todavía

faltaban varios minutos para la hora prevista de inicio.

—¿Os acordáis de aquella vez que el caballero Icarus participó en un torneo en la ciudad de Argenta y vio por primera vez a la hija del rey? —le preguntó Percival, haciendo referencia al pasaje de un libro de caballerías que ambos habían leído.

Muriel asintió.

—Se quedó prendado de ella, pero consiguió concentrarse en los combates y terminó siendo el vencedor. —Hizo una pausa y después añadió—: Ese día, el rey de Argenta no participó.

Percival reprimió una sonrisa.

Poco a poco, fueron llegando los rezagados. Los primeros en competir fueron un caballero de la Corte y otro que procedía de Mela, un pueblo al norte de Alea.

—Mis antepasados proceden de allí
—le reveló Percival en voz baja.

El vencedor sería el que consiguiera derribar al otro del caballo. Iban armados con una lanza, un escudo y una espada, y la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta por la armadura eran los ojos. En cuanto empezaron a combatir, fue imposible distinguir quién era quién. La lucha estuvo muy igualada, pero al final terminó venciendo el caballero de la Corte. Entonces fueron relevados por otros dos caballeros, también residentes en la Corte.

Percival volvió a inclinarse hacia ella y murmuró:

—Son hermanos.

Muriel giró levemente el rostro hacia él y le preguntó en susurros:

—¿Por qué luchan entre ellos?

—Porque se llevan mal. Siempre

están compitiendo por cualquier cosa para ver quién es el mejor.

Uno de ellos era más corpulento, pero fue el que terminó tirado en el suelo. El otro se quitó el casco e hizo un gesto de victoria con el puño.

El encargado de mediar en el torneo anunció un breve descanso. Percival y Muriel siguieron hablando del libro de caballerías. Justo cuando estaban más emocionados, el organizador volvió a aparecer y dio la señal para que se reanudara el combate.

El último vencedor, el que estaba enfadado con su hermano, volvió a ganar. El público aplaudió y coreó su nombre con entusiasmo:

—Mortimer, Mortimer, Mortimer...

Muriel se inclinó hacia Percival:

—Su hermano no estará nada contento.

—Seguro que no. Pero al menos le quedará el consuelo de que no se alzar  con el triunfo final.

El organizador del torneo volvió a tomar la palabra.

—Ahora habrá un breve descanso para que nuestro ganador recupere el aliento y después, por fin, se producirá el combate que todos estamos esperando.

Capítulo veinticinco

El último combate fue el más emocionante de todos. A Muriel le sorprendió el hecho de que a pesar de que Colin tenía la victoria asegurada, peleaba como si no hubiera nada decidido. Los caballos formaban una nube de polvo con sus carreras, y el ruido de sus cascos se mezclaba con el de las espadas y con los gritos de los dos combatientes.

Durante una embestida, sus lanzas se partieron. Los caballos siguieron corriendo, cada uno en dirección contraria. Cuando se detuvieron al final de la pista, los hombres desenvainaron las espadas y volvieron a lanzarse a por el contrario.

Nadie supo si fue a propósito o si lo hizo sin querer, pero Sir Mortimer Wickam golpeó el escudo del rey, lo que provocó que saliera volando por los aires y que cayera a varios metros.

Se escucharon exclamaciones entre el público, y luego se hizo el silencio. Los combatientes se quedaron quietos, estudiándose. Respiraban muy fuerte. Al igual que en el resto de los casos, ninguno de ellos llevaba un distintivo, pero todos sabían quién era el rey porque su constitución era más menuda.

Muriel cruzó las manos y se preguntó si su hermano tomaría represalias contra el caballero. No le parecía el tipo de hombre capaz de hacer algo así, pero tampoco lo conocía tanto como para poder estar segura.

El rey fue el primero en volver a atacar. Espoleó a su caballo y lanzó un

grito con la espada en alto. Muriel cerró los ojos y, poco después, escuchó un fuerte golpe, seguido de un alarido. No se atrevió a mirar. Pasaron unos segundos, y entonces escuchó la voz de Percival junto a su oreja.

—Todo ha terminado.

Muriel abrió los ojos y vio que Sir Mortimer Wickam estaba tirado en el suelo. Los dedos de su mano derecha apenas rozaban la empuñadura de la espada, y su escudo estaba tirado a un par de metros de su derecha. Los rayos de sol se reflejaban en el metal.

Colin se bajó del caballo y se acercó a él, con la espada todavía en la mano. Muriel estudió cada uno de sus pasos con aprensión. ¿Qué estaba a punto de hacer?

El rey se detuvo junto al caballero y lo miró durante unos instantes. El

silencio en el palco era sobrecogedor.

«Por favor, no le hagáis daño», pensó Muriel con el corazón encogido.

El rey se inclinó hacia Sir Mortimer Wickam. El público contuvo el aliento.

Colin II contempló a su oponente durante varios segundos sin mover un solo músculo. Después, lentamente, le tendió la mano.

Capítulo veintiséis

Los aplausos duraron más que los anteriores. El rey se quitó el caso y se lo entregó a un criado junto con su espada. Saludó al público y dio una vuelta a la pista mientras todos lo ovacionaban.

Después, se dirigió al palco. Muriel vio que se acercaba a ella, así que puso su mejor sonrisa. Su hermano tenía el pelo revuelto y varias gotas de sudor le resbalaban por la cara y el cuello. Sonreía tanto que se le veían casi todos los dientes.

—Querida hermana, espero que hayáis disfrutado de los combates.

—Así ha sido, majestad.

—Como, de momento, no pretendo a ninguna dama, me gustaría pasar estos

minutos posteriores con vos, si no os molesta.

—Por supuesto que no, majestad.

Él ladeo la cabeza y preguntó con voz suave.

—¿Cuándo me llamaréis «querido hermano»?

Muriel abrió la boca, pero tardó varios segundos en contestar.

—Vos sois el rey. Pensé que era más correcto llamaros «majestad».

Colin reprimió una sonrisa.

—Preferiría que me llamarais «querido hermano». Si no os parece demasiado formal, podéis hacerlo solo cuando estemos solos o en compañía de Alan y de Percival.

—De acuerdo.

—Y ahora, me gustaría entregaros un regalo —anunció. Le hizo una seña a un

criado, y este se acercó presuroso, llevando una cajita de color morado. Se la entregó al rey, y después se retiró con una reverencia. Colin volvió a mirar a Muriel. Abrió la caja. En su interior, había un broche de plata con forma de cisne.

—Pertenece a nuestra abuela —le explicó, tendiéndoselo.

Muriel lo sacó y lo miró más de cerca.

—Es muy bonito, majestad.

—Me alegra que os guste porque a partir de ahora, es vuestro. Espero poder haceros otro regalo dentro de poco, uno que creo que os agrada aún más.

Muriel apenas escuchó la segunda parte. Todavía estaba asimilando que aquel broche era para ella.

—Me halagáis, majestad, pero yo...

—«Yo no me siento parte de la familia real», iba a decir, pero se contuvo a tiempo.

—También era vuestra abuela, aunque no la conocierais. Y a vos os quedará mejor que a mí.

Muriel sonrió, decidida a no poner más reparos. Colin seguía con la palma derecha extendida; sobre ella estaba la cajita. Muriel alargó la mano para cogerla y guardar el broche, pero cuando sus dedos rozaron la armadura, sintió como una descarga eléctrica recorriendo su cuerpo y todo se volvió negro. Poco a poco, la oscuridad se fue desvaneciendo y empezó a formarse una imagen.

Muriel vio a Colin en una habitación cuadrada con cinco butacas rojas. Sentados en ellas había unos hombres vestidos con túnicas marrones. Desde

aquella perspectiva, solo se les veían los hombros, la parte posterior del cuello y el pelo. Muriel reconoció la sala porque la había visto cuando Percival le había estado enseñando el castillo. Allí era donde se reunían los consejeros.

Había también una mujer. Tenía el pelo a la altura de la cintura, rubio y muy rizado. Iba vestida con una túnica de color blanco y llevaba un cinturón dorado con hojas dibujadas. Tenía los ojos cerrados, y sus labios se estaban moviendo, Muriel trató de agudizar el oído, pero no consiguió distinguir nada de lo que decía. Fue entonces cuando se percató de que no se escuchaba absolutamente nada.

De repente, la imagen se desvaneció, y Muriel regresó a la realidad. Todavía sujetaba el broche. El rostro de su

hermano estaba pálido, y sus ojos la miraban con preocupación.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó sin atreverse a tocarla.

Muriel no contestó. Su corazón había empezado a latir con fuerza, y un recuerdo que había quedado casi olvidado regresó a su mente.

No, no podía ser... Otra vez no.

—¿Muriel? —insistió su hermano.

—Estoy bien —se obligó a contestar—. Solo ha sido un mareo.

Colin iba a asentir, pero entonces se detuvo y le dijo con voz queda:

—Muriel..., os sangra la nariz.

Ella se llevó una mano al rostro, aturdida, pero a medio camino, sintió que otra apartaba la suya con suavidad.

—Permitidme —le dijo Percival, sacando un pañuelo.

La tomó de la barbilla con los dedos índice y pulgar, y le giró el rostro con delicadeza. Muriel vio que estaba serio y advirtió algo en su expresión que no supo descifrar. Percival levantó el pañuelo y le limpió el hilillo de sangre que había empezado a cubrirle el labio superior. Después, dobló la tela y presionó la parte que estaba limpia contra su nariz. Entonces se dirigió al rey:

—No creo que sea nada grave, majestad. Vuestra hermana no debe de haberse recuperado del todo de su catarro. Solo necesita descansar unos días más.

—Desde luego, en cuanto haya dejado de sangrar, la llevaremos a su habitación —contestó Colin con tono firme—. Muriel, tendréis que quedaros allí hasta que el médico diga que os

habéis repuesto. No queremos que volváis a recaer. —Su tono se suavizó —: Lo entendéis, ¿verdad?

—Sí, majestad.

Capítulo veintisiete

Colin se quedó un rato con ella en la habitación, pero después tuvo que marcharse a atender sus obligaciones. Ingrid salió poco después para traerle algo de comer. «Tenéis que recuperar fuerzas», le dijo. Muriel no tenía hambre, pero no protestó. Por fin se había quedado a solas con Percival.

—Por favor, prometedme que no le contaréis a mi madre lo que ha pasado —le pidió en cuanto la puerta volvió a cerrarse. Estaba sentada en la cama. Solo se había quitado los zapatos.

Percival acercó una silla. Tras acomodarse, le preguntó:

—¿Y qué es lo que ha pasado?

Muriel tragó saliva.

—Que me he desmayado.

Percival esbozó una pequeña sonrisa triste y se inclinó hacia delante. Sus ojos la miraban con compasión.

—Podéis confiar en mí. Yo nunca haría algo que pudiera perjudicaros.

Muriel no supo qué decir. Él aguardó unos instantes, y después dijo en voz baja, como si temiera que alguien pudiera escucharlos:

—Mi padre también podía ver cosas que habían sucedido en el pasado. Las imágenes apenas eran retazos, de modo que no resultaban muy reveladoras. — Hizo una pausa y le preguntó—: ¿Desde cuándo os ocurre esto?

El tono de aquella pregunta no era acusador. Muriel sintió que no valía la pena negar los hechos. Mirándose las manos, respondió:

—Solo me había pasado una vez

antes. Fue cuando me puse enferma.

—Cuando teníais diez años —añadió él, animándola a continuar.

—Sí. Una noche, tuve una pesadilla. No recuerdo cómo era, pero me desperté tan alterada que mi aya se acercó a mi cama, me abrazó y empezó a cantarme una canción. Fue al tocarla cuando tuve la visión. Mi aya no se enteró; solo se dio cuenta de que me sangraba la nariz. Más adelante, ya recuperada, pensé que todo había sido producto de la fiebre.

—¿Qué viste al tocarla? —la voz de Percival apenas fue un susurro.

—La vi a ella de joven, bordando junto a otras mujeres. Supongo que estaría aquí, en la Corte.

Percival la cogió de la mano. Los dedos de Muriel estaban helados, pero él no hizo ademán de retirar el brazo ni mencionó nada al respecto.

—Gracias —le dijo en lugar de ello. Su tono de voz volvía a ser normal—. Gracias por confiar en mí.

Muriel deseó que no la soltara.

—¿Vuestro padre os contó algunas de sus visiones?

—Sí, pero me temo que ninguna de ellas era interesante. Aunque supongo que él lo prefería así. Al igual que a ti, él solo las tenía cuando su cuerpo estaba más bajo de defensas.

—¿Y alguien lo sabía además de ti?

—Creo que no. Es más, podría asegurar que nadie lo sospechó siquiera. Vuestro don no es conocido, a diferencia del de las adivinas. Y eso os beneficia. Las adivinas no pueden elegir la clase de vida que desean llevar. Tienen que permanecer en la isla de Semper o en la Corte de algún reino. Lo cierto es que las compadezco.

—Sí, yo también. Entonces, ¿creéis que podré llevar una vida normal?

Él le sonrió y apretó su mano cariñosamente.

—Por supuesto. Debéis procurar no enfermar, pero eso es algo que todos debemos hacer, ¿no os parece?

—Claro. —Muriel le devolvió la sonrisa.

Percival la miró con curiosidad.

—¿Qué habéis visto en esta ocasión?

—Al rey, en la sala del consejo. Además de él y de los consejeros, había una adivina.

El rostro de Percival se ensombreció.

—¿Visteis algo más?

—No.

—La adivina de la Corte se llama Oona. Cuando vuestro hermano desea conocer algo sobre el futuro del reino,

se reúne con ella y con sus consejeros —le explicó—. Ella se toma un conjunto de hierbas mezclado con agua y, al cabo de unos segundos, entra en trance.

—¿Creéis que sus profecías son ciertas?

—Lo que dicen siempre es muy enigmático. Cada persona puede entender una cosa distinta, así que es fácil que algo de lo que dicen llegue a cumplirse.

—Os noto escéptico.

Percival sonrió.

—Lo admito. Pienso que el futuro no se puede conocer y que es una suerte que así sea. A mí no me gustaría saber lo que me va a pasar. ¿Y a vos?

—Tampoco.

Capítulo veintiocho

Muriel estuvo una semana más guardando reposo. Ingrid le llevaba la comida y trataba de sacarla de su aburrimiento contándole anécdotas y jugando con ella a las adivinanzas. Los últimos días, Muriel ya se sentía totalmente recuperada, pero Colin opinó que era mejor asegurarse.

—El lunes podréis volver a la rutina —le dijo el viernes por la mañana—. Y os enteraréis de cuál es el otro regalo que tengo preparado para vos.

Hasta ese momento, Muriel no había vuelto a pensar en las palabras que le había dirigido su hermano el día del torneo. Se pasó buena parte del fin de semana pensando en qué podía consistir

su nuevo regalo, pero las posibilidades eran tantas que no consiguió llegar a ninguna conclusión.

El lunes, Muriel se despertó cuando estaba amaneciendo. La luz en el interior del dormitorio todavía era débil. «Aún falta para que Ingrid venga», pensó. Tenía tantas ganas de salir de la habitación que estuvo a punto de vestirse por su cuenta. Pero ¿y después qué? El desayuno todavía no estaría preparado y no habría nadie en el comedor. Muriel suspiró y decidió esperar a Ingrid en el balcón. Desde allí le sería más fácil apaciguar su sensación de encierro.

Para cuando la doncella llegó, Muriel se veía incapaz de contener su impaciencia por más tiempo. Ya no le importaba tener que esperar a los demás en el comedor. Lo único que quería era

salir de aquella habitación.

—Hoy podrías dejarme el pelo suelto —le pidió a Ingrid.

La doncella se rio.

—No creáis que ahorraríamos mucho tiempo. Y al final del día, vuestro cabello estaría enmarañado.

Muriel puso un gesto de fastidio, pero no protestó. Ingrid le dejó dos pequeños mechones sueltos, uno a cada lado de la cara, y el resto se lo recogió en un moño. La joven le dio las gracias, se levantó de un salto y salió de la habitación, como si la persiguieran.

Capítulo veintinueve

Cuando llegó al comedor, el rey Colin, Alan y Percival ya estaban sentados a la mesa. El primero de los hermanos lucía una expresión radiante; el segundo parecía disgustado por algo, y el sabio tenía un gesto de preocupación.

—Buenos días, querida hermana. ¿Habéis dormido bien? —le preguntó Colin.

—Sí, muchas gracias..., querido hermano.

El rostro del monarca se iluminó todavía más al escuchar cómo lo llamaba.

—Me alegro mucho. Sentaos, por favor, hay algo importante que os quiero

decir.

Muriel obedeció. Ese día había más comida de lo normal en la mesa. Normalmente desayunaban poco, así que a ella le extrañó la abundancia.

Colin cogió un puñado de nueces. Masticó la primera, y después volvió a tomar la palabra:

—Querida Muriel, todavía no puedo daros vuestro regalo, pero sí puedo deciros en qué consiste. Cuando decidí traeros aquí, lo hice pensando en vuestro bienestar. Sé que no fue fácil para vos separaros de vuestra madre, pero aquí estáis más segura que en la torre. — Hizo una pausa, atento a su reacción. Muriel asintió levemente, así que él prosiguió—: Aunque garantizar vuestra protección es una de mis prioridades, también me preocupo por cómo os sentís. Quiero que seáis feliz. Quiero

que un día no muy lejano, sintáis que la Corte es vuestro hogar. —Fijó su mirada en la superficie de la mesa antes de continuar—: Lo que pasó con vuestra madre fue terrible. Creo que nuestro padre fue muy injusto con ella y que vos tuvisteis que pagar las consecuencias. Parecía que por fin podríamos mantener buenas relaciones con el reino de Nimis, pero la anulación del matrimonio volvió a sembrar la discordia.

Muriel no sabía a dónde quería ir a parar. Ella ya conocía esos hechos. Colin advirtió su expresión confusa porque le sonrió y aclaró:

—Sé que no os estoy diciendo nada nuevo, pero necesitaba que entendierais que no estoy de acuerdo con el comportamiento que tuvo nuestro padre con vuestra madre.

—Os lo agradezco.

—Y también quiero que sepáis que siempre he estado a favor de que el reino de Nimis y el nuestro convivan en armonía. Por eso, cuando llegué al poder, me prometí a mí mismo que haría todo lo posible para que este deseo se convirtiera en realidad. —Una enorme sonrisa se extendió por su cara. Parecía que acababa de recibir el mayor de los honores—. Y ahora puedo afirmar que estamos muy cerca de conseguirlo.

Muriel abrió la boca, pero no supo qué decir. Miró a Percival en busca de una confirmación. El hombre asintió de forma casi imperceptible, pero mantuvo su semblante grave. A su lado, Alan suspiró con fastidio y se bebió su copa de un trago.

Muriel volvió a dirigir su atención hacia Colin.

—Majestad... Querido hermano —se

corrigió rápidamente—. Puedo preguntaros cómo...

—¿Cómo he logrado que haya muchas posibilidades de que entre los reinos vuelva a haber paz? Por supuesto, mi querida hermana. Pensaba contároslo enseguida, pero quería dejar que asimilarais la sorpresa. Cuando me coronaron rey, una de las primeras cosas que hice fue enviar una carta al reino de Nimis expresando mi deseo de establecer un diálogo para buscar la paz. Dejé muy claro que yo no era como mi padre y que jamás haría nada que pudiera acabar con la posible armonía entre los dos reinos. También le aseguré que para mí eran básicas la sinceridad y la confianza. Días después, recibí una respuesta: el rey, vuestro tío, quería organizar un encuentro.

—¿Va a venir? —preguntó Muriel

con tono de incredulidad.

—No, mi querida hermana. En lugar de él, vendrán dos de sus consejeros escoltados por un grupo de guardias.

—¿Cuándo?

—Este sábado, al mediodía. Los dejaremos descansar unas horas, y después nos reuniremos con ellos. Si todo sale bien, por la noche, habrá un banquete, una representación de teatro y un baile.

«¿Y si sale mal?», se preguntó Muriel para sus adentros.

Capítulo treinta

Durante los días siguientes, un clima de expectación se extendió por el castillo. Los sirvientes iban de acá para allá adecentando el castillo para la ocasión. Retiraron de las paredes los tapices más gastados, revisaron que todas las velas estuvieran en buenas condiciones, sacudieron el polvo de las alfombras...

La mayor parte del tiempo, Colin tenía la cabeza en otra parte. Contestaba con monosílabos y pasaba mucho tiempo encerrado en su habitación. Muriel también se sentía inquieta, pero trataba de mantener la mente ocupada. Había mejorado mucho en sus clases de equitación. Si seguía así, el maestro

Knight le había dicho que pronto la dejaría ir al galope.

El sábado, Muriel se levantó con un manajo de nervios en el estómago. En el desayuno, apenas probó bocado. Colin no se presentó.

—Ha ordenado que le llevaran el desayuno a su habitación —le explicó Alan. Su expresión era hosca. Cogió su cuchillo y lo acercó al cesto de frutas que había en el centro de la mesa. Con más fuerza de la necesaria, lo clavó en una manzana roja.

Muriel se estremeció. El hombre agarró la pieza de fruta con la otra mano y le dio un mordisco con rabia. Muriel bajó la cabeza. No tardó en escuchar la voz de Percival:

—Si queréis, cuando terminemos de desayunar, podemos ir hasta el lago.

Muriel alzó el rostro y esbozó una

sonrisa.

—Claro, me encantaría.

Alan terminó de tragar y se levantó de la mesa.

—Yo ya he terminado —anunció—. Os veré luego, en la farsa.

Muriel contempló la manzana a medio comer. Todavía tenía el cuchillo insertado en ella.

La joven volvió a estremecerse.

Capítulo treinta y uno

Tal como había dicho Colin, los dos consejeros llegaron al mediodía. Iban dentro de un carruaje grande y negro, tirado por cuatro caballos del mismo color, y estaban escoltados por seis miembros de la Guardia Real de su reino.

En cuanto se enteraron de que estaban cruzando el puente, Muriel y Percival salieron a recibirlos junto a otros miembros de la Corte, entre ellos, el rey y su hermano. Alan tenía los labios apretados y miraba al horizonte como si pudiera prenderle fuego. Colin en cambio, no podía ocultar su entusiasmo. Al contemplarlo, Muriel deseó que todo saliera bien, no solo para que se

reparara un poco el daño que les habían hecho a ella y a su madre, sino también para que su hermano Colin no se llevara una decepción. Su propio razonamiento la sorprendió. Hasta ahora, no se había detenido a pensar en lo que sentía por él. Antes de llegar a la Corte, se lo imaginaba como una figura distante y autoritaria. Era el mismo concepto que tenía de su padre. Pero, poco a poco, se había ido dando cuenta de que estaba equivocada y había empezado a sentir cariño por él.

Cuando los consejeros salieron del carruaje, Muriel vio que eran mayores que los que servían a su hermano. Tenían el pelo blanco y sus rostros estaban surcados de arrugas. Colin fue el primero en saludarlos. Luego lo hizo a Alan. El hombre había conseguido ocultar su rabia y ahora tenía una

expresión de indiferencia.

Después le tocó el turno a Percival. El sabio les dirigió una pequeña sonrisa amable y se hizo a un lado para que Muriel los saludara. Los consejeros tenían la piel de las manos algo seca y les sobresalían las venas.

Cuando terminaron las presentaciones, uno de ellos sacó una jaula del interior del carruaje. Dentro había un halcón.

—Lo usaremos para informar a nuestro rey de las novedades —explicó el hombre.

—Por supuesto —asintió Colin—. Cuando necesitéis darle de comer, solo tenéis que pedirle a un criado que os suministre lo que el animal necesite.

—Gracias, con un poco de carne cruda será suficiente.

Unos criados condujeron a los recién

llegados hasta sus habitaciones para que descansaran hasta la hora de la comida. Muriel y Percival permanecieron en el exterior, observando cómo el resto iba entrando de nuevo en el castillo. Cuando se quedaron solos, el sabio murmuró:

—Esperemos que no se produzca ningún incidente.

Capítulo treinta y dos

La reunión duró casi tres horas. Muriel estuvo presente, pero no intervino. Percival también permaneció en silencio. Fueron los únicos que no hablaron. Colin sostuvo gran parte de la conversación, y Alan y sus consejeros solo tomaron la palabra para mostrar su desacuerdo en algo.

Al final, ambas partes acordaron iniciar una serie de contactos comerciales. Si esa medida resultaba amistosa, volverían a reunirse para poner en marcha otras.

—Me alegro de que tengamos un trato —afirmó Colin, estrechándoles las manos—. Ahora pueden volver a sus habitaciones si les apetece o pueden dar

un paseo. Por la noche habrá un banquete, un espectáculo teatral y un baile en su honor. He contratado a la compañía más prestigiosa de nuestro reino. Espero que podamos pasar una velada agradable.

—Nosotros también lo esperamos —
coincidió uno de los dos consejeros de Nimis.

Antes de prepararse para la celebración, Muriel estuvo en el lago con Percival. Mientras hacía dibujos en el suelo con un palo, la joven le confesó:

—Esta situación me parece extraña. Aunque el rey de Nimis sea mi tío, no lo siento como tal. Mi madre y él no estaban muy unidos, y él nunca ha tratado de verme.

—Después de lo que pasó entre vuestros padres, las fronteras volvieron

a cerrarse. Vuestro tío no podía veros, aunque lo deseara.

Muriel suspiró.

—¿Creéis que algún día mi madre podrá salir de la torre?

Percival lo pensó durante unos instantes. Finalmente, contestó con cautela:

—Me parece difícil, pero nunca se sabe. El rey es muy diferente a vuestro padre.

—No creo que ella suponga una amenaza. Es cierto que está resentida, pero si la dejaran libre, estoy segura de que se iría a vivir lo más lejos posible de la Corte.

Percival esbozó una pequeña sonrisa triste, pero no dijo nada. Muriel volvió a suspirar y dejó el palo. Lo miró a los ojos.

—¿Por qué tiene que ser todo tan

complicado?

—¿A qué os referís? —preguntó él con voz suave.

—¡A todo! ¿Por qué hay que pensar mal de los demás y estar siempre alerta?

—Porque vivimos en un mundo complicado.

—¿Alguna vez habéis pensado en marcharos de aquí?

Percival bajó la cabeza y confesó:

—A veces. Pero siempre hay algo que me retiene.

Muriel apartó la mirada y se agachó para coger de nuevo el palo. Esta vez, empezó a romperlo. Percival la observó en silencio. Estuvieron un rato más sentados en la roca hasta que uno de los guardias se acercó y les dijo que debían regresar al castillo.

Capítulo treinta y tres

El banquete de esa noche fue el más fastuoso que Muriel había visto jamás. Además de los platos típicos de Alea, Colin había ordenado preparar algunos de Nimis, como el pescado relleno con cebolla y mantequilla o la empanada de queso y almendras.

Cuando terminaron, pasaron a un enorme salón con forma de semicírculo que tenía una tarima. Sobre ella, la compañía de teatro los esperaba para comenzar la función.

Como los asientos centrales de la primera fila estaban ocupados por el rey, Alan y los consejeros de ambos reinos, Percival y Muriel se sentaron en la segunda fila. Apenas pudieron

intercambiar unas palabras antes de que el espectáculo diera comienzo.

La representación trataba sobre un reino asolado por una plaga de sapos y un joven príncipe que debía emprender un viaje lleno de peligros para encontrar un remedio.

Tras enfrentarse a varias criaturas muy peligrosas y haber estado a punto de perder la vida en varias ocasiones, el protagonista se encontraba con otro príncipe, uno de un reino con el que no tenía muy buenas relaciones. Este segundo reino también tenía una plaga de sapos, y el príncipe había partido con el mismo propósito. Después de conversar de forma tensa durante algunos minutos, los dos decidieron permanecer juntos durante un trecho para ver si eso podía favorecerlos. No tardaron mucho en descubrir que así era.

Los peligros siguieron sucediéndose a lo largo del camino, pero al unir fuerzas, pudieron enfrentarse mejor a ellos.

Después de varias jornadas de viaje, llegaron por fin a un bosque. Allí, sentado a la sombra de un gran árbol, se encontraron a un anciano que les pidió algo de comer. A pesar de que a los príncipes solo les quedaba una hogaza de pan duro y una cuña de queso, compartieron estos alimentos con él. Mientras comían, el anciano les preguntó a dónde se dirigían, y ellos le contaron su problema. «No os preocupéis», les dijo él. «Cerca de aquí hay una fuente con propiedades mágicas. Rellenad vuestras botellas en ella y en cuanto pongáis un pie en vuestro reino, volcadla toda en el suelo. En tres días, la plaga habrá desaparecido».

Los dos príncipes así lo hicieron y

vieron con alivio que las palabras del anciano se cumplían. Y desde ese momento, ambos reinos decidieron convivir en paz.

Capítulo treinta y cuatro

—Ha sido una obra de teatro muy apropiada, ¿no creéis? —le preguntó Muriel a Percival en el salón de baile.

Los músicos estaban tocando una pieza lenta con laúdes y tambores. Muriel y Percival bailaban al compás. Como aquel baile era muy fácil de seguir, se habían puesto a hablar.

—Demasiado, diría yo —le contestó Percival con una media sonrisa—. Si yo fuera uno de los consejeros de Nimis, me sentiría un poco molesto por la lección de moralina.

—Creo que yo también.

—Ellos no han protestado, pero creo que, en su caso, yo tampoco lo haría. ¿De qué iba a servir?

—De nada —coincidió Muriel.

Ya no le daba reparo apoyar una mano en su hombro.

—Partirán mañana antes del mediodía —dijo Percival refiriéndose a los consejeros—, aunque supongo que ya le habrán enviado una carta a su rey para contarle lo sucedido en la reunión.

—¿Creéis que el monarca estará satisfecho con el acuerdo?

—Creo que le parecerá un buen comienzo. Si nada se tuerce, es probable que esta vez sí que consigamos la paz.

—¿Qué podría salir mal? Colin no es como Roderick —dijo Muriel. La palabra «padre» le sonaba extraña.

—Si solo dependiera de él, tendría mucha más confianza en el resultado de todo esto. Pero hay más personas implicadas en el asunto, y solo hace falta la acción de uno para que todo se

eche a perder.

Muriel no supo qué decir ante esa afirmación. Percival pareció arrepentirse enseguida de sus palabras porque se apresuró a disculparse:

—Lo siento, mis palabras han sonado demasiado pesimistas. No era mi intención desilusionaros.

—No os preocupéis. Creo que hacéis bien al tomaros este asunto con cautela. Yo, en cambio, enseguida me dejo llevar por las fantasías.

—A veces me gustaría pensar como vos, pero he visto y escuchado demasiadas cosas.

—Me lo imagino. —Muriel se acercó un poco más y bajó el tono de voz—. He escuchado a mi madre decir varias veces que la Corte estaba llena de víboras, cuervos y lobos.

Percival asintió.

—Tu madre tiene razón.

Capítulo treinta y cinco

Esa noche, Muriel le escribió una carta a su madre hablándole de la reunión. Sabía que la Guardia de Lychnus no tardaría en informarla del acuerdo, pero quería que su madre tuviera información de primera mano. Se esforzó por no sonar demasiado esperanzada. No quería que su madre se decepcionara más de la cuenta si las relaciones volvían a romperse. Escribió varios borradores antes de quedar satisfecha con el resultado. Cuando terminó, los ojos le dolían por haber estado escribiendo a la luz de una vela. Dejó la carta sobre el escritorio para enviarla a la mañana siguiente y sopló la vela.

No tardó en quedarse dormida.

Unos gritos la despertaron cuando estaba amaneciendo. Eran aterradores. Lo primero que pensó Muriel fue que se estaba quemando el castillo. Se levantó con el corazón acelerado y corrió descalza hasta la puerta. La abrió y se encontró con la mirada sombría de un guardia. Antes de que pudiera preguntar, él le anunció:

—Ha ocurrido una desgracia. El rey ha sido asesinado.

Muriel sintió que le faltaba el aire. Las piernas empezaron a temblarle y tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué...?

—Ha ocurrido esta noche, mientras dormía en su cama, pero nos hemos enterado hace poco. Afortunadamente, su hermano Alan ha actuado con presteza y los culpables ya han sido

encerrados.

—¿Los culpables? ¿Quiénes...?

—Nos sabemos quién clavó el puñal, pero todos son igual de culpables: se trata de los consejeros y de los guardias de Nimis.

Capítulo treinta y seis

Ingrid apareció al cabo de un rato, pálida y con signos de haber estado llorando. Sus manos temblaban cuando ayudó a Muriel a ponerse el vestido, y fue incapaz de hacerle un peinado decente, de modo que se limitó a cepillárselo y a ponerle una diadema.

—Vuestro hermano desea veros, mi señora —le dijo cuando terminó.

Muriel tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería a Alan.

—De acuerdo, Ingrid. Muchas gracias por tu ayuda.

El guardia que había junto a su puerta le informó que la estaba esperando en la Sala del Consejo. Se dirigieron hacia allí, en silencio. Se cruzaron con varias

personas, todas ellas muy alteradas. Muriel se movía de forma inconsciente. Le parecía que aquello no estaba pasando de verdad.

En la Sala del Consejo solo estaba Alan. Se encontraba sentado al fondo. Su postura era rígida y tenía las manos agarradas a los brazos del asiento. En cuanto Muriel se asomó, le ordenó que entrara y que cerrara la puerta después. El guardia se quedó fuera.

—Acercaos, Muriel.

La joven obedeció. A medida que se acercaba, una sensación de opresión comenzó a invadirla. Los ojos de Alan no mostraban ninguna emoción, y su rostro parecía cincelado en piedra. Cuando llegó hacia la mitad, se detuvo. Su hermano arrugó el ceño.

—Todavía no os he dicho que paréis. Muriel respiró hondo y siguió

avanzando. No tardó en fijarse en que Alan tenía los nudillos blancos.

—Deteneos. —La voz del hombre la hizo sobresaltarse.

Muriel frenó en seco. Alan la estudió durante unos minutos que a ella se le hicieron eternos. Cuando ya no sabía dónde mirar ni dónde poner las manos, el hombre volvió a hablar:

—Supongo que os habéis enterado del asesinato del rey.

—Sí, mi señor.

—Ha sido una tragedia. Los culpables ya están en una celda, esperando para ser juzgados, pero nada nos lo va a devolver.

—No, mi señor.

—Lo que ha sucedido debe servir para que nos demos cuenta de que no podemos ser confiados. Colin pecaba de serlo en exceso, y esta ha sido su

recompensa. —La voz de Alan estaba llena de amargura—. Así que, a partir de ahora, las cosas van a cambiar. Cuando sea coronado rey, me encargaré de reforzar la seguridad de este castillo y de tomar las medidas que sean necesarias para que este hecho no vuelva a repetirse.

Muriel sintió un escalofrío.

—Por supuesto —prosiguió—, no hace falta decir que el acuerdo que se firmó ayer queda roto de manera permanente. Volvemos a ser enemigos del reino de Nimis.

Muriel pensó en Percival y en las conversaciones que habían tenido sobre ese tema. Era descorazonador descubrir que los temores del hombre se habían hecho realidad.

La voz de Alan la sacó de su ensimismamiento.

—Mañana, cuando sea coronado rey, esos hombres serán juzgados y condenados a muerte. Vos estaréis presente. Nunca habéis estado en un juicio porque mi hermano pensaba que podía resultar traumático para vos, pero yo no comparto esa opinión.

A Muriel no le pasó desapercibido que había dicho «mi hermano» y no nuestro hermano». Tragó saliva. Alan siguió hablando:

—El mundo es cruel e injusto, y si permanecéis ajena a esta realidad, seréis vulnerable. Por eso, mañana os sentaréis a mi lado y no os perderéis ningún detalle. —Hizo una pausa y levantó una mano. La movió con desgana —. Ahora podéis ir a desayunar.

Muriel salió de la sala. Era todo tan horrible que sintió una arcada y se dobló, pero como su estómago estaba

vacío, no pudo echar nada.

—Vamos, mi señora —le dijo el guardia con tono reconfortante—. Os acompañaré hasta el comedor. Seguro que el sabio está allí.

Muriel asintió a duras penas y se irguió. No había nadie a quien deseara ver más.

Capítulo treinta y siete

Percival también estaba solo. Al verla aparecer, se levantó y casi corrió hasta ella. Muriel, en cambio, se detuvo. Tenía un nudo en la garganta. Percival se puso enfrente y la miró a los ojos. Los de él estaban húmedos.

—Lo siento, Muriel. Lo siento mucho. Desearía tanto que mis temores no se hubieran confirmado...

Muy despacio, ella enterró el rostro en su pecho. La camisa era suave y olía a jabón. El nudo que sentía amenazaba con partir su garganta en dos, pero, a pesar de ello, seguía sin poder derramar una sola lágrima.

Percival la rodeó con los brazos.

—Ahora tenéis que ser más fuerte

que nunca —le dijo en voz baja—. Vuestro hermano Alan no es como Colin. Nunca lo he visto apiadarse de nadie.

Muriel apartó un poco el rostro y preguntó con un susurro:

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé. —El aliento de Percival olía a canela, avena y pasas—. Debemos tratar de descansar bien esta noche. Mañana va a ser un día duro, entre la coronación y el juicio.

—Lo sé. —Muriel cerró los ojos y volvió a apoyar su cabeza en él.

Permanecieron así durante unos segundos. Muriel se imaginaba que los guardias los estarían mirando, pero no le importó. Tampoco le preocupó que alguien pudiera entrar. Cuando sintió que Percival la apartaba con suavidad, estuvo a punto de protestar, pero reprimió el impulso.

—Vamos —le dijo él—, tenéis que comer algo.

Caminaron hasta la mesa. En el sitio de Percival, había un plato con una rebanada de bizcocho empezada.

—Lo siento —se disculpó—. No sabía si ibas a venir, así que ya había empezado a desayunar.

—No pasa nada. Yo no tengo hambre.

—Yo tampoco, pero debemos hacer un esfuerzo o si no, luego no tendremos energías ni para pestañear.

Muriel sonrió un poco y se sentó. Percival le cortó una rebanada similar a la suya y le llenó un vaso con zumo de naranja.

Comieron en silencio. Cuando terminaron, Percival le preguntó qué deseaba hacer.

—No lo sé. Hoy no tengo clases y no me apetece volver a mi dormitorio.

—Podríamos pasear o ir a mi estudio.

—Si vamos a vuestro estudio, ¿podrías leerme alguna leyenda?

—Por supuesto. Y también me gustaría enseñaros el cancionero más antiguo del reino.

—¿El *Cancionero musical de Enim*?

—A Muriel se le iluminaron un poco los ojos.

—Exacto.

Los cancioneros eran libros de lírica culta que incluían partituras. En los títulos podía incluirse el nombre del recopilador, como en el caso del *Cancionero de Magnus*, o el nombre del lugar donde se habían hecho las composiciones, como en este caso.

—Tiene más de quinientos años, ¿verdad? —preguntó Muriel.

—Sí. Es un objeto muy valioso.

—¿Me cantaréis alguna de sus composiciones?

La pregunta de Muriel lo pilló desprevenido, pero no tardó en sonreír.

—Sí, por supuesto. Y vos podéis acompañarme. El maestro Wiseman dice que tenéis una voz muy bonita.

Muriel se sonrojó.

Capítulo treinta y ocho

«Vuestra voz sí que es bonita», pensó Muriel poco después mientras lo escuchaba en el estudio.

Percival estaba cantando una composición de un tema amoroso. Eran las más frecuentes en el *Cancionero musical de Enim*. La letra no tenía nada de especial, pero la forma de interpretarla era lo que estaba conmoviendo a Muriel. Sentía como si algo estuviera removiendo en su interior para sacar a flote toda su rabia y tristeza. Percival había cerrado los ojos nada más comenzar a entonar las primeras palabras, cosa que ella agradeció porque ahora sí que se le estaban empañando los ojos y le daba un

poco de vergüenza que el hombre la viera.

Poco a poco, fue derramando lágrimas silenciosas. Cuando Percival abrió los ojos, ella se llevó una mano al rostro y se las secó. Él puso un gesto culpable.

—Lo siento. Pretendía distraeros y lo único que he conseguido es apenaros más.

—No, no es cierto —contestó ella, parpadeando para aclarar su visión—. Necesitaba desahogarme, pero hasta ahora no he podido.

Él le sonrió y dijo con suavidad:

—Porque estabais aturdida. Pero ya vais asimilando la noticia.

—¿Cómo han podido asesinarlo?

—No lo sé, pero lo que es seguro es que el juicio de mañana no será nada agradable. Debéis estar preparada.

—Lo sé. —Hizo una pausa y se atrevió a preguntar—: ¿Me prometéis que estaréis a mi lado?

—Os lo prometo. No pienso separarme de vos. Sé que sois fuerte y que podréis resistirlo. —Percival desvió la mirada hacia la puerta. Había dos guardias en el pasillo—. Acercaos un momento. Quiero enseñaros esta partitura.

Muriel se levantó y se sentó a su lado, dejando unos centímetros de espacio. Para su sorpresa, Percival se pegó a ella.

—Mirad —dijo, colocando el libro de forma que ocultara sus rostros—, esta es la partitura más antigua del cancionero. Fue compuesta para ser tocada con una dulzaina. —Entonces su voz se convirtió en un susurro—: Un truco para que no os afecte el juicio, es

que no veáis ni escuchéis lo que dicen. Fijad los ojos en la pared sin verla y poneos a pensar en otra cosa. Dejad que vuestra mente vuele muy lejos.

Nada más acabar de decirlo, bajó el libro y se separó de ella. Volviendo a recuperar su tono normal, le preguntó:

—¿Queréis ver algún otro de los tesoros que se guardan en este estudio?

Muriel tragó saliva y se esforzó por poner una voz animada.

—Claro, me encantaría.

Capítulo treinta y nueve

Por la tarde, volvieron al estudio para jugar al ajedrez. Ambos eran buenos jugadores, así que cada partida duraba bastante. Cuando llegó la hora de bajar al comedor para la cena, Muriel había ganado dos a uno.

En el castillo ya no se veía más movimiento del habitual, pero el ambiente se había vuelto sombrío. Alan no se había presentado en la comida y tampoco lo hizo en la cena. Para Muriel, aquello supuso un alivio. Nunca se había encontrado especialmente cómoda en su presencia, pero hasta esa mañana, en la Sala del Consejo, no se había sentido intimidada en su presencia.

Cuando llegó la hora de dormir,

Percival cogió la mano derecha de Muriel y la apretó entre las suyas.

—Recordad mi consejo para mañana. Antes de que os deis cuenta, el día habrá acabado y poco a poco se irá volviendo más lejano y borroso, como si se tratara de un mal sueño.

Muriel asintió.

—Gracias por vuestras palabras. Espero que descanséis bien esta noche.

—Os deseo lo mismo. —Percival se llevó la mano de Muriel a los labios. El roce apenas fue perceptible, pero ella experimentó algo parecido a lo que sentía de niña cuando, acurrucada con una manta de lana, durante las tardes de invierno, se bebía a pequeños sorbos una taza de leche caliente con azúcar y canela.

Percival soltó su mano.

—Hasta mañana, Muriel.

—Hasta mañana..., Percival.

Muriel entró en su habitación con una pequeña sonrisa, pero cuando sus ojos se detuvieron en la hoja que había dejado sobre su escritorio la noche anterior, el gesto se le borró. Era la carta que pensaba enviarle a su madre.

Sin miramientos, la agarró y la rompió en varios trozos.

Capítulo cuarenta

La coronación fue breve. Alan pronunció un discurso cargado de promesas, y después ordenó a todos los presentes que se dirigieran a la sala donde iba a celebrarse el juicio.

—Llevad a los prisioneros allí —le dijo a unos guardias.

Ellos hicieron una reverencia y fueron a buscarlos a las mazmorras.

Alan agarró a Muriel del brazo. No fue un gesto gentil.

—Acompañadme. Como os dije ayer, os sentaréis a mi lado.

Muriel trató de que su rostro no reflejara la incomodidad que sentía y se obligó a asentir. Alan arrugó el ceño.

—Decid: «Sí, majestad».

—Sí, majestad.

Alan se dio por satisfecho. Entonces sus ojos se clavaron en Percival.

—Vos también estaréis en el estrado con nosotros y con los consejeros. Si todo sale como debe, acabaremos pronto.

—Sí, majestad —dijo el sabio con un tono carente de toda emoción. Muriel lo observó con admiración y se preguntó cómo lo hacía. «Se ha criado aquí», pensó. «Ha tenido mucho más tiempo que yo para entrenarse».

El juicio fue breve, pero no por ello menos desagradable. Muriel fijó sus ojos en la pared que tenía enfrente y trató de pensar en otra cosa, pero los gritos y los abucheos le impedían concentrarse. Durante todo el proceso, los consejeros y los guardias de Enim no dejaron de decir que eran inocentes.

Pero Alan se mostró implacable.

—Mi hermano nunca debió confiar en vosotros. Todos sois culpables de su muerte y por ello, yo os condeno a la horca. La sentencia será ejecutada esta tarde.

Muriel notó que se mareaba. Cuando unos guardias se llevaron a los prisioneros de vuelta a sus celdas, todos se levantaron menos ella.

Alan le dirigió una mirada de desprecio.

—Cuando dejéis de temblar, levantaos e id a cambiaros para la comida —le dijo antes de encaminarse a la puerta.

Muriel se agarró las manos. Entonces notó que alguien le tocaba el hombro. Miró hacia arriba y vio que era Percival. El hombre se puso en cuclillas. Sus ojos destilaban simpatía.

—Lo habéis hecho muy bien. Solo tenéis que aguantar un poco más. Esta tarde habrá acabado.

—No creo que pueda ponerme de pie—confesó ella.

—Yo os ayudaré. —El hombre se levantó y la sujetó por los codos—. Vamos, podéis hacerlo.

Muriel tomó impulso y consiguió levantarse, a pesar de que las piernas no le obedecían del todo. Percival le sonrió.

—¿Veis? Os dije que podríais. Debéis tener más fe en vos.

—Procuraré tenerla a partir de ahora—le dijo ella con una débil sonrisa. De repente, sintió ganas de acariciarle el pelo. Él todavía la estaba agarrando, pero no hizo fuerza cuando ella alzó el brazo y le rozó un mechón cercano a la frente con la punta de los dedos. Casi al

instante, Muriel se arrepintió de su atrevimiento y buscó una excusa a toda prisa:

—Teníais algo en el pelo.

Los labios de Percival se curvaron en una sonrisa.

—Gracias por quitármelo —le dijo con suavidad.

—De nada.

Capítulo cuarenta y uno

La ejecución se celebró en la Plaza Principal de Enim.

Había tanta gente que se hacía difícil respirar. Muriel, Percival y Alan lo presenciaron todo desde un balcón de la posada que había a pocos metros.

—No perdáis detalle —le ordenó el nuevo monarca a Muriel con una sonrisa inquietante—. Observad lo que hacemos en Enim con los traidores.

«Haz que parezca que miras la horca y piensa en otra cosa», se dijo, a sí misma, Muriel. Fijó sus ojos un poco más allá de la tarima donde estaban los condenados y el verdugo. Los reos llevaban el rostro cubierto por una capucha y las manos atadas a la espalda.

Detrás de ellos estaba la fachada de una casa. Tenía un aspecto acogedor. La pared era de color amarillo pálido y en las ventanas había macetas con flores rosas.

La gente no paraba de lanzar insultos y jaleaba al verdugo para que procediera de una vez. Muriel intentó no prestar atención al significado de las palabras. «Son solo gritos y no tienen nada que ver conmigo», trató de convencerse. Poco a poco, consiguió que se convirtieran en un ruido de fondo.

Cuando el verdugo movió la palanca, Muriel escuchó un crujido, pero su cuerpo no se sobresaltó. Seguía mirando la fachada de color amarillo. El desagradable espectáculo quedaba fuera de su campo de visión.

Pasaron varios minutos, y, poco a poco, el silencio se fue apoderando del

lugar. Alan se giró hacia Muriel y le dijo:

—Es hora de volver al castillo.

Salieron del balcón. Los ojos de Muriel se encontraron con los de Percival. El hombre estaba un poco pálido, pero se mantenía sereno.

A la salida de la posada, los esperaba un carruaje. Muriel se sentó con Percival, y Alan se colocó enfrente. El trayecto hasta el castillo era corto, pero a Muriel se le hizo eterno. Aunque iba mirando sus pies, sentía los ojos del rey clavados en ella.

Cuando llegaron, Alan se bajó el primero y se sacudió las ropas, como si dentro estuviera lleno de polvo. Muriel y Percival también se bajaron. Nada más poner los pies en el suelo, ella se sintió un poco mejor. Pensó que lo peor había pasado y que por fin podía librarse de la

presencia de Alan, al menos, durante unas horas. Pero la voz del hombre la sacó de su error:

—Acompáñame a la Sala del Consejo. Tenemos que hablar. A partir de ahora, van a cambiar un poco las cosas.

Muriel miró a Percival a pesar de que sabía que él no podía hacer nada. Creyó advertir un gesto de impotencia, pero enseguida el rostro de Percival volvió tener una expresión imperturbable. El hombre apartó sus ojos de ella y dijo con tono sereno:

—Estaré en mi estudio, por si me necesitáis.

Alan creyó que se dirigía a él porque contestó:

—No lo creo, pero siempre está bien saber dónde está cada uno de mis súbditos.

Capítulo cuarenta y dos

—Como os he dicho hace un momento, a partir de ahora, las cosas van a cambiar un poco —le dijo Alan cuando estuvieron en la Sala del Consejo.

El sol se estaba ocultando en el horizonte. Había una ventana abierta y por ella empezaba a colarse un aire frío.

Alan se reclinó en su asiento y la miró con una sonrisa. Se notaba que estaba disfrutando.

—Por supuesto, hoy solo os diré las cosas que te van a afectar a ti directamente. No quiero que te dé dolor de cabeza.

Muriel se agarró las manos con fuerza. El rey prosiguió:

—En realidad, son solo tres cosas. La primera es que ya no vais a volver a tener clases.

Muriel lo miró con sorpresa.

—Pero yo...

—No hay peros —la cortó él—. En la torre recibisteis una educación más que suficiente. Si por mi hubiera sido, habríais dejado de estudiar hace algunos años, pero el pasado no se puede cambiar. —Ladeó la cabeza y añadió—: Ya eres adulta; no necesitáis aprender más. Además, ¿para qué te serviría? Lleváis una vida muy cómoda. No tenéis que ganarte el sustento.

Muriel empezó a clavarse las uñas en las palmas de las manos. Si él lo notó, no hizo mención a ello.

—La segunda medida que voy a tomar con respecto a ti es que, a partir de ahora, vas a llevar tres guardias en

vez de uno. En mi discurso de proclamación, prometí reforzar la seguridad, y no iba a hacer una excepción contigo. —Le dirigió una sonrisa que la hizo estremecerse.

Muriel aguardó a que continuara, pero él no parecía tener prisa. Empezó a mirarse un enorme anillo que tenía en el dedo anular de la mano izquierda. «Está jugando contigo», pensó Muriel. «Mantén la boca cerrada y trata de parecer tranquila».

Al cabo de un rato, Alan volvió a apoyar la mano en el brazo del asiento. Parecía un poco decepcionado de que Muriel no hubiera hablado, pero enseguida sus ojos se iluminaron y la miró con diversión.

—La tercera medida es mi favorita —le reveló—. Seguro que queréis saber cuál es, así que no voy a dejaros con la

intriga por más tiempo. ¿Preparada?
Pues allá va: He concertado vuestro
matrimonio con Ernest Milton, el
heredero del rey de Lucta.

Capítulo cuarenta y tres

La noticia fue como un mazazo para Muriel. Tardó varios segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, solo pudo tartamudear. Alan la dejó trabarse durante unos segundos, y después pareció aburrirse con el espectáculo porque levantó una mano y dijo:

—Suficiente. —Luego suavizó su tono de voz—. Sé que la noticia os ha impresionado, pero debéis mostrar entereza. Como he dicho antes, ya sois adulta. Los adultos, y más aún los que pertenecen a una familia real, se casan. Lucta es un territorio rico en recursos naturales. Tiene una extensión de bosques superior a la de cualquier otro reino de Alea, un mar apenas explorado

y muchas zonas ricas en minerales. Nosotros podemos ayudarles a sacar más partido a sus recursos: podemos ayudarles a construir carreteras, barcos y edificios; y también a excavar minas. El padre de vuestro prometido es bastante anciano. No creo que Ernest Milton tarde mucho en ser el nuevo monarca. —Alan se detuvo unos instantes y luego añadió—: Os estáis clavando las uñas.

Muriel bajó la cabeza y dejó de agarrarse las manos. No entendía cómo podían haber cambiado tantas cosas de un día para otro. No entendía por qué, cuando estaba empezando a acostumbrarse a su nueva vida, todo se desmoronaba.

—Estáis muy callada —volvió a hablar Alan—. Y os confieso que siento mucha curiosidad por saber lo que pasa

por vuestra cabeza. Decidme, ¿qué os parecen estas tres medidas?

Muriel levantó la cabeza y fijó sus ojos en él. La habitación empezó a darle vueltas. Alan había puesto una sonrisa socarrona, y la joven sintió ganas de borrarla de un bofetón. «Que parezca que no te afecta», se dijo.

—¿Y bien? Os ordeno que me respondáis.

Muriel inspiró hondo, con lentitud. «No muestres tus emociones». Expulsó el aire poco a poco. «Pon un tono indiferente».

Cuando habló, le pareció que aquella voz pertenecía a otra persona.

—Majestad, se hará todo como ordenéis.

El gesto socarrón de él se acentuó.

—Eso ya lo sé, pero quiero saber lo que pensáis. ¿Os disgusta vuestro

acuerdo de boda? ¿Os incomoda tener que ir a todas partes con tres guardias? ¿Echaréis de menos las clases?

Muriel tragó saliva. «Recuerda, sin emociones».

—No, majestad.

Alan lanzó una breve risa.

—Mentís, pero mientras no me deis problemas, todo irá bien.

Capítulo cuarenta y cuatro

Cuando Muriel salió de la Sala del Consejo, vio que había tres guardias esperándola, pero eso no le hizo cambiar de planes: tenía que ver a Percival.

La puerta del estudio estaba abierta. Dentro, el sabio escribía en un pergamino. Muriel se detuvo en el umbral, y el hombre alzó el rostro.

—Pasad, por favor.

Muriel entró, y los guardias se quedaron fuera. La habitación olía a té con hierbabuena. En una esquina del escritorio había una tetera humeante y dos tazas vacías.

—¿Os apetece un poco? —le preguntó Percival.

—Sí, gracias. —Muriel se sentó y observó cómo echaba el té.

—¿Lo queréis con azúcar?

—No, así está bien.

—Tomad. —Percival le alargó la taza.

—Gracias.

—¿Sabéis qué estaba escribiendo?

—No.

—Canciones. No se me da muy bien, pero me entretiene bastante. ¿Queréis echarles un vistazo?

—Vale.

Percival le tendió el pergamino. Había tres estrofas con algunos tachones, pero, en uno de los márgenes, el hombre había escrito: «Decid en voz alta que queréis probar también a inventaros una canción y, en lugar de ello, poned por escrito cómo ha ido

vuestra reunión con Alan».

Muriel apartó los ojos del papel y miró a Percival. Él asintió levemente con la cabeza. Intentó que su voz sonara animada:

—¿Créeis que yo también podría inventarme una canción?

—Estoy convencido. ¿Por qué no lo intentáis ahora?

—Vale, pero no prometo nada espectacular. —Muriel forzó una risita y cogió la pluma.

Se tomó unos minutos para poner en orden sus ideas. Sabía que no había palabras suficientes para expresar toda la frustración, la rabia y el miedo que sentía, pero se esforzó por que su relato quedara vívido.

—Aquí está —le dijo, alargándole el pergamino—. No sé cómo habrá quedado.

Percival lo cogió y empezó a leer en silencio. A medida que avanzaba, su rostro se fue tornando cada vez más grave y las manos le empezaron a temblar. Cuando terminó, dejó el pergamino en la mesa y la miró a los ojos.

—Os felicito. Habéis escrito una canción conmovedora. Solo cambiaría una frase. —Cogió la pluma, la mojó en el tintero y se puso a escribir.

Cuando volvió a pasarle el pergamino, Muriel leyó: «Esperemos un tiempo para ver cómo evoluciona la situación. Después, actuaremos en consecuencia».

Muriel volvió a mirarlo y asintió.

—Estoy de acuerdo con vuestra sugerencia —le dijo.

Él sonrió y extendió el brazo derecho para cogerla de la mano.

—Ánimo —susurró.

Capítulo cuarenta y cinco

Pasaron varias semanas. Septiembre dio paso a octubre. Había menos horas de luz, hacía más frío y llovía a menudo.

A Muriel cada vez le resultaba más difícil soportar una nueva jornada en el castillo. Día a día, su ánimo se apagaba. Los guardias que la vigilaban le parecían carceleros, y Alan no perdía la oportunidad de dirigirle comentarios malintencionados.

Su humor mejoraba cuando estaba con Percival, pero no podía sentirse completamente a gusto con él porque nunca los dejaban solos. Sus conversaciones no eran fluidas porque tenían que elegir con cuidado cada palabra que decían.

Ya no podían salir a pasear tan a menudo como antes porque la lluvia era casi constante y caía con fuerza. La tierra no tenía tiempo de secarse; en algunas zonas, sobre todo alrededor del lago, parecía un barrizal.

Hubo una semana en la que no dejó de llover. El día y la noche casi se confundían porque el cielo apenas variaba de color. Por el día, el sol permanecía oculto, y por la noche, no se veían las estrellas. El ánimo de Muriel empeoró. Se despertaba con apatía y comía menos de lo habitual.

Al octavo día, se sintió incapaz de aguantar un día más encerrada en el castillo, así que cogió su capa y les dijo a los guardias que pensaba salir. Al principio, ellos se lo prohibieron, pero debieron de notar su desesperación porque uno de ellos le dijo que solo

podía alejarse unos pasos de las puertas de entrada.

—Nosotros os vigilaremos desde dentro. No queremos coger un catarro.

—De acuerdo. Gracias.

No avisó a Percival. El hombre intentaría convencerla de que esperara a que dejase de llover o decidiría acompañarla y se arriesgaría a ponerse enfermo.

No, era mejor que no se enterara.

Cuando Muriel abrió una de las puertas de entrada, el aire helado sacudió su cabello y sus ropas. Las gotas de lluvia hacían tanto ruido al caer que parecían bolas de granizo.

—Os esperamos aquí —le recordó el guardia que la había dejado salir.

Muriel cruzó el umbral. El agua caló su ropa y se coló por debajo de su capucha. Los zapatos se le empaparon;

sentía como si llevara los pies metidos en una palangana.

—¡No os alejéis más! —escuchó que le decía el mismo guardia.

Se detuvo, cerró los ojos y levantó el rostro hacia el cielo. El aire olía a árboles y a tierra mojada. Muriel estaba empezando a tiritar de frío, pero la sensación de opresión había disminuido un poco.

«Quizá, si me quedo un poco más, siga disminuyendo».

Capítulo cuarenta y seis

La bofetada sonó como el restallido de un látigo.

Muriel se tambaleó y se tocó la mejilla. Alan acababa de golpearla. La joven no sabía si había usado de forma intencionada la mano en donde llevaba los anillos.

—¿Cómo se os ocurre salir con la que está cayendo? ¿Acaso queréis morir de una pulmonía? ¡Contestad!

Muriel bajó el brazo y se miró los dedos. El pómulo le dolía tanto que había esperado verlos manchados de sangre, pero solo los tenía mojados por la lluvia.

Alan la miró con desprecio.

—¡Mirad cómo estáis! —exclamó—.

¡Fijaos en el charco que se está formando a vuestros pies!

Muriel bajó la cabeza y vio que el bajo de su capa y el de su vestido no paraban de gotear. «Estamos en la entrada», pensó. «Aquí no hay nada que pueda estropearse». El dolor por el golpe cada vez era más fuerte y ahora lo notaba extendiéndose por la mitad de su cara.

En ese momento, divisó a Percival. El hombre todavía estaba lejos, pero caminaba a buen paso. Muriel sintió que su corazón empezaba a latir con fuerza. Alan siguió la dirección de su mirada y cuando descubrió a Percival, parte de su enfado desapareció y fue sustituido por un gesto de diversión. Cruzó los brazos y esperó a que llegara hasta ellos antes de hablar:

—Celebro que estemos los tres

porque así puedo daros la noticia a la vez: pasado mañana llega Ernest Milton. Espero que hagáis todo lo posible para causarle una buena impresión. Sobre todo, tú —añadió, dirigiéndose a Muriel.

La miró durante unos instantes y después, lanzó un suspiro de resignación y se acercó a ella. Instintivamente, Muriel dio un paso hacia atrás. Él se detuvo y casi la miró con lástima.

—Solo quiero veros el golpe —le dijo, y volvió a avanzar.

Muriel se obligó a quedarse quieta. Sus ojos se encontraron con los de Percival. Se dio cuenta de que por primera vez le estaba costando ocultar sus emociones. Su mirada estaba llena de rabia.

Cuando Alan le tocó el pómulo con su dedo índice, Muriel apretó los labios

para que no le escapara ningún quejido. De repente, todo se puso negro y, poco después, una imagen apareció en su mente.

Vio a Alan y a tres de sus consejeros caminando por un pasillo. Estos últimos llevaban velas, pero el hermano del rey portaba un cuchillo. Los hombres se detuvieron frente a una pared y el que iba delante, que era uno de los consejeros, la empujó. La pared se movió hacia la izquierda, y ellos pasaron.

Estaban en un dormitorio. A medida que se acercaban a la cama, Muriel vio que había alguien dormido. Cuando lo rodearon, descubrió que se trataba de Colin.

Alan miró al resto del grupo. Después, muy despacio, le entregó el cuchillo por el mango al consejero que

tenía más cerca. Este lo cogió y se inclinó sobre Colin. Tenía los ojos cerrados y su rostro estaba relajado. El hombre levantó el cuchillo unos centímetros por encima de donde estaba su corazón.

La imagen se desvaneció. Muriel vio que Alan la miraba con el ceño fruncido.

—Ahora, además del moratón que os está empezando a salir, os sangra la nariz —le dijo con tono acusador—. Tenéis un aspecto horrible. Subid a bañaros y poneos hielo en la mejilla. Ingrid tendrá que maquillaros hasta que se os quite el cardenal —y tras pronunciar estas palabras, abandonó la entrada.

Percival y Muriel se quedaron con los guardias que los vigilaban. El hombre sacó su pañuelo y le limpió la sangre.

—Os acompañaré a vuestro dormitorio —se ofreció.

Por cómo la miraba, Muriel supo que él era consciente de que acababa de tener una visión. Pero ahora no podían hablar sobre ello.

—Antes de la cena podría pasarme por vuestro estudio para seguir practicando la composición de canciones —le dijo Muriel mientras subían las escaleras.

Para su sorpresa, él le contestó:

—Será mejor que os quedéis descansando. Mañana podremos hacerlo.

Muriel lo miró perpleja y le apretó un poco el brazo. Él hizo un leve gesto con la cabeza y dijo:

—Hacedme caso. Quedaos en vuestra habitación hasta la hora de la cena.

Capítulo cuarenta y siete

Poco después de que Muriel terminara de vestirse, escuchó un ruido que procedía de la pared donde estaba la cómoda. Arrugó el ceño y se levantó de la cama. El ruido volvió a sonar, y, esta vez, la pared comenzó a desplazarse hacia la derecha.

Muriel soltó una exclamación y retrocedió. Creyó que el corazón se le iba a salir del pecho cuando vio que al otro lado había alguien encapuchado.

—Tranquila, soy yo —dijo en voz baja.

—¿Percival? —susurró.

—Sí. —El hombre se retiró la capucha.

—Pero ¿cómo...?

Percival llevaba una vela. La dejó encima de la cómoda y se acercó a Muriel. Ella todavía tenía el pulso acelerado cuando el hombre le puso los dedos en la barbilla y le inclinó el rostro para ver mejor el moratón. Se le había quedado la marca de uno de los anillos.

—¿Duele mucho?

—No. Mientras me bañaba, me he puesto hielo y ahora me siento mejor.

Percival se apartó. Tenía los ojos llenos de dolor. Muriel notó como si algo se derritiera en su pecho. Le cogió la cara entre las manos y lo atrajo hacia sí para que sus frentes se tocaran. Él no opuso resistencia. Sus respiraciones se entremezclaron.

—Estoy bien, de verdad —le aseguró ella mientras permanecían así.

Después, lo soltó y dio un paso hacia

atrás. Percival la miraba con tanta ternura que ella sintió ganas de abrazarlo, pero se contuvo. Tenía que preguntarle algunas cosas y cada minuto que pasaba, el riesgo para ellos aumentaba. En cualquier momento, alguien podía abrir la puerta del dormitorio y descubrirlos.

—Decidme, Percival. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

El hombre puso una expresión culpable.

—Cuando estuvimos hablando de los pasadizos, os oculté algo: no os dije que Colin y yo conocíamos la existencia de dos pasadizos.

Muriel se sintió un poco dolida.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Vuestro hermano no quería que lo supierais. Eligió para vos esta habitación porque era una de las que

tenían pasadizo. Él tenía la intención de contároslo más adelante, cuando existiera más confianza entre los dos. Deseaba que pudierais utilizar el pasadizo en caso de emergencia.

Muriel tragó saliva.

—El otro pasadizo está en la habitación de Colin, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabéis?

Llevaban todo el tiempo hablando en voz baja, pero Muriel bajó todavía más su tono, a pesar de que era poco probable que alguien pudiera escucharlos:

—Salía en mi visión.

Los ojos de Percival se ensombrecieron. Con suavidad, la agarró por los codos.

—¿Qué visteis? —susurró.

Muriel se lo contó sin escatimar en detalles. Cuando terminó, Percival

estaba lívido.

—Tenemos que pensar en un plan para escapar de aquí —dijo para sí mismo.

Muriel apoyó las manos en su pecho.

—Vámonos ya.

Él negó con la cabeza.

—Es muy peligroso. Debemos pensar muy bien qué pasos vamos a dar.

—Pero...

Percival la estrechó entre sus brazos.

—Todo saldrá bien, Muriel. Solo tenemos que aguantar un poco más.

Capítulo cuarenta y ocho

Ernest Milton era un joven de piel pálida, con el pelo castaño y los ojos azules. Era alto y desgarrado, y cuando hablaba, nunca miraba a los ojos.

Había llegado por la tarde, dos horas antes de que comenzara el banquete en su honor. Después, se celebraría un baile, y Muriel tendría que ser su acompañante.

Cuando salieron a recibirlo y Alan se lo presentó, Muriel sentía retortijones en el estómago, pero él parecía a punto de desmayarse. Intercambiaron un saludo, y él le besó la mano, dejándole un rastro de saliva. Muriel intentó limpiársela disimuladamente con el vestido, pero Alan la cogió del brazo.

—Entremos en el castillo. Ernest, seguro que deseáis descansar hasta la hora de la cena.

—Os lo agradezco, majestad.

Mientras Ingrid la ayudaba a ponerse el vestido, Muriel trató de convencerse de que podía soportar unos cuantos bailes. «No voy a casarme con él», se dijo. «Percival está pensando un plan para irnos muy lejos de aquí».

—Estáis muy callada, mi señora. — La voz de la doncella interrumpió sus pensamientos—. ¿Os preocupa vuestro futuro con el heredero de Lucta?

—Solo estaba pensando en cómo sería esta noche.

—Todo irá bien, mi señora. He escuchado que vuestro prometido es un hombre bueno.

«Entonces no se llevará bien con Alan», pensó Muriel.

Durante el banquete, Percival le dirigió varias miradas de ánimo. Muriel esperaba poder caminar con él hasta el salón de baile, pero Alan la obligó a ir del brazo con Ernest, y él estuvo hablando con el sabio durante todo el trayecto.

La primera canción que sonó era lenta y melancólica.

—¿Me concedéis este baile, mi señora? —le preguntó Ernest, haciendo una reverencia algo torpe.

A Muriel le recordó un poco a sí misma y no pudo evitar mirarlo con simpatía.

—Por supuesto, mi señor.

Las manos de Ernest temblaban. Cuando sus dedos se entrelazaron con los de ella, Muriel notó que también le sudaban. Empezaron a moverse a trompicones, como si les hubieran atado

los pies con una cuerda.

—Perdonad —le dijo él abochornado —, pero no soy un buen bailarín.

—No os preocupéis.

Él bajó la cabeza.

—Nunca me han enseñado. La clase alta de Lucta está más interesada en la caza y en los combates.

—¿Me permitís un consejo, mi señor?

—Por supuesto.

—No os miréis los pies; eso solo os desconcentrará más. Bailaréis mejor si levantáis la cabeza.

Ernest Milton le hizo caso, pero siguió sin establecer contacto visual.

—Confío en poder mejorar con la práctica, mi señora.

—Estoy segura de que lo haréis — concedió ella con una sonrisa.

«Pero tendréis que buscaros otra pareja», añadió para sus adentros.

Capítulo cuarenta y nueve

Esa noche, Percival volvió a visitarla. En cuanto oyó que la pared se movía, Muriel corrió a recibirlo. A Percival casi no le dio tiempo a dejar la vela. Ella se abalanzó sobre él y lo abrazó. No habían podido pasar ni un minuto juntos en el baile.

—Percival, tenemos que irnos de aquí.

—Lo sé. Estoy ultimando los detalles del plan, no os preocupéis.

Muriel se apartó de él.

—Contádmelo.

—Todavía no. Dadme un poco más de tiempo.

Muriel puso un gesto de impotencia.

—Esta espera me está matando. Ernest se quedará unos días más, y yo tendré que acompañarlo casi todo el tiempo.

Él la cogió de las manos y se las estrechó.

—Lo sé, pero os prometo que no voy a dejar que os quedéis a solas con él — susurró con vehemencia.

Su mirada era tan intensa que Muriel se estremeció de los pies a la cabeza. Se soltó de las manos y le agarró el rostro. Él no apartó sus ojos de los de ella. Muriel sintió un cosquilleo en el estómago que ascendió hasta su pecho. Se puso de puntillas y, muy despacio, se inclinó hacia él. Cuando sus labios se tocaron, cerró los ojos.

Percival entreabrió los suyos y respondió al beso. Lo hizo de forma lenta y gentil. Muriel dejó que la

envolviera una sensación reconfortante. El mundo se había vuelto un poco más oscuro para ella desde que Colin había sido asesinado, pero en aquellos instantes, no había incertidumbre, miedo ni tristeza. Solo esperanza y amor, y la sensación de que sus piernas le iban a fallar de un momento a otro.

Percival le puso una mano en la cintura y otra en la espalda y, con delicadeza, la acercó más a él. Muriel lanzó una pequeña exclamación de sorpresa, pero esta quedó ahogada en el beso. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Era la primera vez que besaba a alguien y no sabía muy bien qué hacer. A tientas, levantó las manos y las enterró en su cabello. Al instante, notó que Percival se estremecía.

Cuando se apartaron, los dos respiraban con fuerza. Se observaron

durante unos segundos. Muriel notaba calor por todo su cuerpo y las piernas le temblaban como si hubiera estado corriendo durante una hora.

Percival también parecía tener problemas para recuperar la compostura. No dejó de mirarla mientras aguardaba a que su respiración se normalizara. Después, dijo en voz baja:

—Será mejor que me vaya.

Muriel asintió. Necesitaba sentarse y pensar en lo que acababa de pasar, pero antes, tenía que hacerle una pregunta:

—¿Me prometéis que nos iremos de aquí lo más pronto posible?

Él sonrió.

—Sí, os lo prometo.

Capítulo cincuenta

Los días se sucedieron sin demasiada novedad. Ernest Milton parecía un buen chico; era amable y considerado, aunque en presencia de Muriel siempre estaba nervioso. A la joven le daba un poco de pena estar engañándolo, pero no podía contarle la verdad.

Alan le dirigía palabras educadas al heredero de Lucta, pero Muriel detectaba en ellas un tono irónico, y en sus ojos, un asomo de burla. Suponía que a Alan, Ernest Milton debía de parecerle un pelele, alguien a quien manejar a su antojo, pero, al menos, lo disimulaba. En cambio, con ella no se molestaba en ocultar su desprecio. No había vuelto a golpearla, pero cada día

la trataba peor.

Ernest Milton se fue al cabo de una semana. Muriel le deseó un feliz viaje, pero no hizo mención al reencuentro. No deseaba mentirle. Cuando se marchó, Alan la miró con diversión y dijo:

—Vos también os habéis dado cuenta de que el chico no tiene carácter. Si sois lista, podréis manipularlo, pero todas las decisiones que toméis sobre el gobierno de Lucta tendréis que consultarlas conmigo.

«Que no te afecten sus palabras. Deja que crea que todo está saliendo como él quiere», pensó Muriel.

A la mañana siguiente, cuando se levantó de la cama, Muriel divisó un carruaje a lo lejos. El rey no había anunciado ningún visitante, así que lo primero que pensó fue que alguien le traía noticias de su madre.

Cuando llegó Ingrid, le preguntó si sabía algo, pero la doncella le dijo que no. Antes de bajar a desayunar, volvió a mirar por la ventana y descubrió que el carruaje había avanzado un buen trecho.

Cuando llegó al comedor, Alan la recibió con una enorme sonrisa. La silla de Percival estaba vacía. Muriel arrugó el ceño.

—¿Le ocurre algo al sabio, majestad?

El rey partió un trozo de pan con una lentitud exasperante y respondió:

—Oh, él está bien de salud, si eso es a lo que os referís. Simplemente, le he avisado de que ya no necesito sus servicios.

Muriel apoyó la mano derecha en el respaldo de una silla y la apretó con fuerza.

—¿Qué?

—Supongo que os habréis fijado en que en estos momentos hay un carruaje viniendo hacia aquí. Dentro va mi nuevo sabio, un hombre mucho más preparado que Percival para el cargo.

—No puede ser...

—¿Qué dices? —El tono de él se volvió frío, y una sensación de amenaza flotó en el ambiente—. Espero que no te hayas atrevido a cuestionar mi decisión.

Muriel se apresuró a contestar:

—No, majestad, perdonadme.

Alan cogió el cuchillo y untó un poco de miel en el pan. Tras darle un mordisco, dijo con la boca llena:

—Bueno, por esta vez os disculpo, pero que no vuelva a pasar. Quiero que cuando mi nuevo sabio llegue, salgas a recibirlo conmigo. Es uno de los hombres más reputados en su campo, y su presencia aquí nos dará prestigio.

Debemos hacer que se sienta cómodo,
¿lo entendéis?

Muriel sintió ganas de llorar.

—Sí, majestad, por supuesto.

Capítulo cincuenta y uno

El nuevo sabio era un anciano. Era tan alto que tuvo que agacharse para saludar a Alan y a Muriel. Estaba muy delgado, tanto que se le marcaban los huesos.

Percival no salió a recibirlo. Muriel todavía no lo había visto, pero Alan le había informado que estaba en su habitación, recogiendo sus cosas, así que Muriel estaba impaciente por subir a verlo.

Cuando volvieron a entrar en el castillo, el rey le dijo al sabio:

—Si no os importa, antes de que os acomodéis, me gustaría enseñaros el castillo para que empecéis a familiarizaros con él.

—Me parece una excelente idea, majestad.

El rey se acercó a uno de los criados y le dijo algo en voz baja. Este asintió y subió las escaleras con paso rápido. Al pasar junto a Muriel, Alan le susurró:

—Esperad aquí para despediros de vuestro querido Percival. Ya no tardará en bajar.

Muriel se llevó las manos a la espalda y apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas, pero siguió con ellos cerrados hasta que vio bajar a Percival. El hombre transportaba un baúl dos veces más grande que el que ella había traído consigo. Muriel recordó cómo se había sentido ella al saber que tenía que vivir en un lugar nuevo. Le parecía que habían pasado años desde aquello, pero apenas habían transcurrido unas semanas. «Es increíble

que percibamos el paso del tiempo de manera distinta en cada circunstancia», pensó.

Percival recorrió los últimos pasos que la separaban de ella y dejó el baúl en el suelo. Muriel sintió deseos de abrazarlo, pero como había varios guardias observándolos, se contuvo.

Percival le tocó el hombro. En apariencia estaba tranquilo, pero Muriel detectó en sus ojos un matiz de desconsuelo y otro de frustración. Su corazón se aceleró. ¿Estaba todo perdido?

—No os preocupéis —le dijo entonces Percival—. Todo va a ir bien. Lo importante es que no os derrumbéis. Sé que no vais a hacerlo porque sois fuerte, pero quiero que vos también estés convencida de ello.

Muriel tragó saliva e intentó que su

voz sonara segura.

—Lo estoy.

Percival sonrió.

—Decidlo otra vez.

—Lo estoy. Estoy convencida de que no me voy a derrumbar porque soy fuerte. Esto no va a poder conmigo.

Percival la miró con orgullo.

—Muy bien. Repetíroslo todas las veces que sean necesarias. —Se llevó la mano que tenía libre al interior de su capa. De allí sacó una hoja. Sin desdoblarla, se la entregó a Muriel—. He escrito una canción para vos. Le he dedicado mucho tiempo, así que me gustaría que os tomarais vuestro tiempo para leerla y que pensarais en ella.

Muriel cogió la hoja.

—Lo haré, os lo prometo.

—Gracias. —Percival esbozó otra

sonrisa—. Ha sido un placer compartir con vos mis últimos días como sabio en esta Corte.

—Para mí también ha sido un placer —dijo Muriel, luchando para que no se le escaparan las lágrimas.

—Nunca me han gustado las despedidas, ni siquiera las temporales, así que, si me lo permitís, no voy a decirlos adiós.

Muriel sonrió con la mandíbula tensa. Después, respiró hondo y dijo:

—Yo tampoco me despediré de vos.

La sonrisa de Percival se hizo más amplia. Con suavidad, convino:

—Entonces es mejor que lo dejemos aquí.

—Sí.

Sin más dilación, el hombre se alejó de ella. Verlo marcharse le resultaba tan doloroso que Muriel dejó de mirar. Se

le estaba formando un nudo en la garganta. No quiso pararse a pensar en cómo iba a ser su vida en el castillo a partir de ahora. «Es solo temporal. No tardaré en reunirme con él de nuevo».

Percival tenía que haberle dejado alguna pista de su plan en aquella canción, así que desdobló la hoja y empezó a leer:

*La joven de cabellos, como el ébano,
Puede parecer frágil a simple vista,
pero es más fuerte
de lo que ella misma cree.
Pasa sus días aguardando a que
el sol
vuelva a brillar.
Su esperanza no es vana.
Ella sabe que solo debe ser
paciente.*

*La joven de cabellos, como el
ébano,
solo tiene que esperar unos días.
Cuando las perlas se abran,
la luz volverá a bañarlo todo.
Cuando las perlas se rompan,
podrá emprender el viaje.*

Capítulo cincuenta y dos

Pasaron dos semanas. Muriel se sentía cada vez más alicaída. Cada mañana, se levantaba con la esperanza de recibir una señal que le anunciara que el plan de Percival se había puesto en marcha, y cada noche se acostaba con el temor de quedarse atrapada para siempre en aquel castillo.

Desde que Percival no estaba, Alan se comportaba de manera más insolente, sarcástica y cruel. Sabía que Muriel se sentía desprotegida, y eso parecía llenarlo de satisfacción a juzgar por cómo la miraba y por los comentarios que le hacía. Muriel intentaba no sentirse afectada por aquel trato vejatorio, pero había ocasiones en las

que le resultaba muy difícil.

Una mañana, pocos días después de la partida de Percival, tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no derrumbarse. Cuando bajó a desayunar, Alan la recibió con una sonrisa que no iluminaba sus ojos y dejó en la mesa la jarra, de la que estaba bebiendo, con más fuerza de la necesaria. Muriel se sobresaltó, pero rápidamente se obligó a poner un gesto indiferente y se sentó.

—Buenos días, Muriel. Se os ve muy pálida. ¿No habéis dormido bien?

«Sabéis muy bien que no», pensó ella, pero, en lugar de ello, respondió:

—No demasiado, mi señor.

—Es una pena. Supongo que la partida de nuestro antiguo sabio os ha afectado más de lo que debería.

El tono de Alan sonaba despreocupado, pero Muriel se puso

alerta. No le gustaba nada hacia dónde se dirigía la conversación.

Alan cogió un cuchillo y partió un trozo de pan.

—No es necesario tener el don de las adivinas de Semper para darse cuenta de cómo os miraba. Soy un hombre y entiendo de esas cosas.

—Él no... Él... Él...

Alan levantó la mirada del pan y volvió a sonreír.

—Vuestra honra estaba en peligro con él merodeando por aquí, y lo sabéis. Os he hecho un favor, aunque ahora no lo veáis. Imaginaos el escándalo si Percival Green hubiera seguido sus impulsos. Vuestro compromiso con Ernest Milton se habría roto.

Muriel se puso roja y trató de replicar:

—Él nunca...

—No seáis ingenua —la cortó con hastío—. Y ahora, desayunad. No deseo escuchar más balbuceos.

Muriel bajó la cabeza y empezó a retorcer el mantel con las manos.

Capítulo cincuenta y tres

Muriel apenas se relacionaba con el nuevo sabio. Tan solo intercambian unas palabras de cortesía cuando se cruzaban por los pasillos o cuando coincidían en una comida.

La única persona con la que podía hablar sin tensiones era con Ingrid. La doncella trataba de animarla contándole algunas de las historias que le había relatado su abuela. Hablaban de lugares lejanos donde la magia era más poderosa, y las personas, más nobles de espíritu. Muriel se dejaba transportar a esos mundos y durante el tiempo que duraban aquellos relatos, se sentía feliz. El tiempo era propicio para sentarse a escuchar narraciones. Hacía frío, llovía

a menudo y el cielo casi siempre estaba nublado.

Una tarde gris y lluviosa, durante la cual el gemido del viento se colaba por las paredes, se escucharon unos aldabonazos en la entrada.

Cuando unos criados abrieron las puertas, vieron que al otro lado había una anciana encorvada de pequeña estatura que no paraba de temblar. Tenía el pelo gris recogido en un moño medio deshecho e iba envuelta en una capa marrón, vieja y remendada. La mujer estaba empapada.

—Buenas tardes, soy Madame Freeman, una pobre anciana que se dedica a vender artesanías por los caminos para poder subsistir. Hace un rato, unos bandidos me han robado todo el dinero, así que vengo a pedirlos que os apiadéis de mí y me compréis algo.

Tengo pulseras, collares, pendientes, vasos, platos, muñecas... Solo necesito algunas monedas para comprar comida en la aldea más próxima. He dejado mi carro ahí, bajo ese gran árbol.

—Esperad aquí —le dijo uno de los criados—, voy a avisar al rey.

El monarca estaba con Muriel y con unos nobles en un salón. Muriel bordaba un pequeño tapiz mientras que ellos estaban bebiendo vino y hablando de sus conquistas amorosas.

—Está bien —accedió Alan cuando el criado le anunció la llegada—. Decidle que venga. Seguro que solo vende baratijas, pero ¿qué clase de rey sería si la dejara a la intemperie sin una sola moneda?

Muriel no levantó la cabeza y siguió bordando, pero sonrió con amargura. «¿Cómo puede ser tan cínico?», pensó.

Cuando la anciana apareció, Alan le ordenó a uno de los criados que la acompañaba:

—Traedle una manta.

—Enseguida, majestad.

La anciana sonrió, haciendo que su rostro se llenara de arrugas.

—Os lo agradezco, majestad.

—Sentaos junto al fuego y enseñadnos qué traéis.

La mujer se acercó, renqueando. Iba dejando un rastro húmedo en la alfombra. Se detuvo delante de la chimenea y puso sobre una mesa el pequeño baúl que llevaba. Lo abrió y empezó a sacar distintas clases de objetos, todos ellos hechos con cerámica. La mayoría estaban pintados con tonos rojos, azules y dorados. El rey y los nobles se levantaron y cogieron algunos de ellos para examinarlos de

cerca.

La anciana miró a Muriel.

—Majestad, quizá a vuestra hermana le gustaría probarse alguna pulsera o algún collar.

Alan asintió sin apartar sus ojos del vaso que tenía delante.

Muriel dejó su labor y fue a levantarse, pero ella le hizo un gesto con el brazo para que permaneciera en su asiento. Muriel observó cómo cogía unos cuantos collares y pulseras y caminaba hasta ella. En vez de sentarse, se inclinó y le mostró un collar de plata con bolitas de cerámica pintadas de blanco.

—Este collar es muy especial. Si os lo quedáis, vuestro mayor deseo se hará realidad. —Le apretó el brazo con fuerza, y después susurró—: Romped las perlas.

Capítulo cincuenta y cuatro

El rey y los nobles compraron parte de la mercancía de la anciana. Después, el primero ordenó a unos criados que le dieran algo de comida a la anciana antes de que se marchara.

Durante la cena, Muriel apenas probó bocado. No veía el momento de ir a su habitación y romper el collar. Por fin, Alan se levantó de la mesa y se despidió.

Muriel contó hasta cincuenta, y después se dirigió a su habitación, escoltada por un guardia. Tuvo que contenerse para no echar a correr. El corazón le iba tan deprisa que le costaba respirar.

Cuando llegó a su dormitorio, cerró

la puerta y se quitó el collar. Lo envolvió con su pañuelo, lo puso sobre el escritorio y se quitó un zapato. La mano le temblaba. Respiró hondo y empezó a dar un golpe seco a cada bola. Cuando terminó, abrió el pañuelo.

Mezclados con los trozos de cerámica, había un polvo de color verde y un rollo minúsculo de pergamino. Muriel se pasó las palmas de las manos por el vestido y después lo cogió y lo desenrolló. La letra era pequeña y estaba muy apretada, pero consiguió leer el mensaje:

Sopla el polvo y sal por el pasadizo llevando solo una vela. Al otro lado te está esperando la anciana. Monta en su carro.

Muriel sintió ganas de reír y de llorar a la vez. Sin poder controlar sus temblores, echó el trozo de pergamino

en el fuego de la chimenea y cogió el pañuelo. Cerró los ojos y sopló. Un intenso olor amargo se extendió por toda la habitación. A Muriel le picaron la nariz y la garganta, pero no le importó. Hizo una bola con el pañuelo y también lo arrojó a las llamas.

Se quedó parada un momento por si escuchaba pasos al otro lado de la puerta, pero todo parecía en calma, así que se acercó a la pared junto a la cómoda y la empujó.

Capítulo cincuenta y cinco

El pasadizo era largo y serpenteante, y tenía varias subidas y bajadas. Muriel avanzó con la mano izquierda apoyada en la pared y la derecha sosteniendo una vela. No le gustaban la oscuridad ni los espacios cerrados, pero el pensamiento de que muy pronto podría ver a Percival la ayudó a mantener a raya su miedo. De vez en cuando, los dedos de su mano izquierda se llevaron por delante alguna tela de araña, pero, por fortuna, sus pies no se toparon con ningún animal.

Cuando la vela alumbró una pared enfrente de ella, a Muriel la invadió el alivio. Sin perder tiempo, la empujó. Al abrir la primera rendija, le llegó el olor a lluvia. Eso le dio ánimos para aplicar

más fuerza a la piedra. No se detuvo hasta que consiguió abrir un hueco suficiente para salir al exterior.

La lluvia impedía ver nada, así que cuando sintió que alguien la agarraba del brazo, lanzó un grito.

—Shhh, mi señora, soy yo, la anciana. Vamos, tenemos que irnos.

Muriel se dejó conducir hasta el carro. Era pequeño e iba enganchado a dos caballos.

—Pobrecillos —susurró—, están empapados.

—Nosotras también —replicó la anciana, y la empujó con suavidad para que entrara.

El interior no era tan cómodo como el carruaje en el que habían ido Percival y ella, pero a la joven solo le importaba que pudiera llevarlas a su destino.

—¿Dónde está Percival? —le

preguntó a la adivina antes de que la mujer cerrara la puerta.

—En Mela, en el hogar de sus antepasados.

Capítulo cincuenta y seis

Muriel fue todo el trayecto aterida de frío. La anciana le había dado una manta seca antes de subirse al pescante, pero no tenía ropa de repuesto, y Muriel había dejado todas sus cosas en el castillo. Fue incapaz de dormir y se sumió en un estado ‘de aburrimiento.

Estuvo lloviendo hasta el amanecer. Con los primeros rayos de sol, todavía caían algunas gotas, pero el paisaje volvía a ser visible. Muriel se asomó a la ventana y vio que todo el suelo estaba cubierto de verde.

Se detuvieron poco después, junto a un riachuelo. La anciana le abrió la puerta y le entregó un pedazo de pan, un trozo de queso y una manzana.

—Enseguida volveremos a ponernos en marcha. Si seguimos a este ritmo, mañana a estas horas habremos llegado.

Mela estaba al norte. Allí era donde se fabricaban las *Velas de los deseos*. Se llamaban así porque estaban hechas con la cera del valle de Mela, que, según la creencia popular, tenía propiedades mágicas. Eran las velas que Muriel soplabá en sus cumpleaños. Al pensar en ello, cayó en la cuenta de que el próximo no lo celebraría en Lychnus. La anciana se dio cuenta de que se había puesto triste porque le acarició el pelo y le dijo:

—A partir de ahora, las cosas mejorarán, ya lo veréis.

Muriel la miró a los ojos.

—¿Quién sois?

—Me llamo Agatha y sirvo en la casa de Percival desde los doce años.

Empecé a las órdenes de su padre. Él estaba en la Corte, pero me dejó al cuidado de todo. Confiaba en mí porque me conocía desde que nací. Mi madre fue la antigua criada.

—Entiendo.

—Mi marido también trabaja en la casa. Percival y él estarán intranquilos hasta que llegemos, ya lo veréis.

Muriel sonrió. Su estómago rugió hambre.

—Vamos, empezad a comer —le dijo la anciana—. No querréis presentaros en Mela con aspecto desfallecido, ¿verdad?

—No —contestó ella, y le dio un mordisco a la manzana.

Capítulo cincuenta y siete

Por la noche, salieron del camino y se metieron en un bosque. Allí, hicieron una parada de cuatro horas para que la anciana pudiera dormir. Después, reemprendieron el viaje.

Había luna llena, y eso hacía que les resultara más fácil avanzar. Los campos tenían un tinte fantasmagórico bajo esa luz. Todo parecía en calma.

Cuando los primeros rayos de sol empezaron a salir, Muriel llevaba un buen rato despierta. Faltaba poco para llegar y no quería perderse ningún detalle.

Cuando divisó a lo lejos un valle con casas que tenían los tejados a cuatro aguas, el corazón de Muriel dio un

vuelco. Allí estaba Mela. El carro no tardó en internarse en la población. Muriel no apartó la vista de la ventana. Se preguntaba qué casa sería la de Percival. Cuando el carro dejó atrás las últimas edificaciones y avanzó por un camino que llevaba hasta una colina, Muriel se sintió desconcertada.

El vehículo empezó a subir la cuesta. Era bastante pronunciada. Muriel se agarró a su asiento instintivamente y apretó los dientes.

Cuando el carro volvió a ponerse en posición horizontal, Muriel descubrió que había una casa de piedra en la base de la colina. La edificación tenía un jardín delantero inmenso, lleno de árboles y de rosales. Una verja de color negro bordeaba la propiedad.

El carruaje se detuvo a la entrada.

Agatha se bajó del pescante y le

abrió la puerta a Muriel.

—Adelante, mi señora. Ya hemos llegado.

Ella salió sintiéndose como en un sueño. Agatha y ella entraron en la propiedad y caminaron por el jardín. Parecía un bosque en miniatura. Los árboles impedían que pasara la luz del sol. Muchos de los troncos tenían enredaderas. Las rosas aún no habían salido, pero la mayoría de los capullos ya estaban formados.

Cuando llegaron a la entrada, Agatha cogió la aldaba y dio varios golpes. Enseguida, escucharon unas exclamaciones en el interior, seguidas de un ruido de pasos.

Cuando la puerta se abrió y apareció Percival, Muriel se quedó clavada en el sitio. Llevaba tantos días echándolo de menos e imaginándose cómo sería el

reencuentro que, cuando lo tuvo enfrente, le pareció que no era real.

Agatha fue la primera en hablar:

—Me alegro de veros, mi señor. Si me disculpáis, voy a ver a mi marido.

Percival asintió con torpeza y farfulló:

—Claro, claro...

Se hizo a un lado para dejarla pasar. Cuando se quedaron a solas, Muriel recordó de pronto que llevaba sin bañarse dos días y que tampoco se había cambiado de ropa. Solo había podido lavarse la cara y las manos en el riachuelo, y había tratado de desenredarse el pelo con los dedos. Además, se le habían cortado los labios del frío y de la humedad.

«Seguro que tengo un aspecto espantoso», pensó, notando que sus mejillas se ruborizaban. Pero Percival

no la miraba con asco ni con conmisericordia. La miraba como si fuera lo más hermoso del mundo.

—Muriel... No sabéis la de veces que he deseado que estuvierais aquí conmigo.

Muriel esbozó una pequeña sonrisa. Los labios le escocieron, pero no borró el gesto. Percival se acercó a ella con lentitud, como si todavía no se creyera que la tenía delante. Levantó una mano y le acarició la mejilla. Ella cerró los ojos y se estremeció con el contacto. Poco después, notó que la abrazaba. Aquel era uno de esos abrazos que decían: «He pasado tanto miedo», «No sabía si volvería a veros» y «¡Me siento tan agradecido de que estéis aquí!».

Muriel lo apartó un poco. Él la miró preocupado.

—Lo siento, ¿os he hecho da...?

Pero Muriel lo interrumpió con un beso. Percival dio un respingo, pero enseguida respondió con avidez. Muriel se olvidó del cansancio y de su aspecto. Se besaron con más urgencia que la vez anterior, y cuando se separaron, a los dos les fallaron las piernas.

Capítulo cincuenta y ocho

Después de que Muriel se diera un baño y se pusiera ropa limpia, volvió a salir al jardín con Percival. El hombre le preguntó por los últimos días que había pasado en el castillo, y Muriel habló de Ernest, del nuevo sabio y, sobre todo, de Alan.

—Si lo que vi en mi visión es cierto, él mató a...

—Shhh. —Percival le puso un dedo sobre los labios—. No es prudente decir ese tipo de cosas, ni siquiera aquí. —Lanzó un suspiro—. Creo que debemos dar por hecho que vuestra visión es cierta.

—Pero ¿cómo pudo?

—Quizá fue por ambición o quizá

porque no deseaba que se estableciera la paz entre el reino de Alea y el de Nimis. Nunca lo sabremos.

—¿Pero cómo puede seguir reinando?

Percival sonrió con tristeza.

—Por desgracia, no será el primer rey ni el último que comete atrocidades.

—¿Qué pensáis que va a hacer el rey de Nimis? ¿Enviará a parte de su ejército para que nos ataque?

—No lo sé. La muerte de sus consejeros y guardias le habrá supuesto una grave ofensa, sin duda, pero como no puede probar que sean inocentes de la muerte de nuestro antiguo monarca, lo más probable es que deje las cosas como están. Eso sí, la paz entre ambos reinos parece ahora una completa utopía.

Muriel asintió con abatimiento. De

repente, algo en el suelo atrajo su atención. Se agachó para cogerlo y se lo mostró a Percival.

Era un trébol de cuatro hojas.

—Mirad, es como el que me distéis aquel día junto al lago. ¿Lo recordáis?

Parte de la tristeza desapareció del rostro del hombre.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—No me lo he traído conmigo. Tampoco el palo con las piedrecillas. ¿Por qué me pediste que no cogiera nada?

—¿Habéis oído hablar de los Ignis?

—Sí, son criaturas de leyenda. Se cree que se llevan a los niños y a los jóvenes a su mundo para alimentarse de sus almas.

—Así es. ¿Y cómo se sabe que han sido los causantes de una desaparición?

Muriel reflexionó un momento. De repente, su rostro se iluminó.

—Porque dejan tras de sí un olor muy amargo.

—Exacto. Ahora todos en el castillo creen que habéis sido víctima de un Ignis. Y nos conviene que siga siendo así.

—¿Qué pusisteis en el collar?

—Una mezcla de raíces y minerales machados. Llevo años investigando con varias sustancias, y un día, después de mucho probar, di con esta fórmula. El olor que desprende es muy amargo, pero no resulta perjudicial. No le encontré ninguna utilidad en aquel momento, pero decidí anotar la composición en mi cuaderno de trabajo por si acaso. Y me alegro de haberlo hecho.

—¿Así que es una fórmula de vuestra invención?

—Sí. Lo llamé polvo Amarus. Ahora solo lo conocemos vos y yo.

Muriel sonrió.

—Gracias. Gracias por sacarme de allí.

Él se inclinó hacia ella y le dio un pequeño beso en los labios.

—Salisteis vos sola. De no haber sido por vuestro valor y vuestra fuerza de voluntad, no habríamos podido reunirnos.

—¿Qué será de mi madre? —le preguntó a bocajarro.

Percival no se esperaba esa pregunta. Reflexionó sobre ello y después, dijo con tono pesaroso:

—Me temo que tendrá que seguir en la torre, al menos por el momento. Pensaremos si hay alguna posibilidad de traerla aquí sin poner tu vida en peligro.

—¿Y mientras tanto? Le dirán que he

desaparecido, y eso la llenará de angustia,

—No podemos evitarlo. Hace días le mandé una carta diciéndole que me han echado de la Corte, así que ya no esperará más correspondencia mía. Sería peligroso contarle la verdad porque los guardias que la custodian se enterarían.

—Entonces, ¿vamos a quedarnos de brazos cruzados? —preguntó ella, notando que empezaba a invadirle la desesperanza.

Percival la agarró por los hombros y la miró a los ojos.

—No. Vamos a devanarnos los sesos hasta encontrar la forma de sacarla de allí. Ahora no podéis venir abajo. Somos fuertes e inteligentes, y estamos juntos. Repetidlo.

—No voy a venirme abajo. Somos

fuertes e inteligentes, y estamos juntos.

Percival le limpió una lágrima que comenzaba a deslizarse por su mejilla y la besó. Cuando se apartó de ella, le dijo:

—Mañana partiremos al reino de Nitor y nos quedaremos allí una temporada. Por si acaso, usaremos nombres falsos y cambiaremos un poco nuestro aspecto.

Muriel asintió. El reino de Nitor estaba en otro continente, a dos semanas en barco. Allí era difícil que alguien los reconociera, pero Percival tenía razón: no estaba de más ser precavido.

Capítulo cincuenta y nueve

Estaban en el dormitorio de Percival. Era de noche. La cortina estaba descorrida y, a través de la ventana, se veía la luna.

Percival acababa de encender una vela.

—Es una vela de Mela —le dijo a Muriel.

—Son las que usaba en mis cumpleaños.

Percival sonrió. Sus ojos brillaban a la luz de la llama.

—Entonces habréis pedido muchos deseos.

—Menos de diecinueve —contestó ella con una sonrisa—. Creo que los dos o tres primeros años de mi vida no pedí

nada.

Percival se echó a reír.

—Sois maravillosa. Por favor, nunca dejéis de sonreír.

—Lo intentaré.

—Y ahora, cerrad los ojos, pedid un deseo y soplad.

Muriel le hizo caso. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con la sonrisa de Percival. Quedaba un candelabro encendido en una esquina de la habitación, pero su luz no llegaba hasta donde estaban.

Percival caminó hasta el escritorio para dejar la vela. Muriel lo siguió.

—¿Vos no pedís un deseo?

—Mi deseo ya me ha sido concedido.

—Él la miró con intensidad.

Muriel agradeció que hubiera poca luz porque sintió que se estaba

ruborizando. Se puso de puntillas y le cogió el rostro entre las manos para besarlo. Él la estrechó. Muriel pensó que debían correr las cortinas, pero ese pensamiento se disolvió en cuanto él subió la mano por su espalda y la enterró en su pelo y la dejó sobre su nuca.

Muriel nunca había hecho eso antes, pero le pareció natural empezar a desabrocharle la camisa. Él se apartó a duras penas y la miró interrogante.

—¿Seguro que queréis seguir adelante?

Muriel no lo dudó:

—Sí.

Percival sonrió y fue a correr las cortinas. La habitación quedó en penumbra. Muriel esperó a que regresara junto a ella. Comenzaron a desvestirse. A los dos les temblaban un

poco las manos y aunque pudiera parecer contradictorio, darse cuenta de ello les resultó tranquilizador.

—Si en algún momento queréis parar, solo tenéis que decirlo —susurró él mientras movía los brazos para que ella pudiera quitarle la camisa.

—Lo mismo os digo. —Muriel le dirigió una pequeña sonrisa y lanzó la camisa hacia una silla. La prenda quedó sobre el respaldo.

—Buena puntería —murmuró Percival, acercándose a su cuello.

Muriel se estremeció cuando notó la presión de sus labios. Continuaron desvistiéndose. Muriel no sentía temor ni vergüenza. Percival actuaba con delicadeza, dándole tiempo a frenarlo en caso de que ella lo necesitara, y sus ojos la miraban con ternura.

Muriel no lo detuvo.

Se tumbaron en la cama, entre besos y caricias. En todo momento, Percival estuvo atento a las reacciones de Muriel.

Ella nunca se había sentido tan arropada. En medio de la oleada de deseo y amor, pensó que el mundo era un poco menos oscuro e incierto que días atrás. Seguían teniendo preocupaciones (el principal era cómo rescatar a su madre de la torre), cargaban con recuerdos dolorosos y se preguntaban qué les depararía el futuro, pero ahora sus esperanzas se habían fortalecido.

Eran fuertes e inteligentes, y estaban juntos.

Epílogo

A la mañana siguiente, Muriel se despertó con la sensación de que todo había sido un sueño. Pero no tardó en descubrir que no. Percival estaba a su lado y aunque seguía dormido, la estaba cogiendo de la mano. Muriel movió el dedo pulgar para acariciarle el dorso. Él no se movió. Ella sonrió y se acercó para darle un beso en la frente.

Lentamente, por el rostro de Percival se extendió una sonrisa. Muriel volvió a besarle y murmuró:

—Buenos días.

Percival abrió los ojos sin dejar de sonreír.

—Buenos días —le contestó—.
¿Habéis dormido bien?

—Sí. Hacía mucho tiempo que no descansaba tanto. —Muriel pensó en las últimas noches que había pasado en el castillo, pero se obligó a apartar esos recuerdos de su mente—. ¿Y vos?

—Mejor que nunca. —Percival la estrechó contra él y susurró en su oreja —: Me encantaría quedarme todo el día aquí con vos, pero debemos prepararnos para partir. El reino de Nitor nos espera.

Muriel puso un mohín, aunque sabía que él no iba a verlo.

—¿No podríamos estar un rato más? Apenas ha salido el sol.

Percival se rio cerca de su oído. Su cuerpo tembló un poco. Muriel lo abrazó con más fuerza y escuchó que él le decía:

—Como deseéis, mi señora.

FIN

Apéndice

Reinos:

Reino de Alea: La capital es Enim. En Alea, se encuentra el Templo de las Adivinas, en la isla de Semper, y la Escuela Militar de Argenta.

Reino de Nimis: Las hostilidades con el reino de Alea se mantienen desde hace cinco siglos.

Reino de Lucta: lugar de procedencia de Ernest Milton.

Reino de Nitor: Situado en otro continente.

Si te ha gustado

El viaje de Muriel

te recomendamos comenzar a leer

Destello azul

de Ivette Chardis

Selección RNR

IVETTE CHARDIS

Destello
azul



Romance Histórico

Prólogo

Londres, diciembre de 1808

La calle Commercial Road era la más transitada de Londres en época navideña. Damas y caballeros de todas las condiciones, desde soldados rasos, criadas de distinguidas señoras y comerciantes, hasta la aristocracia, paseaban arriba y abajo mientras contemplaban los escaparates de las tiendas, que ofrecían sus más preciados tesoros. Relojes de bolsillo de oro macizo, extravagantes pamelas coronadas por cintas de colores y grandes plumas de pavo real. Pañuelos, libros, perfumes, incluso la comida era exhibida de manera sutil y delicada, como los pasteles de Mrs. Coplan. Así se llamaba la pastelería cuyo olor

impregnaba toda la calle, y donde Elric Glover, de once años de edad, había decidido establecer su centro de operaciones.

Su madre, Isabella, lo había criado en una casa de meretrices regentada por *madame* Blanche, nombre francés que nada tenía que ver con sus verdaderos orígenes. Allí aprendió el arte de robar; al principio solo se atrevía a estafar a las lavanderas y a los obreros que volvían de la fábrica, pero más tarde advirtió que tenía dedos hábiles y los usó en beneficio propio. Los mismos niños del burdel, hijos de las ramera, formaron una banda que *madame* dirigía como un ejército: mientras un grupo distraía, el otro se dedicaba a cortar bolsas y a coger los peniques y libras que había en ellas.

Para Elric, aquella mañana había sido fructífera. Compraría un trozo de pastel de zanahoria, el preferido de Kate, la hija de Blanche, a la que quería como una hermana. Entró decidido en el establecimiento y aplastó su rostro contra el cristal donde se mostraban todas esas maravillas de dulces: bizcocho de ciruelas, pudin de frutas, tarta de manzana, bolas de chocolate crujiente...

—¿Cuál es tu preferido? —No podía creer que alguien le dirigiera la palabra en aquella tienda llena de remilgadas señoritas y pretenciosos caballeros, pero ahí estaba ella, una niña de su misma edad, tal vez algo más pequeña. La muchacha tenía la piel clara, ojos negros y unas largas pestañas. Los rizos de su pelo caían a cada lado de sus mejillas y le conferían una actitud

traviesa. Llevaba un abrigo azul adornado por una hilera de botones de terciopelo del mismo color y unos zapatos oscuros que resaltaban la banda de encaje blanco del remate de la falda.

—Las galletas de jengibre son las que más me gustan, ¿y a ti? —Las marcas de sus dedos en el cristal del aparador se confundieron con las de Elric.

—No lo sé —contestó el muchacho—. Nunca las he probado. —La pequeña dama abrió la boca, y Glover observó que le faltaban los dos dientes delanteros de la parte de arriba.

Unas botas altas lo empujaron y cayó al suelo junto a sus peniques. Se alzaron voces en contra de dejar entrar a pordioseros sucios y malolientes en una

tienda nada menos que de comestibles. Y unas manos huesudas y blancas de harina lo arrastraron fuera. Se desplomó en la dura acera sin sus monedas y sin su porción de tarta.

Elric apretó los puños. A punto de llorar de ira contra el mundo, se le pasó por la cabeza volver por la noche y tirar piedras al cristal. En esas fechorías pensaba cuando alguien agarró su hombro. No se asustó, ya que se trataba de una mano diminuta, muy diferente a la anterior. Era la misma niña de ojos negros que le entregaba una caja rosa en la que se podía leer el nombre del comercio: *Mrs. Clopan's Cake*.

—¿Qué es esto? —pronunció Elric, algo tosco.

—*Ginger cookies*, para que las pruebes.

—¿Qué quieres a cambio? —El muchacho no podía creer que una desconocida le regalara algo sin que tuviera que engañar, mentir, robar o amenazar.

—Nada —repitió ella, expectante.

Elric cogió una galleta de jengibre; reacio, la mordisqueó, el azúcar se deshizo en su boca y, de repente, el cielo pareció menos gris.

—¡También son mis preferidas! Pero necesitaré ayuda para terminarlas —mintió. Era una excusa para permanecer más tiempo al lado de ese ángel vestido de azul.

Ambos se sentaron en el suelo, en el rellano de una casa de huéspedes al lado de la tienda de Mrs. Clopan, al amparo de miradas indiscretas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elric sin dejar de masticar.

—June, ¿y tú?

—Llámame Snake.

—Qué nombre tan raro.

Glover le guiñó un ojo y, cuando estaba a punto de narrar la turbulenta historia de su apodo, los gemelos Neel y Ray Smith, cinco años mayores que él y muy conocidos en el barrio donde vivía, en el East End, se acercaron hasta ellos. El chico, por instinto, escondió los dulces.

—¿Qué haces aquí, bastardo? —Le pegó una colleja uno de ellos.

—¡Déjame en paz!

—¡Qué damita tan hermosa! —El otro hermano acarició la mejilla de June. Esta frunció el ceño, y Elric se sintió en la obligación de protegerla, el mismo sentimiento que demostraba hacia los niños del burdel donde vivía.

—¡No la toques!

A ninguno de los gemelos pareció desconcertarles su valentía, era bien conocida: se decía que había molido a palos a un cliente de su madre por pegarle tan solo una bofetada. Neel cogió por el cuello a Elric y juntó su cara con la suya.

—No te entrometas.

Ray le tendió la mano a la niña y le enseñó los dientes, amarillos.

—Condesita, ¿sería usted tan amable de acompañarnos?

—Mi nombre es June, lady June para ti, hija del conde de Belford. —Levantó la barbilla, desafiante.

—Ya lo sabemos, condesita, y su padre la ha hecho llamar.

—¡Mienten! —dijo Snake. Balanceó su cuerpo y propinó una patada justo en las partes íntimas de su enemigo.

—¡Será malnacido! —despotricó el

agredido mientras se curvaba y tocaba la entrepierna.

En ese momento, Elric fue mucho más rápido que su contrincante y saltó por encima de él, agarró la muñeca de June y corrieron por las estrechas calles de Londres.

—¡No la dejes escapar, Ray!

Snake la guio entre la multitud dispuesto a pasar desapercibidos pero, cada vez que se giraba, los gemelos estaban más cerca. Un carro de ropa vieja conducido por una mujer embarazada se interpuso en su camino, no pudo esquivarlo y acabó bajo sus ruedas. Sintió una corriente pasar entre sus dedos y supo que la había perdido. El vacío y la desesperación que sufrió por el destino de la pequeña le sorprendió. ¿Cómo era posible afligirse tanto por una desconocida?

Vio cómo Ray Smith la alzaba y cómo ella se debatía impotente. Estaban en las profundidades de la calle Dorset, donde nadie se interponía en los asuntos de los demás, y menos aún cuando los hermanos Smith salían de caza, ya fuera para apalear a un borracho, para robar a una prostituta o para raptar a chiquillas inocentes y luego venderlas. La elegancia de la menor y su pelo limpio y reluciente destacaban, ya que no era el objetivo habitual de aquellos dos canallas; aun así, y pese a crearse un grupo a su alrededor, nadie se interpuso entre ellos.

June sacó algo metálico de su bolsillo y rasgó la mejilla del gemelo con una punta afilada. La sangre no salió a raudales, por lo que ella insistió hasta clavarlo en la carne. Elric no podía permitir que uno de los hermanos Smith

se saliera con la suya, así que cogió una piedra y, rabioso, la lanzó. Podría haber golpeado a su protegida, pero la suerte quiso que el secuestrador la soltara, abatido por el dolor. La piedra impactó en su sien, y se desmoronó en el suelo. Snake gateó por el empedrado de la calle y cogió el brazo de June, la obligó a levantarse y volver a correr, no sin antes comprobar que Ray se movía y que su hermano Neel llegaba en su auxilio. Respiró hondo al saber que no lo había matado. Olvidó al instante las posibles consecuencias que eso le hubiera acarreado y se apresuró en dirección a los muelles. Durante la carrera, la pequeña dejó caer la punta de una flecha afilada manchada de rojo.

—Es un recuerdo de mis amigos en Belford, me ha ayudado en muchas peleas —aclaró. Elric sintió unas

insólitas punzadas en el corazón y supo que no estaba ante una niña cualquiera.

La incesante actividad de carga y descarga de las distintas mercancías de los barcos y grandes navíos que atracaban en el puerto facilitó que Elric y June no fueran vistos. Aun así, tuvieron la precaución de andar de cuclillas de un barril a otro. De vez en cuando sacaban la nariz entre las cajas de madera, que los marineros y trabajadores del puerto movían de un lado a otro, para comprobar si los hermanos Smith les seguían. En una de esas ocasiones, June profirió una exclamación y salió de su escondite sin que Snake la pudiera detener. Horrorizado, vio cómo se echaba en brazos de un individuo de mediana estatura, complexión fuerte y una frondosa barba. Este la alzó en brazos, y

el niño, invadido por la ansiedad, profirió un grito de guerra y se abalanzó contra el desconocido al que asestó patadas y puñetazos. Por más que ella gritó que se detuviera, él insistió hasta que el extraño la posó en el suelo, agarró al muchacho y echó hacia atrás su hombro para inmovilizarlo.

—¡Es mi padre, el conde de Belford!
—aclaró la pequeña.

Elric tardó en reaccionar y, no muy convencido, retó al caballero de barriga cuadrada.

—¡Trátela bien!

El conde sonrió y decidió soltarlo.

—Así lo haré, y ahora, ¿me puedes explicar qué demonios haces aquí, June?

La chiquilla le contó a su padre, como si se tratara de una crónica periodística, todos los detalles de lo sucedido: cómo había escapado de la

vigilancia de su niñera, y cómo los hermanos Smith habían intentado retenerla contra su voluntad.

Mientras su hija no cesaba en su descripción de lo ocurrido, lord Belford se las ingenió para que los dos críos lo siguieran hasta un callejón. Pero June se percató de su extraño comportamiento.

—¿Por qué vas vestido así? — preguntó.

Fue entonces cuando Elric reparó en que, para ser de la aristocracia, aquel sujeto vestía con unas telas raídas, muy parecidas a las de los obreros. Sebastian Seabrook, conde de Belford, se colocó el dedo índice en los labios.

—Voy de incógnito —le susurró a su hija—. Tengo negocios cerca de aquí.

—¡Si eres un par del reino! — exclamó ella—. Y no se te conoce

ocupación —añadió, para asombro de su padre.

—Llevar las riendas de Yellow House en Belford, ¿te parece poco?

June hizo un ademán para restarle importancia.

—Pero si tienes a tío Albert para que haga el trabajo sucio.

—No hables así delante de desconocidos —la regañó.

—Papá, te presento a Snake, un amigo.

Sebastian Seabrook le tendió la mano, y Elric, impresionado por el cortés trato, se limpió primero la suya con su camisa ajada y la estrechó de forma enérgica.

—¿Tenéis hambre? —preguntó el conde. Sin esperar respuesta, abrió una trampilla escondida bajo unas tablas e hizo bajar a los niños por unas

escaleras.

La corta vida de Elric le había llevado a vivir distintas experiencias en las que el resultado siempre era el mismo: un adulto que estafaba a un niño o a una mujer. Más de un caballero había requerido sus servicios como compañero de cama y, aunque el pago era bastante generoso, nunca aceptó. Ni siquiera cuando habían intentado forzarlo; la astucia que poseía lo libró de aquel destino. Por eso, cuando entró en aquel sótano lleno de cajas medio abiertas en las que se podían ver y oler granos de té, no tuvo miedo. Por el modo en que había tratado a su hija y hasta a él mismo, decidió que se encontraba ante una buena persona.

—Aquí no hay solo té, ¿verdad? —se atrevió a hablar Elric.

El conde carraspeó y se tocó la nariz.

—Eres muy perspicaz.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —La chiquilla se interpuso entre los dos.

—Nada que una dama deba conocer —sentenció su padre.

Snake oyó una aguda nota a lo lejos que aumentó hasta convertirse en un molesto chillido: June sufría una pataleta.

—¡Soy tu primogénita y tengo derecho a saberlo!

—Si fueras un muchacho... —dijo el joven en voz baja, aunque lo suficiente claro como para que ella lo escuchara y se enfrentara a él sin perder ese tono tan desagradable.

—¡Soy igual que tú, y cuando sea mayor Yellow House será mío, como este negocio, sea cual sea! ¿Verdad, papá?

El conde se encogió de hombros.

—Eres igual de bruta que un chico, eso no lo niego.

Convencida con aquella respuesta, cesó su rabieta.

—Vayamos a comer algo —continuó Sebastian.

Elric no podía creer en su suerte, y mucho menos cuando ascendieron al piso de arriba y descubrieron que se trataba de una taberna inglesa, el *Red Dragon*, cerca de los muelles, lugar de encuentro de marineros y algún que otro timador. Se sentaron en un reservado y comieron un plato de potaje. El conde le habló de un posible trabajo para agradecerle su valentía y lo citó en los muelles para la semana siguiente. Elric aceptó entusiasmado cualquier oferta que le propusiese, pero tampoco era estúpido y no iba a dejar las calles ni las

enseñanzas de *madame* Blanche sobre cómo seducir y manipular, por muy noble que ese tipo fuera. Se acordó entonces de su madre, y lo feliz que sería al contarle que había podido negociar nada menos que con un conde. Seguro que se llevaría el mérito por las lecciones de matemáticas, historia y buenos modales que esta se había empeñado en enseñarle desde crío.

Al salir de la taberna ya era de noche. Snake buscó los ojos de June antes de despedirse, y supo que no la volvería a ver. Esta no parecía estar iluminada por la misma idea; agarró un palo del suelo y empezó a golpear todo lo que encontraba en su camino.

—¿Quieres estar quieta?! —la reprendió el conde—. Compórtate como una dama durante un instante.

June sopló, aburrida, y un mechón de su pelo se alzó y cayó otra vez sobre su frente. Elric la contempló como si fuera una bonita estatua en medio de la plaza, fascinado ante su alegría, espontaneidad e inocencia. Por un momento, ella le devolvió la mirada, jovial, pero se distrajo al perseguir una gaviota que voló sobre sus cabezas; una pluma blanca cayó del cielo. La pequeña dama tiró el palo de inmediato y la atrapó, maravillada. Elric se sintió como ese palo, desechado y olvidado, y deseó ser pluma.